

BOLSILIBROS



Selección

TERROR

extra

**LOU
CARRIGAN**



UN SER ABOMINABLE



EL cadáver de una mujer aparece completamente abrasado en el incendio de su casa.

Un investigador de la compañía de seguros, Raymond Stanford, intenta averiguar si su muerte ha sido premeditada, por parte del marido, para cobrar la jugosa prima de vida de un millón de libras.



Lou Carrigan

Un ser abominable

Bolsilibros: Selección Terror extra - 27

ePub r1.2

Titivillus 28.12.14

Título original: *Un ser abominable*
Lou Carrigan, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Bolsilibros

Capítulo Primero

EL aspecto del cadáver era horripilante.

Todo el cuerpo estaba completamente abrasado, negro, carbonizado. No quedaba ni un solo cabello en la agrietada cabeza, y las manos parecían garras de puro hueso negro, crispadas como dispuestas a arrancarle las entrañas a alguien.

Raymond Stanford sabía que el cadáver correspondía a una mujer, pero si el forense le hubiera dicho que no, que correspondía a un hombre, lo habría aceptado sin discusión, porque «aquello» podía ser cualquier cosa. Podía ser, incluso, un simple montón de carne con podridos huesos puestos a la parrilla.

El rostro había sido devorado de tal modo por las llamas que se veía la dentadura, los pómulos, la nariz. Todo ello por entre jirones de algo que ahora parecía cuero podrido y que en alguna ocasión debió ser carne humana. Por supuesto, los ojos habían reventado bajo la presión del tremendo calor del incendio, y allá donde estuvieron quedaban dos simas carbonizadas y como hechas con cicatrices amasadas.

Horripilante.

Absolutamente horripilante.

Y, sin embargo, Raymond Stanford lo contemplaba sin aspavientos. Lo contemplaba con la misma atención inalterable que un crítico podría poner en la contemplación de un cuadro que debe analizar, valorar y criticar.

Por fin, volvió la mirada hacia el forense, que, de pie a su lado, le miraba con cierta ironía y un mucho de sorpresa. Encontrar tipos tan fríos como Raymond Stanford no era corriente.

—Bueno —dijo este—, aquí lo mismo se puede decir que la atropello un tren, que la cocieron los caníbales, o que se cayó en una hoguera.

El forense movió la cabeza.

—La cosa es mucho más simple —dijo—: la pilló el incendio que destruyó completamente su casa. Usted habría quedado igual que ella si hubiera sido el «afortunado».

—Ni siquiera es fácil decir si es hombre o mujer.

—Sobre eso sí que yo no tengo dudas: es una mujer. Y no me guío solo por lo que puede apreciarse externamente del cadáver, sino por los órganos internos, a los que el fuego no ha llegado. Quiero decir que un hombre no tendría ovarios, por ejemplo. Ni vagina, para ser todavía más claro.

—Ya, ya.

El forense volvió a mover la cabeza.

—Bueno, muchacho, no quisiera parecerle desagradable, pero tengo cosas que hacer...

—¿Más autopsias?

—No. Mi mujer me está esperando para ir de compras. Tenemos intención de ir este verano a la Costa Azul francesa, y se ha empeñado en llevarme allá convertido en un playboy guapísimo.

—¿Y cómo espera conseguir eso? —sonrió Raymond.

—Comprándome cosas de vestir: jerseys de chico guapo y cosas así. Es perder el tiempo, pero ella se ha empeñado.

—No hay que desanimarse.

—No, si yo no me desanimo. A mí no me importa demasiado ser más bien feo y bajito aunque inteligente y culto, pero ella querría que además de inteligente, culto y simpático y buena persona fuese un tipazo como usted, de metro ochenta y cinco, rubio, de ojos grises, atlético..., ¡y apuesto a que no le haría ascos a que hiciera un pacto con el diablo para tener sus treinta años en lugar de mis cincuenta!

—Me parece que su esposa es muy exigente —rio Raymond.

—Hombre, hay que comprenderla: entre llevar al lado a un sujeto como yo, o ir colgada del brazo de un tipazo como usted, ni una loca dudaría. En cuanto a mí, francamente, daría un huevo por ser como usted.

—¡Hombre...!

—Le juro que sí. Es que como tengo dos, todavía me quedaría otro.

—Le creo, pero si fuese tan guapo como yo se las iba a ver negras para atender las... demandas disponiendo tan solo de un

huevo. Usted me entiende, ¿verdad?

—Claro. Pero es que yo no quisiera ser así de guapo para andar todo el día acostándome con mujeres, sino por simple estética para mi propia satisfacción. Imagínese, cada mañana ver ante mí en el espejo una cara de chico guapo a lo bestia. Para desmayarse de gusto, ¿no?

—Me parece qué se está usted burlando un poco de mí, doctor Jay.

—No, hombre. Solo le daba un poco de coba, a ver si así le caigo simpático y se larga de una vez, con lo cual yo podré acudir a la cita con mi esposa.

—Realmente, ha sido usted demasiado amable al atenderme personalmente. Se lo agradezco mucho, y ojalá pueda devolverle el favor algún día.

—De acuerdo. ¿Guardamos ya el cadáver?

Raymond Stanford volvió a mirar el cadáver. Horripilante. Frunció el ceño, titubeó, y por fin masculló:

—Bueno, supongo que no hay duda respecto a que es ella.

—A juzgar por todos los datos que se me han facilitado sobre la señora Rutledge, es ella. No tenía ninguna característica especial, ni siquiera prótesis dentales, de modo que, entre las descripciones de su marido y las de los vecinos, y habiéndola encontrado entre los escombros de la casa, pues no vamos a complicarnos más la vida, ¿verdad?: es ella, la señora Rutledge. Y no veo motivos para que usted piense lo contrario.

—No es que piense lo contrario —farfulló Raymond—: es que a mi compañía le gustaría que no fuese la señora Rutledge, porque de este modo se ahorraría mucho dinero de la prima del seguro.

—Sí, claro. ¿El marido va a cobrar algo?

—Sí, algo.

—Me está picando la curiosidad. Y usted me debe un favor, ¿no?

—Así es —sonrió Raymond.

—Pues páguemelo diciéndome cuál es la prima para el viudo.

—Un millón de libras.

—¡Coño! —respondió el forense.

—Pobre recompensa para un desconsolado viudo —lo miró ahora irónicamente Raymond.

—Pues no sé... ¿Hay alguna mujer que valga un millón de

libras?

—¿Viva o muerta?

Se quedaron mirándose los dos. El forense, por fin, metió el cajón frigorífico hacia dentro, y acto seguido miró la hora en su reloj de pulsera.

—¿Ha hablado usted con el inspector Parry, de Scotland Yard? —preguntó cómo aburrido.

—No le conozco.

—Él atendió esto anoche. Puede decirle que va de mi parte, y tal vez le dé detalles que le satisfagan a usted.

—Muy amable, doctor. Pero tampoco le conocía a usted hasta hace unos minutos, así que no entiendo por qué me recomienda.

—Por dos motivos. Uno, que me cae usted simpático a pesar de ser guapo y joven. Dos, que me gustaría saber si es posible que alguien intente eso que tantas veces hemos visto en las películas.

—Si lo averiguo se lo diré —asintió Raymond, tendiéndole la mano—. Una última pregunta: ¿ha venido por aquí el señor Rutledge a ver el cadáver de su infortunada esposa?

—Estuvo esta mañana, cerca de la hora del almuerzo.

—¿Quién le mostró el cadáver?

—Yo. Me pareció que el marido merecía atenciones y explicaciones.

—Muy considerado de su parte. ¿Cómo se lo tomó el señor Rutledge? Me refiero a lo del aspecto del cadáver. ¿Qué hizo? ¿Palideció, lanzó alguna exclamación de horror, quizá de asco...? ¿No reaccionó?

—No reaccionó. Estaba demudado, pero no dijo ni hizo nada.

—Pero identificaría el cadáver.

—Hasta donde se puede hablar de identificación, sí. En cualquier caso, él no podría jurarlo, ya que se hallaba en su casa de campo cuando ardió su casa de Londres con su esposa dentro.

—¿Eso ha sido comprobado?

—Oiga, de veras, muchacho: ¿no cree que le resultaría más interesante hablar con el inspector Parry? —frunció el ceño el forense.

—¿Y usted quién es? —preguntó Henry Charles Parry, inspector de Scotland Yard, mirando al gigantón que habían introducido en su despacho.

—Raymond Stanford, de la New Life Insurance.

—Compañía de Seguros Nueva Vida —alzó las cejas el inspector—. ¿De modo que existe un seguro sobre la señora Rutledge?

—Así es. De un millón de libras.

Los oscuros ojos de Henry Charles Parry quedaron fijos en los grises de su apuesto visitante. Por fin, parpadearon. El inspector señaló una silla ante su mesa, y Raymond se sentó. Aceptó el cigarrillo que le ofreció Parry.

—Un millón de libras, no está nada mal —murmuró este—... ¡Demonios, es toda una fortuna!

—Hay gente que diría que en estos tiempos un millón ya no es nada.

—Bueno, siempre quedan gilipollas. Usted regáleme un millón de libras y apueste a que le demuestro que todavía es una buena cantidad. Claro que mi *standard* de vida es razonable. Bueno, veamos, señor Stanford, ¿usted tiene que hacer alguna objeción a lo sucedido y expedientado?

—No, no. Sentiría haber producido esa impresión. Yo solo soy un investigador de la New Life, y estoy cumpliendo el trabajo por el cual me pagan: asegurarme de que no hay fraude para conseguir la prima del seguro contratado en su día.

—Entiendo. ¿Cuánto hace que el señor Rutledge contrató ese seguro?

—Dieciséis años.

—Caramba... ¿No le parecería mucho esperar?

—Insisto en que no vengo sospechando de nada. Simplemente, investigo. Esperaba que usted lo entendiera.

—Sí —murmuró Parry—, de eso de investigar entiendo un poco. Llevo veinticinco años haciéndolo.

—Estoy seguro de que es un buen policía —sonrió Raymond.

Henry Charles Parry sonrió. Era de mediana estatura, gordito, de aspecto afable, y tenía exactamente cincuenta y tres años. Hacía años que ostentaba el cargo de inspector jefe, pero todavía, en ocasiones, para sorpresa de sus subordinados, atendía algunos casos que eran pura y simple rutina aburridísima y, las más de las veces,

desagradables.

—Y usted es un zorro cobista —dijo Parry—. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

—Si mi compañía ha de pagar o no.

—Según todas las evidencias, y hasta donde yo puedo darle información y detalles, sí.

—Tengo entendido que el señor Rutledge estaba en su casa de campo cuando se produjo el incendio en su casa de Londres.

—En efecto.

—¿Eso ha sido comprobado?

—Del modo en que usted lo exigiría, no —insinuó una sonrisa Parry.

—¿Y cómo lo exigiría yo?

—Sin lugar a la menor duda. Pero nosotros somos menos exigentes en esto de la coartada, al menos en este caso. Verá, señor Stanford; anoche se produjo el incendio en la casa del señor Herbert Rutledge, en Londres, a eso de las ocho y media de la noche. Era una casa vieja, que ya necesitaba reparaciones a fondo, y tenía mucha madera. Ardió como una tea, y la pobre señora Rutledge, simplemente, no tuvo tiempo de salir. Posiblemente recibió un golpe, la afectó el humo... Estas cosas pasan en los incendios. Bueno, cuando finalmente se controló el incendio y se pudo entrar en la casa solamente fue hallado el cadáver de ella, en contra de la suposición de los vecinos, que ya nos advertían que encontraríamos dos cadáveres. Naturalmente, al no hallar más que un cadáver, aparentemente de una mujer, nos interesamos por el paradero del señor Rutledge. Puesto que entonces era casi la una de la madrugada, no era probable que estuviese en su club, ni en el cine, ni tomando un *whisky* por ahí. Por fin, un vecino sugirió que quizá estuviera en su casa de campo, en Earls Coine, lugar al que, según parece, últimamente iba solo con cierta frecuencia, pues a su esposa no le gustaba nada el campo. Llamamos a Earls Coine, y mis colegas de allá fueron a la casa del señor Rutledge. Él estaba allá, en efecto, descansando tras un fatigoso día ordenando y reclasificando su colección de mariposas disecadas.

—Fatigoso día, en efecto —murmuró Raymond—. ¿Qué hora era cuando la policía de Earls Coine localizó por fin al señor Rutledge?

—La una y cincuenta y dos minutos de la madrugada.

—Y el incendio se produjo a las ocho y media de la noche aquí en Londres.

—Sí. Evidentemente, el señor Rutledge tuvo tiempo sobrado de provocar el incendio, regresar a su casa de campo tan sigilosamente como había salido de ella, y esperar allá los acontecimientos.

—No he dicho eso.

—Los dos nos entendemos, señor Stanford —sonrió el policía.

—Pero ustedes no sospechan del señor Rutledge.

—Por ahora no tenemos motivos para ello..., salvo ese detalle de la póliza de un millón de libras, que desconocíamos.

—¿Cómo vivían los Rutledge? ¿Se llevaban bien?

—Todos los vecinos interrogados al respecto dicen que jamás dieron que hablar en ningún sentido. Eran un matrimonio normal y corriente, educado, buenos vecinos... Todo eso. Si tenían disputas o desavenencias, cosa muy corriente en un matrimonio, era de puertas adentro. Todo muy normal.

—El señor Rutledge, evidentemente, no le mencionó a usted esa póliza de un millón de libras.

—No creo que tuviera que hacerlo, francamente.

—No, claro. ¿Han investigado ustedes la vida privada no del matrimonio, sino solo del señor Rutledge?

—Hasta el momento, no. El señor Rutledge nos dijo que trabaja en un despacho que negocia con valores de Bolsa, que las cosas no les iban mal, y eso es todo.

—También tenían asegurada la casa en veinticinco mil libras.

—Bueno, un hombre que ha perdido su hogar y su esposa bien merece alguna compensación, diría yo. ¿No está de acuerdo, señor Stanford?

Raymond se quedó mirando al policía, y por fin asintió, se puso en pie, y murmuró:

—Ha sido muy amable, inspector. ¿Puedo llamarlo si se me ocurre alguna otra pregunta?

—Naturalmente. ¿Puedo yo hacer lo mismo con usted?

Raymond sonrió, sacó una de sus tarjetas, y la puso sobre la mesa del inspector de Scotland Yard.

Capítulo II

ESTABA lloviznando cuando se llevó a efecto el entierro de la señora Rutledge, de soltera Delia Barnes. No había mucha gente en el cementerio, pero ciertamente entre esa poca gente sí se hallaba Raymond Stanford. ¿Por qué? Por nada especial. Ni siquiera podía decir, como otras veces, que su instinto le indicaba que había fraude en el asunto.

Simplemente, sentía una fascinación poco usual por el caso. Tal vez porque nunca había visto un cadáver como el de la señora Rutledge. Todavía se estremecía cada vez que lo recordaba.

El marido tenía buen aspecto en general. Unos cuarenta y ocho o cincuenta años, casi metro ochenta de estatura, atractivo, dotado de cierta elegancia; un poco calvo, eso sí. Se había vestido de oscuro para la ceremonia, y parecía, allí plantado a los pies de la fosa, una estatua lívida. Tal vez, sus facciones mostraban esa blandura de la persona sedentaria, una ligera adiposidad que ya, a su edad, sería pronto rápidamente progresiva.

Con la cabeza baja, pero los párpados alzados para no perder de vista a Herbert Rutledge, Raymond habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando el viudo en aquellos momentos en que el féretro que contenía los carbonizados restos de su esposa, valorados en un millón de libras, eran introducidos en la tierra...

* * *

—No me importaría que te murieses... ¡Es más, me gustaría verte muerto, y me volvería loca de alegría viendo cómo los gusanos iban devorando tus restos!

—Estás loca, Delia.

—¡Tú sí que eres un maldito loco! ¡Estoy harta de ti y de tus

canalladas!

—Realmente, no sabes lo que dices. ¿Qué tienes contra mí? Llevamos casados veinticuatro años, y me gustaría saber qué tienes que reprocharme en estos veinticuatro años. ¡Me gustaría saberlo!

—A mí, lo que me gustaría es ver cómo te ibas pudriendo, pero no después de muerto, sino en vida. ¡Daría la mano derecha por verte podrido en vida! Como un leproso... ¡Ver cómo tu carne se iba cayendo a pedazos, podrida y llena de gusanos! ¿Crees que no conozco tus maquinaciones?

—¿Mis maquinaciones? ¿A qué te refieres, querida?

—¡No me llames querida, cerdo!

—Está bien, no te llamaré querida. ¿A qué maquinaciones te has referido?

—Tanto ir allá... ¿Crees que soy tonta? ¡Sé que si vas allá es porque tienes algo que te trae a esa maldita cabaña!

—No es una maldita cabaña —protesto Herbert—: es una hermosa casa, grande, amplia y bien acondicionada, con un gran jardín, bodega, y una sala.

—¡Ya sé que es allá donde llevas a tus malditas putas!

—Delia, por favor...

—¡Serla capaz de abrasarme viva con tal de que tú también padecieras los fuegos del infierno!

—¡Ya está bien!

—¡Ojalá te vea en el infierno! Aunque sea a costa de, estar yo también allí, aunque sea a costa de mi sufrimiento, ¡ojalá te vea rodeado de los fuegos eternos, maldito embustero! Y te lo advierto: no sé como pero conseguiré que tus podridas carnes en vida se hundan en las llamaradas del...

* * *

El señor Rutledge alzó de pronto la cabeza, como sobresaltado. Y Raymond, que no le perdía de vista, captó su estremecimiento, la fugaz expresión de tremendo sobresalto en sus ojos, y hasta el brevísimo pero violento temblor en los pálidos labios.

«Me gustaría saber qué estaba pensando —se dijo Raymond—. Sea lo que sea juraría que no resultaba agradable. Se había quedado tan abstraído que ha vuelto a la realidad asustado. ¿Qué habrá

estado pensando?».

Ahora, Herbert Rutledge, repuesto, más vivaz y normal la expresión, dirigió una lenta mirada a su alrededor, Raymond bajó su mirada. Por un par de segundos sintió sobre sí la mirada de Rutledge. Cuando lo volvió a mirar cautelosamente, él miraba de nuevo hacia el féretro. Es decir, ya hacia la tumba. La lápida ocultaba el féretro. Raymond estaba seguro de que Rutledge ni siquiera se había enterado de las palabras del reverendo. ¿Qué demonios debía haber estado pensando?

Ahora estrechaba las manos de quienes se despedían prodigándole frases de consuelo.

¿Necesitaba consuelo el señor Rutledge? ¿O había estado pensando en cómo se iba a gastar el millón de libras? Cielos, un millón de libras para un hombre solo... ¡Un millón de libras! El inspector Parry tenía razón: hacía falta ser gilipollas para decir que con un millón no se iba a parte alguna. Claro que no era lo mismo un millón de libras esterlinas que un millón de liras italianas, claro.

¿Tal vez, en efecto, Rutledge había estado pensando en qué iba a hacer con un millón de libras?

¿Qué se podía hacer con un millón de libras?

Tras brevísima reflexión, Raymond no se complicó más la vida: con un millón de libras se podía hacer todo. Siempre, bien entendido, dentro de unos límites razonablemente normales de vida, pero estaba claro que si se empezaba a despilfarrar estúpidamente se podían gastar en una semana.

«No creo que Rutledge haga eso —reflexionó Raymond—. Estoy seguro de que le sacará el máximo partido a su fortuna. Tal vez amplíe su colección de mariposas disecadas..., o tal vez se dedique ahora a la persecución de lindas mariposas vivas. Y yo sé a qué clase de mariposas me refiero...».

Herbert Rutledge había quedado solo. Pero ahora no miraba la tumba, sino a Raymond Stanford que se dio cuenta, por fin, de que su actitud podía ser tomada a mal, y consiguió una amable sonrisa discretísima hacia el viudo. Este alzó un instante las cejas, miró la tumba, suspiró, y comenzó a alejarse, mirando de nuevo a Raymond.

Este se acercó a él, y se colocó a su lado. Seguía lloviznando, pero ninguno de los dos tenía abierto el paraguas. Todo era muy

deprimente.

—Señor Rutledge —murmuró Ray—, soy Raymond Stanford, de la New Life Insurance.

Hubo un parpadeo como de sorpresa en los ojos de Rutledge, pero enseguida asintió.

—Ah, sí... Si, sí. Encantado, señor Stanford.

—Sé que no es el momento, pero aprovechando que me he desplazado para expresarle mis condolencias y las de la compañía quizá podríamos concertar una cita para resolver los trámites de sus pólizas.

—Es usted muy amable, señor Stanford. Gracias. Lo que no entiendo es eso de los trámites. ¿Tengo yo que hacer algo?

—Debió hacerlo —sonrió con profesional cortesía Raymond—. Aunque el plazo no ha expirado, claro. Quiero decir que debió ser usted quien nos avisara de lo ocurrido.

—La verdad es que ni había pensado en los seguros... ¿Cómo se han enterado ustedes?

—Tenemos un servicio de conexión con los bomberos, y así estamos al corriente de los siniestros que se producen en ese campo, por si procede alguna investigación por parte de la compañía. Como es natural, cuando ese servicio informó a nuestras computadoras del incendio del edificio número doce de West Holkin Street, en Belgravia, aparecieron los números de las dos pólizas que tenemos firmadas con el propietario de esa casa: Herbert Rutledge.

—Claro. Sí, eso de las computadoras es muy práctico. Nosotros también las utilizamos... En mi oficina, quiero decir. Es cierto —de pronto, los ojos de Herbert Rutledge relucieron intensamente—, creo que tengo un buen seguro con ustedes, ¿verdad?

—Yo diría que no está nada mal.

Herbert Rutledge se había detenido, y miraba casi con simpatía a Raymond, que creyó ver como el lejano resplandor de una sonrisa en el rostro del viudo.

—No, no está nada mal —asintió Rutledge—. Si no recuerdo mal son un millón de libras.

—Más las veinticinco mil por la casa incendiada.

—Ahá. ¿Quiere creer que en estos momentos no recordaba nada de eso?

—Si usted lo dice le creeré, naturalmente —asintió Raymond—,

si bien me permito añadir que yo no habría olvidado semejante prima de seguro, aunque solo fuese por mis pagos anuales para tenerla vigente, que son considerables.

—Sí, es verdad, pero ya sabe que los realizo por mediación bancaria, y hace ocho o diez meses que recibí la notificación del último pago... En fin, sí, supongo que tendremos que hablar sobre eso. ¿Hay alguna dificultad?

—Por el momento, no. Señor Rutledge: ¿realmente no recordaba usted la prima de un millón de libras esterlinas?

—Tal vez lo habría recordado esta misma noche, o mañana..., pero le aseguro que hasta que usted lo ha mencionado no recordaba nada referente a seguros.

—Insólito. Naturalmente que está muy afectado por el dolor de lo ocurrido, pero nuestra experiencia nos indica que incluso en casos así los beneficiarios de las pólizas las recuerdan perfectamente. Y le aseguro que no son primas de la cuantía de la suya más que en poquísimas ocasiones.

—Tal vez yo no habría quedado tan afectado si mi esposa hubiera fallecido de otro modo, pero así...

—Sí —se estremeció Raymond—, realmente había para impresionarse.

—¿Quiere decir que la vio usted? —se sorprendió Rutledge.

—Así es.

—¿Cuándo?

—Bueno, pensé que quizá lo encontraría a usted en el depósito, y estuve por allí.

—¿Y vio el cadáver? ¿Pidió verlo o se lo mostraron?

—La verdad es que pedí verlo. Fue una tontería por mi parte, ya que no conocía personalmente a su esposa, de modo que no podría identificarla. Por otra parte, pensar que no sea ella la persona que había dentro de la casa no tiene sentido.

—No —murmuró Rutledge, mirando con más atención a Raymond—, no lo tiene, señor Stanford.

—Cierto. ¿Sabe usted ya cómo se originó el incendio?

—Todavía no. Se me indicó que habría una investigación por técnicos del Cuerpo de Bomberos, pero aún no me han dado ninguna explicación.

—Yo me he interesado por el asunto, como comprenderá. Parece

ser que un trapo de cocina quedó encima de una de las placas del horno..., bueno de la cocina eléctrica, y ahí empezó todo. Era una casa vieja y con mucha madera. Evidentemente, su esposa no se asustó demasiado por el pequeño incendio que se produjo con el trapo e intentó apagarlo ella sola, sin darle importancia. Cabe pensar que en un momento dado debió quemarse con el trapo, se asustó, y al retroceder resbaló y se golpeó con la parte posterior de la cabeza en el suelo... Lo demás es fácil de imaginar, estando ella inconsciente primero y muy pronto experimentando síntomas de asfixia.

—Ese es un informe bastante completo, señor Stanford.

—Pensé que le interesaría. En cuanto a mí, supongo que ya sabe usted que las compañías de seguros tienen agentes especializados en investigaciones de toda clase antes de pagar pólizas, sobre todo cuando son importantes.

—De modo que su vinculación con la New Life Insurance es como investigador. ¿Algo así como un detective?

—Algo así —asintió Raymond.

—¿Y qué investigará usted ahora?

—Parece que todo está investigado. Creo que mi compañía ha enviado unos técnicos a la casa, por supuesto conforme a las disposiciones legales. No parece que vaya a tener usted problemas para cobrar el millón.

—Bien. Bien, bien... ¿Qué tengo que hacer? ¿Ir a la compañía?

—Tendré mucho gusto en avisarle y en ultimar algunos detalles si me dice usted dónde puedo localizarle durante los próximos días. ¿Tal vez en su oficina?

—No... Estaba disfrutando de unos pocos días de vacaciones atrasadas, y todavía me duran. Además, creo que me tomaré... una temporada de descanso. Posiblemente haga un viaje. Pero de momento estoy en el Clarion Hotel, precisamente por si tengo que atender asuntos relacionados con el accidente.

—Es de suponer que avisó usted ya al inspector Parry y demás organismos o autoridades que intervengan.

—Espero haberlo hecho —los párpados de Rutledge se habían entornado—. Parece que está usted en todo, señor Stanford. ¿Conoce al inspector Parry?

—Tuve ese placer.

—Sí, es un hombre amable. Bien, si desea decirme algo llámeme al Clarion, ya sabe. Discúlpeme, pero está lloviendo más a cada instante, y no tendría gracia que nos resfriáramos o algo peor... Espero sus noticias, señor Stanford.

—Las tendrá —aseguró Raymond.

Herbert Rutledge se alejó hacia donde había dejado su coche. Ray Stanford lo estuvo mirando hasta que el vehículo salió de su radio visual, y se dirigió entonces hacia el suyo. Se llevó una relativa sorpresa al ver otro automóvil junto al suyo, y, en la ventanilla izquierda de atrás, cuyo cristal estaba bajado, la cabeza del inspector Parry.

—¡Señor Stanford! —llamó el policía—. Venga, por favor.

Segundos más tarde, Raymond estaba sentado junto a Parry, que le ofreció un cigarrillo. Raymond sonrió, lo aceptó, y ofreció fuego al inspector.

—No le he visto en el entierro —dijo.

—He llegado un poco tarde.

—Ya, ya. Pero ha llegado. Me pregunto qué necesidad tenía usted de venir al cementerio. ¿O lo ha hecho por obligación?

—Soy casi tan curioso como usted —sonrió Parry—. ¿Qué han hablado con Rutledge?

—Por el momento no recordaba que la muerte accidental de su esposa le va a reportar nada menos que un millón de libras.

—¿No lo recordaba? ¡Eso es increíble! No creo que él amase a su esposa más que yo a la mía, pero estoy seguro de que recordaría ese millón de libras si mi pobre Emily falleciese. ¿Qué más han hablado?

Raymond lo explicó, prolijamente. Cuando terminó, Parry asintió, y señaló fuera del coche.

—Las últimas lluvias de primavera. Se acerca el verano.

—Y los dos nos preguntamos adónde irá el señor Rutledge de vacaciones, ¿no es así? Sea sincero, inspector: ¿ha notado usted algo extraño en todo esto?

—Solo una cosa —sonrió siempre amable Henry Charles Parry—: me sorprende mucho que la señora Rutledge no quisiera ir a la casa de su marido en Earls Coine, porque he estado allí esta mañana, la he visto detenidamente, y, al menos por fuera es hermosa y muy agradable, con un magnífico jardín. Tengo la

certidumbre de que por dentro debe ser igualmente confortable, así que me sorprende que la señora Rutledge no quisiera ir allá.

—¿No quiso ir esta vez o no quería ir nunca?

—Parece que no le gustaba el lugar, por lo que he indagado. Esto de quedarse ella en Londres y marchar él a Earls Coine sucedía de cuando en cuando. Me pregunto qué vería de desagradable la señora Rutledge en ese lugar.

—Y yo me pregunto si el cadáver que hemos sepultado hoy es realmente de la señora Rutledge, francamente.

—Según todos los indicios, las sortijas, el reloj, el tamaño del cuerpo, en fin, todos los detalles que han podido ser recogidos indican que se trataba de la señora Rutledge. ¿Qué otra cosa?

—A veces, los matrimonios recurren a ingeniosos procedimientos para agenciarse dinero.

—Sí, es cierto. Pero, salvo aportaciones de pruebas inimaginables en estos momentos, la mujer carbonizada era la señora Rutledge.

—Entonces, él la mató.

—Podría ser —suspiró Parry con desaliento—. Pero, en cualquier caso, es absolutamente indemostrable, por lo que debemos tener mucho cuidado en no molestar con nuestras actitudes o actividades al señor Rutledge. Sobre todo usted señor Stanford, que no pertenece a la policía.

—Entiendo —refunfuñó Raymond, disponiéndose a salir del coche—. Pero él la mató.

Capítulo III

TENDIDO en la cama de su habitación en el Clarion Hotel, Herbert Rutledge pensaba en su esposa y sonreía. Sonreía suavemente, gozosamente, en un tranquilo éxtasis indescriptible.

Muy bien, había sucedido. Lo había conseguido: ella estaba ahora donde debía estar, de modo que él podía hacer o decir lo que quisiera, le gustara a ella o no. Podía hacer, pensar, decir... Era dueño de todo. Si señor, ella estaba ahora donde debía estar, donde se había merecido estar.

Y ya, nadie podría sacarla de allí...

* * *

En aquel lugar donde todo era negrura de muerte el silencio contribuía a aumentar su espanto. Ya era malo no ver, pero encima tampoco oía nada, salvo los latidos de su corazón.

¿O ni siquiera eran los latidos de su corazón?

Porque su impresión, su sensación más intensa y profunda era que estaba muerta. Claro que si estuviese muerta no estaría pensando, ni haciendo cábalas respecto a la negrura y el silencio, así que... debía estar viva. Pero... ¿qué clase de vida era la suya entonces?

No habría sabido explicarlo.

Lo que sabía era que él la había violado. Y esto era, más que las otras cosas, lo que la tenía desconcertada. Porque vamos a ver; ¿por qué había de violarla su propio marido, tanto si estaba viva como si estaba muerta? ¡Y de aquel modo tan feroz...! Realmente, había sido espantoso, se estremecía de espanto cuando lo recordaba.

Se había sentido de pronto inmersa en la oscuridad, y no supo cuándo había oído la voz de él:

—Soy yo, querida.

Y acto seguido, había sentido aquella sensación de brutalidad en sus entrañas. Debía haber gritado. Sí, debía haber gritado, pero no lo recordaba con seguridad. Tal vez había gritado mucho mientras le dolía tantísimo la violación. Con seguridad debía haberle gritado a él, debía haberle insultado, maldecido y escupido, pero nada había servido de nada. Fue una violación espantosa, y nada pudo remediarlo ni aliviarlo. Recordaba como algo estremecedor y repugnante los jadeos tras ella, y esto le causó más repugnancia y espanto, porque demostraba que la había tratado como a una perra.

La había violado como si fuese una perra.

Y ahora le dolía todo, y no veía ni oía nada. No sabía cuánto tiempo hacía de esto, pero no oía nada, ni veía nada. Su desconcierto era total. Debía sentirse como en los mismísimos infiernos...

* * *

Pero... ¿cómo podía saber él cómo se sentía ella en su infierno? Por mucho que él pensara no podría nunca saber qué pensaba o sentía ella en el infierno. ¿No quería ir al infierno? ¡Pues muy bien, querida, ya estás en el infierno, y verás la que te espera! Porque lo de la violación brutal no ha sido nada, amiguita. ¿Qué te has creído? Lo de la violación ha sido... nada más el preludio de mis futuros goces contigo. ¡Espera a ver lo que iré haciendo contigo, maldita cerda!

Sí, en realidad lo de la violación había sido una tontería, pero no había podido resistir la tentación de violar a su propia esposa. ¿Acaso no tenía gracia? Bueno, todo hay que decirlo: lo había hecho para vengarse de las muchas veces que ella se había negado a aceptar sus obligaciones matrimoniales. ¡Y la de veces que se había reído de él viéndole en aquel estado de ansia sexual que ella exacerbaba para luego negárselo todo...!

De modo que, como principio, la había violado. ¡En el infierno y violada por el propio marido! ¿No tenía esto gracia? Y la verdad era que había gozado mucho al hacerlo. Más que cuando, tiempo ha, ella se sometía voluntariamente a su vida matrimonial. Había sido estupendo poseerla salvajemente mientras ella gritaba y se retorció

intentando liberarse de su intrusión sexual.

El timbre del teléfono arrancó a Herbert Rutledge de sus reflexiones y recuerdos. Porque una cosa eran las reflexiones, y otra los recuerdos. Los recuerdos le parecían..., como escritos de otro modo, como vividos de otro modo, y en cambio, las reflexiones, eran... recuerdos de los recuerdos...

¡Maldito teléfono, con lo bien que lo estaba pasando ahora!

—Diga —gruñó, tras sentarse en la cama y tomar el auricular.

Se desconcertó un instante, pero enseguida preguntó:

—¿Viene solo?

—Está bien, dígame que suba.

Colgó el auricular, se incorporó, y se puso la chaqueta. Entró al cuarto de baño, se peinó un poco, y se colocó bien el cuello de la camisa y la corbata. Luego fue a abrir la puerta, a la que justo entonces sonaba la llamada.

En el pasillo, el gigantón de la New Life Insurance le miraba con amabilidad evidentemente forzada.

—Espero no molestarle, señor Rutledge.

—No se preocupe. Pase, señor Stanford.

—Gracias. Estaré solo unos minutos.

Rutledge cerró la puerta, y señaló a Raymond una butaca. Él se sentó en la otra, y se quedó mirando al investigador.

—Presiento dificultades —susurró.

—No, en absoluto —pareció sorprenderse Raymond—. Precisamente, he venido para interesarme por una cuestión puramente técnica: ¿cómo desea usted cobrar la prima?

—No comprendo... ¿Cómo se puede cobrar?

—Se le puede extender un cheque nominativo, entregarle la cantidad en efectivo, o bien podría usted optar por una de nuestras últimas modalidades, es decir, cobrar una renta vitalicia en lugar de la prima íntegra. Me estoy refiriendo, claro, al millón de libras. Las veinticinco mil de la casa se le pagarán a usted en efectivo.

—Entiendo. ¿Cuál sería la renta vitalicia del millón?

—Se podría negociar el asunto. En principio interesa saber si a usted podría convenirle esa fórmula.

—Tal vez. ¿También se encarga usted de esas cosas, señor Stanford?

—Bueno, no realmente —sonrió Raymond—. Sin embargo, como

solo se trataba de sondearlo a usted en ese sentido me ofrecí a ello, a fin de que durante el proceso de cobro no vea tantas caras extrañas.

—Es usted muy amable —sonrió secamente Herbert Rutledge—. Pero seamos sinceros: usted no sabe qué hacer para no perderme de vista, ¿no es así? Digamos que... está fascinado por mí y por lo ocurrido, y no parará hasta que encuentre algo... exótico. ¿Es eso?

—Sí —admitió Raymond—. La verdad es que tengo la certeza de que ha ocurrido algo especial, señor Rutledge.

—¿Por ejemplo?

—Se me ha ocurrido pensar que no fue su esposa quien murió en la casa incendiada.

—Ya ¿Y dónde está mi esposa entonces..., y quién es la mujer que encontraron allá?

—Ignoro ambas respuestas. Pero tal vez llegue a conocerlas.

—Tal vez. Mientras tanto, señor Stanford, procure no molestarme demasiado, o le denunciaré. Diré, incluso, que usted me está difamando. Y todo porque sin duda es aficionado a las películas de detectives.

—Me gustaría saber la verdad..., y creo que no es la que ya ha sido aceptada por todo el mundo.

—Aparte de haber visto muchas películas, ¿en qué se basa usted para decir eso?

—Se lo voy a decir, señor Rutledge: realmente, estoy convencido de que usted dijo la verdad cuando aseguró que todavía no se había acordado de los seguros que tenía contratados. Imagínese, iba usted a cobrar...

—¿Iba? ¿Ya no?

—Por supuesto que sí. Pero estamos hablando en pasado, ya que eso fue hace dos días. Digo que usted es un hombre que iba a cobrar en total un millón veinticinco mil libras esterlinas, y dijo que no había pensado en ello. Y yo creo, señor Rutledge. Y eso es lo que me tiene... intrigado e impresionado.

—¿Por qué? Soy un hombre desinteresado, eso es todo.

—No... Ni mucho menos. No se trata de eso. Sé que usted ganaba importantes cantidades jugando a la Bolsa. Las cosas le van bien, tiene unos buenos ahorros, la casa de Earls Coine, y la de Belgravia, que supongo ahora reconstruirá a su gusto, todo nuevo.

No, no es usted desinteresado en absoluto, así que debió pensar en ese millón de libras. ¡Qué demonios, usted, yo y cualquiera habría pensado en ese millón de libras!

—Pues yo no lo hice —sonrió Rutledge.

—Ya le he dicho que le creo. Y eso es lo que me... inquieta y me intriga: ¿en qué estaba pensando usted para no recordar nada menos que un millón de libras? ¿Qué otra cosa ocupaba su mente, señor Rutledge?

—Está loco si pretende que le informe de mis pensamientos.

—Usted ha debido estar pensando intensamente en algo tan... importante e impresionante para usted que ni recordó un millón de libras. ¿Qué es ello? Por supuesto es algo relacionado con su esposa, pero...

—Deje ya en paz a mi esposa —gruñó el viudo—: ella está donde debe estar. Era un ser abominable.

—¿Abominable? ¿En qué sentido? ¿Por qué dice eso?

—Lo digo porque es verdad. Era abominable... en todos los sentidos.

—¿Eso lo piensa usted o piensa igual toda la gente que conoció a su esposa?

—Ignoro lo que piensan los demás, pero sé que nadie podía conocer a Delia como yo. ¡Maldita sea, era un ser abominable!

—¿Y por eso la mató?

—Murió accidentalmente, señor Stanford —sonrió Rutledge.

—Entonces... ¿Realmente es ella la mujer carbonizada?

—Ha sido identificada legal y oficialmente. Y además, ¿quién más podía ser? Se lo advierto, señor Stanford: me está usted molestando, y si insiste en ello llamaré a mi abogado para que proceda en consecuencia. ¿Me ha entendido?

Raymond Stanford parpadeó lentamente. Por fin, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Procuraré no darle ocasión de que me eche encima a su abogado... Buenas tardes, señor Rutledge.

* * *

—Mire, muchacho, usted me cae simpático —aseguró el inspector Parry—, pero si hay algo que me fastidia de veras es que alguien

pretenda enseñarme cómo debo hacer mi trabajo.

—No era esa mi intención —gruñó Raymond.

—Tal vez no, pero esa es la impresión que yo he recibido. En cuanto al señor Rutledge y el desgraciado accidente que le ha costado su casa y la vida de su esposa, tenga la certeza de que las cosas se están haciendo del modo correcto y adecuado.

—¿Quiere decir que usted también ha comprendido y admitido que él la mató, y está sobre sus pasos?

Henry Charles Parry hizo un simpático gesto de impotencia.

—Quiero decir —suspiró— que si usted está haciendo su trabajo yo estoy haciendo el mío, eso es todo. Comprendo su postura: a usted le encantaría que la policía descubriese que el señor Rutledge asesinó a su esposa por medio de un plan establecido bien estudiado, a fin de que su compañía se ahorrase un millón de libras y usted recibiese plácemes y felicitaciones en lógica abundancia, y hasta es posible que alguna prima extra... ¿Es así?

—Ciertamente —admitió Raymond—, si yo demostrase que no procede el pago de la prima sería muy bien gratificado, pero le aseguro que no es por eso que estoy insistiendo tanto.

—¿No? ¿Por qué es, entonces?

—No me gusta lo que veo en los ojos de Herbert Rutledge.

—¿Y qué es lo que ve?

—No sé... Algo escalofriante. Y luego, eso que dijo de su esposa, que era un ser abominable... Se diría que ella le estaba... martirizando de algún modo, y entonces cabe admitir que él decidiera quitarla de en medio y aprovechar para meterse en el bolsillo un millón de libras.

—Por lo que parece, usted ya ha descartado la posibilidad peliculera y novelística de qué la difunta sea otra persona y que todo esto haya sido un plan tramado por los esposos Rutledge para disfrutar de un millón de libras en cualquier parte del mundo... donde posiblemente la señora Rutledge, de... incógnito, ya estaría esperando al señor Rutledge, tras haber abandonado el Reino Unido digamos clandestinamente. ¿Ya no cree nada de eso?

—No descarto nada, pero me gustaría saber qué entiende el señor Rutledge por un ser abominable. ¿Qué entiende usted, inspector?

—Caramba, no sé... Se puede decir en muchos sentidos, ¿no?

Puede que la señora Rutledge fuese una guarra, simplemente. O que tuviera mal carácter. O que fuese cruel... ¡Cualquiera sabe! Además, tal vez lo que al señor Rutledge le parece abominable no nos lo parecería a nosotros. Todo esto es muy relativo. ¿Y usted?

—¿Qué?

—Que qué cree usted que es un ser abominable.

—¡Ah...! Bueno, yo diría que es todo lo que usted ha dicho junto y más. ¡Demonios, un ser abominable tiene que ser alguien incapaz de soportar en ningún sentido, inspector!

—En ese caso la señora Rutledge no podía ser tan abominable.

—¿Por qué no?

—Bueno, creo que los Rutledge llevaban casados veinticuatro años. Y eso me parece mucho tiempo para estar soportando a un ser abominable, francamente.

—Si... Eso es cierto. Bueno, no sé. ¡Demonios, él la mató!

—Joder, qué perra ha pillado usted, muchacho —masculló Parry—. En cuanto a mí, tengo muchas cosas que hacer, y no permitiré que esta conversación se eternice. De modo que, con su permiso...

—O sea, que me echa usted.

—Cortésmente, pero sí —sonrió Henry Charles.

—De acuerdo —gruñó Raymond, poniéndose en pie—. Pero antes de abandonar su confortable despacho permítame decirle una cosa: no pienso dejar de vigilar a Herbert Rutledge.

—Seguramente se meterá en un lío, pero allá usted. Y ahora, déjeme a mí decirle algo a usted: ¿cuándo cree que el zorro sale de su madriguera a realizar sus correrías?

—¿El zorro? ¿De qué está hablando ahora?

—De un zorro vulgar y corriente, de esos que antes perseguían a caballo, con perros y trompetas. ¿Qué cree que hacía el zorro en cuanto oía los perros y las trompetas?

—Se escondería, digo yo.

—Pues usted, para el señor Rutledge, es el zorro, las trompetas, los caballos y los cazadores, todo junto y en tropel, así que... él permanecerá escondido hasta que usted se canse de buscarle.

—Maldita sea mi estampa —frunció el ceño Raymond.

—No es que lo esté haciendo mal, pero yo llevo más años que usted en estos negocios de la investigación —Henry Charles Parry sonrió beatíficamente—, y sé muy bien que cuanto más presionas a

la ostra más se cierra.

—Usted parece un zoológico, con tanto animalito —gruñó Raymond.

—Amigo Raymond —le apuntó el policía con un dedo rechoncho—, deje de molestar a los ciudadanos británicos, o si le denuncian me verá obligado a detenerle: ¿Comprendido?

—Váyase al demonio —farfulló Stanford.

Y se fue del despacho de Parry dejando a este sonriente y no poco divertido.

* * *

Eran casi las diez de la noche cuando Raymond Stanford cerraba tras él la puerta de su apartamento y se adentraba en este quitándose el gabán. De nuevo lloviznaba, pero el tiempo no era demasiado frío. Pronto llegaría el verano.

Y cuando llegase el verano... ¿adónde se iría el señor Rutledge a disfrutar su millón de libras?

Realmente malhumorado, Raymond llegó a la salita, se sirvió un *whisky*, y con el vaso en la mano se acomodó en un sillón. Bueno, ¿qué podía hacer él? Parecía el loco del condado, ya que todos los demás daban por bueno y sentado el asunto tal como estaba planteado y resuelto.

Ya lo mejor era así; a lo mejor realmente él estaba loco. También podía tener mucho que ver en la locura la codicia de las veinticinco mil libras de recompensa que obtendría de la New Life Insurance si le ahorra el pago del millón a Herbert Rutledge. Con veinticinco mil libras en el banco él se consideraría un hombre rico. Ya ganaba un buen sueldo, desde luego, pero si además tenía a sus espaldas veinticinco mil libras podría vivir como un perfecto caballero...

Abominable.

¿Qué entendía Herbert Rutledge por abominable?

Y sobre todo ¿por qué decía esto de su esposa? ¿Qué le había hecho ella? ¿Qué podía haberle hecho una mujer a su marido para que este dijera que ella era abominable? Miles de cosas, claro. Sin embargo, en el fondo de su consciencia, Raymond Stanford sentía que si había alguien abominable allí no era la señora Rutledge, sino

él, el señor Rutledge, el beneficiario de un millón de libras esterlinas.

Stanford bebió un buen sorbo de *whisky*, cerró los ojos, y en su imaginación aparecieron los de Herbert Rutledge.

Se estremeció.

—Tú la mataste —susurró Raymond sin abrir los ojos—, y por muy zorro que seas, por mucho que esperes, cuando salgas de tu madriguera te estaré esperando.

Capítulo IV

EL zorro no tardó en salir de su madriguera más que dos días. Cuarenta y ocho horas después de que Raymond le visitara en su hotel, salió de este, tomó un taxi, y se dirigió a Aldersgate street, naturalmente seguido por Raymond en otro taxi.

En Aldersgate Street, el zorro se apeó frente a un hotel, en el cual entró. El cazador se apeó de su taxi, y pasó a los pocos segundos por delante del hotel en cuestión, el Clarendon. Parecía un hotel agradable, pero no lujoso; era de tres estrellas.

La pregunta, claro está, era: ¿qué había ido a hacer Rutledge al Clarendon Hotel? ¿Tal vez quería cambiar de hotel? ¿O tenía una cita? ¿O quizá simplemente se comía bien en el Clarendon y eso era lo que él quería, una buena cena?

Lo seguro era que desde la calle él nunca lo sabría..., a menos que cuando Rutledge saliese del hotel él entrase y comenzase a preguntar cosas sobre la estancia allí del señor Rutledge. Mientras tanto, naturalmente, el señor Rutledge quizá fuera a otro sitio o hiciera otras muchas cosas más interesantes, y él no se enteraría.

—Maldita sea —farfulló.

Y sin más consideraciones se metió en el hotel de rondón, como el que está dispuesto a aceptar que incluso le caiga sobre la cabeza un piano.

Más o menos fue esto lo que le sucedió apenas diez segundos más tarde, cuando vio a la muchacha.

Primero buscó con la mirada a Rutledge por el vestíbulo, y enseguida se dirigió hacia la puerta del salón-bar, convencido de que si no estaba en el vestíbulo debía tener una entrevista con alguien en el bar. Y así era. El señor Rutledge estaba sentado a una mesita redonda frente a una joven que le produjo a Raymond Stanford tal impresión que lo dejó clavado en el umbral del bar durante unos segundos, desde luego con la impresión de que un

piano había caído sobre su cabeza. O algo parecido.

La muchacha era rubia como el oro y el sol juntos, debía tener veintidós o veintitrés años, y Ray Stanford no había visto nunca una criatura tan delicada y tan vital al mismo tiempo. Era de una esplendidez física abrumadora, impresionante. Era tan hermosa y resplandeciente que por fuerza tenía que causar sensación allá donde estuviese. Sus grandes ojos azules contemplaban con suma atención a Herbert Rutledge, mientras en sus bonitos labios sonrosados y gorditos latía una sonrisa no apta para cardíacos. Tenía cuello de diosa, y unos pechos magníficos, plenos, pujantes, entrevistados discretamente por el escote del jersey oscuro.

Un piano sobre sus sesos no habría dejado tan turulato a Raymond Stanford.

Pero reaccionó cuando la muchacha movió la mano derecha, y la puso sobre la izquierda de Herbert Rutledge. La mirada de Stanford saltó hacia aquellas dos manos, una sobre otra. La de ella era preciosa, de un blanco sonrosado perfecto, las uñas pintadas de un rojo suave. La de él era blanca y nervuda. El conjunto le pareció horrendo... Y todavía se lo pareció más cuando el señor Rutledge utilizó su mano derecha para palmeo cariñosamente la derecha de la muchacha sobre su izquierda.

La reacción de Raymond fue fruncir el ceño, dar la vuelta, y escapar de allí aprovechando que todavía no se habían fijado en él ni Rutledge ni la muchacha.

Todavía aturdido y deslumbrado, el investigador de seguros fue a dejarse caer en uno de los sillones del vestíbulo.

Muy bien, lo había hecho, había pescado a... No, no se pesca a un zorro. Había cazado al zorro, a Rutledge. Su impaciencia estaba justificada, desde luego. Tal vez el inspector Parry creyera que Rutledge iba a esperar más tiempo antes de hacer algo revelador, pero evidentemente el zorro no había podido esperar más para ir a ver a su zorrita. ¡Y qué zorrita! Era la más linda zorrita que se pudiera buscar para gastarse con ella un millón de libras...

Veamos: ¿cuántos años debía tener la señora Rutledge al morir? Unos cuarenta y cinco. Muchas mujeres, a los cuarenta y cinco años muestran una belleza magnífica, pero no nos engañemos; a los veintidós años su belleza tenía que ser todavía más magnífica. Así pues, para el señor Rutledge, cambiar una esposa de cuarenta y

cinco años por una zorrита alegre de veintidós no debía haberle representado duda alguna; especialmente teniendo en cuenta que la señora Rutledge era un ser abominable. A-bo-mi-na-ble.

Tan abstraído estaba en sus pensamientos que el zorro y la zorra casi le sorprendieron en el vestíbulo. Los vio con el tiempo justo para tomar un periódico de una mesita, abrirlo, y ocultarse tras él, sin avergonzarse por recurrir al viejo truco.

Atisbando por encima del periódico, vio cómo Rutledge era ahora quien tomaba la mano de la muchacha, y ella acercaba el rostro y le besaba en ambas mejillas. Muy recatada. ¿Dónde le besaría cuando estuvieran a solas?

Él se marchó, y ella se dirigió hacia el mostrador de la conserjería. Raymond esperó hasta convencerse de que Rutledge, en efecto, abandonaba el hotel, y entonces se acercó a la conserjería. La muchacha había tomado una postal, y estaba escribiendo en ella. Situado a poco más de un metro de ella Raymond contempló de reojo su hermosa mano utilizando el bolígrafo que le había facilitado, el empleado del hotel. Era una mano para besarla, y para acariciarse con ella de arriba abajo. El señor Stanford se estremeció al pensar esto: la mano de la muchacha acariciándole...

—¿Me da mi llave, por favor? —oyó la voz de ella—. La 308.

—En seguida, señorita.

Con la cabeza baja, como ensimismado ante el exhibidor giratorio de postales, Ray Stanford vio cómo la llave era depositada sobre el mostrador. Estaba aturdido. Ella hablaba inglés, desde luego, pero no el inglés del Reino Unido, sino otro. Australiano, no. Oh, cielos, maldita sea, ¡era americana!

—Gracias. ¿Podría usted poner una estampilla a esta postal y depositarla en el buzón?

—Con mucho gusto.

—Gracias otra vez. Hasta luego.

La guapísima zorrита americana giró un cuarto de vuelta y se dirigió hacia el ascensor. No había mirado a Stanford ni una sola vez. Este todavía estuvo simulando escoger postales mientras miraba de reojo las sensacionales piernas femeninas, que desaparecieron dentro del ascensor. Dejó de mirar postales y miró su reloj de pulsera. En su mente se estaba forjando el plan de indagación.

Se acercó al conserje.

—Oiga, llevo un rato esperando a mi amigo, el señor Waldon, pero no aparece. Tal vez nos entendimos mal por teléfono. ¿Será tan amable de llamarlo por teléfono y decirle que le estoy esperando?

—Con gusto, señor. ¿Cuál es la habitación del señor Waldon?

—La trescientos ocho.

—Llamaré en seg... Ah, no. No puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Su amigo no puede estar en esa habitación, pues está ocupada por otra persona.

—No diga tonterías —gruñó Raymond.

—Le aseguro que su amigo no está en esa habitación, señor —alzó la barbilla el empleado.

—No, ¿eh? Mire, amigo, déjese de pamplinas y dígame al viejo Rudy que le estoy esperando.

—Tal vez esté en otra habitación. Miraré el registro.

—Oiga, no tiene que mirar nada: le estoy diciendo...

—La habitación 308 está ocupada por una señorita que viaja sola, señor, de modo que el señor Waldon no puede estar en ella. Si lo desea, miraré el registro, pero si prefiere marcharse sin ver a su amigo...

—Está bien, está bien... Bueno, quizá haya venido con su amiguita. ¿Cómo se llama la señorita esa? ¿Dorothy?

—No, señor.

—No, ¿eh? Seguro que están usando otro nombre... A ver: ¿cuál es la dama de la 308?

—Señorita Flemina Hart, de los Estados Unidos —comenzó a impacientarse el hombre—. Permítame un momento.

El hombre se dedicó a mirar el registro, tras lo cual, miró con cierta sorna triunfante a Stanford.

—No hay ningún señor Waldon en el hotel, señor.

—¿No? Vaya, ¿qué le parece? ¡A que he vuelto a equivocarme de hotel...! ¿Este es el Clarion?

—No, señor —sonrió perversamente el empleado—. Este es el Clarendon.

—Vaya, hombre. ¡Hoy no es mi día! Pues nada, amigo, perdone. Y muchas gracias.

Salió del hotel, temiendo encontrarse por allí cerca a Rutledge,

pero no fue así. Posiblemente había regresado a su hotel.

Muy bien: ¿qué hacía él ahora? ¿Y qué pensaban hacer en el futuro el zorro y la zorrita? Flemina Hart, de los Estados Unidos. Deliciosa, bellísima, rubísima, encantadora Flemina Hart. Pues sí que el zorro había ido lejos a buscarse la zorra...

Por cierto: ¿dónde debía estar ahora el zorro y qué estaba haciendo?

* * *

Le habían entregado una carta en la conserjería, y, al ver el membrete de la New Life Insurance en el dorso, una sonrisa se apretó en los labios de Herbert Rutledge. Subió a su habitación, se encerró, y rasgó el sobre. Dentro había un comunicado informándole de que tenían a su disposición las primas contratadas por su casa siniestrada, sita en el 12, West Holkin Street, Belgravia, Londres; y la concerniente a su esposa, fallecida en el mismo accidente. Le indicaban el horario y el lugar donde sería atendido cualquier día laborable, etcétera, etcétera. Todo por computadora.

Mejor.

Con el comunicado en las manos se sentó en un sillón, y su mente se desplazó en busca de placeres personalísimos...

* * *

Ella estaba sola en la impenetrable oscuridad. No podía moverse, ni gritar, ni comer, ni beber. Lo que sí podía hacer era sus deposiciones, eso sí.

Posiblemente estaba sucia de orines y excrementos. Toda ella debía estar hecha una auténtica asquerosidad. Debía oler mal. Debía oler pésimamente, la muy puerca. Debía oler a demonios muertos.

¿Cómo debían oler los demonios muertos? Porque ser demonio ya es malo, pero encima estar muerto y pudriéndose... ¿Cómo debían oler los demonios muertos? Pues a demonios muertos, claro. Así debía estar oliendo ella en su lugar. Estaba en su lugar. Estaba donde debía estar.

Estaba sufriendo.

Debía estar sufriendo mucho, sola, abandonada en aquella oscuridad de la que nada podía esperar. Sola, a oscuras, en silencio y rebozada en pura mierda propia. Y con hambre y sed. Sí, de momento debía tener hambre y sed, porque la naturaleza tiene unas exigencias insoslayables. Hambre y sed. Sobre todo, sed. Bueno, era una tortura como otra cualquiera. A veces se podía tener hambre y sed de amor. O de sexo puro y simple. ¿Y qué hacían algunas personas? Pues, le negaban el amor o el sexo puro y simple a otras. Y eso estaba mal.

Estaba muy mal.

Estaba malísimamente mal.

Pero cada cual tiene un castigo. Cada cual va a parar, finalmente, a donde merece. A la larga, nadie se escapa de su justo castigo. Y eso era lo que le había ocurrido a ella.

Y espera, querida, espera. ¡Ya verás! ¡Ya verás cuando pueda atenderte como es debido, ya verás...!

Una de las cosas que te voy a hacer será romperte la columna vertebral con un martillo. ¿Te lo imaginas? Estarás en silencio y a oscuras en tu tumba confortable y eterna, y yo entraré allí con el martillo, te volveré de espaldas a mí y te golpearé con el martillo vértebra tras vértebra. Oíré el crujido de las vértebras al romperse, y tú no podrás gritar aunque sientas el horrendo dolor de tus huesos machacados. Y ya no podrás moverte, no podrías moverte ni estando viva ni estando muerta, porque la columna vertebral es el sostén del cuerpo humano.

Así que te la partiré a martillazos. Y cuando estés paralítica en la tumba que te he preparado y de la que jamás saldrás, seguramente dejaré a tu lado unas cuantas serpientes, unas de esas inofensivas culebras que a ti te horripilaban tanto. Y no entiendo por qué, ya que las culebras son inofensivas, y, en contra de lo que la gente cree, incluso son beneficiosas para el hombre, pues devora ratones, insectos y bichos que sí son molestos. Pero tú siempre has tenido miedo y asco a las culebras...

Pues bien, ya sé lo que haré: te meteré Una culebra por la boca.

¡Oh, sí, maldito sea el infierno, eso es lo que haré!

Te meteré una culebra por tu maldita boca, te la haré tragar viva y entera. ¿Te lo estás imaginando cariño?

Y espera, espera... ¡Porque todo eso no es nada! Yo te he metido ahí, y seré yo quien dispondrá de tu cuerpo para toda la eternidad. Si deseo fornicar contigo, pues eso haré; si deseo golpearte las vértebras, eso haré; si deseo meterte una culebra en la boca, eso haré; y si me apetece que la culebra entre en tu cuerpo por el ano, por ahí te la introduciré. Te meteré por el ano culebras, sapos y ratas, y algún escorpión. Y entrarán todos, y te morderán y envenenarán por dentro.

¿Eh?

¿Qué te parece, «cariño»?

Eh, eh, eh, ¿qué te parece?

Espera, espera, que lo que te ha sucedido hasta ahora no es nada. Ya nadie te buscará, naturalmente, porque estás muerta. Eres mía y para mí solo, y ya verás, ya... Ya verás cuando te arranque los dientes uno a uno y te los haga tragar acto seguido.

¿Y luego sabes qué haré?

¡Te pincharé los ojos con agujones de escorpión! ¡Oh sí, eso sí que será brutalmente divertido, enajenadoramente maravilloso! Y tal vez, en algún momento, decida comerme tus orejas, así que tendré que cortártelas... O quizá no te las corte. ¿Para qué molestarse? Solo tengo que agarrarte la cabeza con mis manos, y simplemente comenzar a comerme tus orejas, y así lo sentirás con más viveza, con más intensidad. ¿Te lo imaginas? ¡Tú llorando en silencio de muerte pidiéndome que no lo haga, pero yo comiéndote las orejas sin hacerte caso!, nac, nac, nac, las iré mordiendo, masticando, tragando, ¡qué orejas tan buenas tienes, querida mía!

¿Y sabes qué haré con tu ombligo, con tu maldito ombligo...?

Pero... ¿por qué apresurarse, por qué correr tanto, por qué acumular tanto placer que finalmente se convertiría en hastío? Las cosas hay que dosificarlas. Nada de hacerla sufrir tanto, tan intensamente, y todo en una misma sesión; nada de eso, porque al final quedaría insensibilizada, y ya no sufriría.

No, no, no... Había que darle margen para que, además de sufrir, tuviese tiempo de meditar en el sufrimiento, allá en su tumba...

Capítulo V

RAYMOND sabía perfectamente que aquella mañana Herbert Rutledge iría a hacerse cargo del dinero, así que no se dedicó a seguirlo a él. Ciertamente Rutledge podía decidir ir a cobrar cualquier otro día, pero él sabía que no, que lo haría cuanto antes, que aquella misma mañana, no mucho después de las diez aparecería dispuesto a embolsarse ni más ni menos que un millón veinticinco mil libras.

Bueno, la compañía no se iba a arruinar por esto, claro. Todo estaba previsto. Unas veces se gana y otras veces se pierde. A fin de cuentas las compañías de seguros están para eso, para cubrir riesgos que ella misma acepta, ¿no? Y aun así, siempre ganan. Siempre. De modo que muy bien, que el señor Rutledge fuese a cobrar, que ingresara el cheque en su banco..., que hiciera lo que quisiera.

Mientras tanto, él se iba a encargar de vigilar a la zorrilla americana. Que por cierto la noche anterior le había decepcionado, pues estuvo esperándola en la calle convencido de que ella saldría a cenar por ahí, o quizá incluso a encontrarse con Rutledge, pero no. Ella debió cenar y retirarse temprano a descansar.

Y bien que había descansado.

Solo había que verla aquella mañana para comprender que había descansado estupendamente.

Salió del hotel poco antes de las once, hermosísima, lozana, con los grandes ojos azules queriendo verlo todo. En previsión a la posible llovizna llevaba un impermeable que, ajustado a su cintura, revelaba su finura y su flexibilidad. Llevaba unas botitas blancas que eran una monada, y en el brazo izquierdo un bolso también blanco y en la mano un paraguas asimismo blanco.

Era para morir de amor.

Para que luego digan qué el dinero no proporciona la felicidad. Claro que la felicidad no reside exclusivamente en el sexo, pero

bueno, todo ayuda un poco, y evidentemente Herbert Rutledge había decidido empezar ayudándose con una buena compañía.

La señorita Flemina Hart, americana ella, bajó por Aldersgate, y al llegar a

St. Martin's

Le Grand giró hacia la derecha, tomando Newgate Street, siguió por Holborn Viaduct, alcanzó Holborn Circus, continuó por High Holborn...

Iba en dirección a Hyde Park.

De cuando en cuando se detenía a contemplar un edificio, un monumento, un escaparate, una arboleda... Adquirió cigarrillos en una máquina. En esa misma máquina, segundos después, también adquiría cigarrillos Raymond, sin perder de vista las piernas más bonitas de América y Londres. Parecía que la muchacha simplemente estaba paseando, pero, tras mirar un par de veces su reloj de pulsera, apretó el paso.

No iba a Hyde Park.

No llegó allí sino que se introdujo por las tranquilas calles del elegante distrito de Mayfair, y, cuando faltaban unos pocos minutos para las doce se detuvo en Brook Street, cerca de Roosevelt Memorial Square.

A las doce y dos minutos llegó Herbert Rutledge, en un taxi. Acudió sonriente al encuentro de la muchacha, le tomó las manos, y ella volvió a besarle en ambas mejillas. Luego, ambos entraron en uno de los elegantes edificios de Brook Street. Cuando segundos después Stanford pasó por delante de la puerta del edificio en cuestión supo que en este había un apartamento en alquiler.

«Este tipo está loco —pensó Raymond—. ¡O está loco o no tiene ni idea de lo que significan las palabras cautela, decencia, paciencia y otras parecidas!».

Hacia las doce y veinte, Rutledge y la muchacha salieron del edificio, subieron por Davis Street hasta Oxford Street, y aquí tomaron un taxi. Raymond Stanford tomó otro taxi. A las doce y media aproximadamente, el taxi se detenía frente a un restaurante de Aldersgate Street, relativamente cerca del hotel Clarendon. Rutledge y la señorita Hart entraron en el restaurante. Raymond refunfuñó, buscó un teléfono, y efectuó una llamada.

Casi a las siete y media de la tarde Vincent Crane entró en el bar, localizó enseguida a Stanford sentado solo a una mesa, y fue a sentarse ante él.

—¿Has cenado? —preguntó Raymond.

—No. Pero ya he llamado a mi mujer, y me espera dentro de media hora.

—O sea, que tendré que cenar solo, como siempre.

—Pues cástate —sonrió Crane.

—Si fuese con la chica de Rutledge, ahora mismo —gruñó Raymond—. Pero yo no tengo un millón de libras para gastármelas con ella. ¿Qué está haciendo ahora Rutledge? ¿Por qué tarda tanto en venir a buscarla?

—No creo que esta noche venga a buscarla: se ha ido a Earls Coine.

—¿A la casa de campo? —exclamó Raymond—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, salió de Londres en su coche, yo le seguí con el mío hasta Chelmsford; y francamente, cuando comprendí que se dirigía hacia Colchester, cerca de la cual está Earls Coine, se me quitaron las ganas de seguirlo..., que ya no tenía muchas, francamente. Creo que te estás obsesionando con esto, Ray.

—Sí, ¿eh? Bueno, ¿qué me dices de la chica?

—Si fuese su amante se la habría llevado a Earls Coine.

—Tú mismo averiguaste que Rutledge ha alquilado aquel apartamento de Mayfair.

—Sí, fui allá, tal como me pediste, y me enteré. Pero lo alquiló a nombre de él, y lo cierto es que no parece que ella vaya a mudarse allí. Por si esto fuera poco, ella se queda en Londres y él se va a Earls Coine. Ponte en su lugar ¿te irías tú dejándote en Londres una preciosidad como dices que es la señorita Hart?

—Yo, no.

—¿Y qué? ¿Supones que él es más tonto que tú?

—No supongo tal cosa: tiene que ser muy listo.

Vincent Crane, compañero de investigaciones de Raymond en la New Life Insurance, suspiró cuando el camarero depositó ante él el *whisky* que había pedido por señas, bebió un sorbo, y volvió a suspirar.

—¿Qué ha hecho ella desde que se separaron? —preguntó.

—Nada. No ha salido del hotel. Quizá esté esperando una llamada de él.

—Ray, ese tipo ha alquilado el apartamento porque no debe gustarle vivir en un hotel, debe preferir el apartamento hasta que construyan su nueva casa sobre las cenizas de la antigua. Mira, esta mañana la New Life le pagó su maldito millón de libras, es un nuevo rico, maldita, sea, así que lo primero que ha hecho ha sido alquilar un apartamento en Mayfair, para dárselas de importante.

—¿Y qué relación tiene la señorita Hart con él? Ella le acompañó a alquilar el apartamento, ¿no?

—Sí —titubeó Crane—, eso es cierto. Bueno, tenemos conexiones con Estados Unidos, de modo que podemos interesarnos allá por la señorita Flemina Hart. ¿De qué parte de Estados Unidos procede?

—De eso no me enteré.

—Y tendré que enterarme yo, ¿no es así?

—Te lo agradecería —sonrió Raymond—. Ya sabes: hoy por mí...

—... Mañana por ti, de acuerdo. Escucha, voy a ser sincero contigo, Ray. No he tenido un día precisamente de los buenos, de modo que lo que estoy deseando es llegar a casa, cenar bien, escuchar un poco de música, y echar un estupendo polvo con mi mujer para acto seguido dormir a pierna suelta. ¿Cuento con que no me llamarás esta noche? ¿Sí?

—¿Tenías que hablar de polvos? —masculló Raymond—. ¿Y yo qué?

—Ya te lo he dicho: cástate.

—Con la chica de Rutledge, sí.

—¡Y dale! Pues bueno, ve a verla, dile que te ha sorbido el seso, y que aunque Rutledge tenga más dinero tú eres más guapo. Supongo que este *whisky* lo pagas tú.

—Hombre, claro.

—Vale. Estaremos en contacto mañana por medio de la oficina —Vincent Crane se puso en pie, y sonrió—. Escucha, si vas quemado puedo darte el número de teléfono de una chica encantadora.

—Encantadora. ¿Qué entiendes tú por encantadora?

—Es simpática, limpia, no se complica la vida, y lo hace muy bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho un amigo.

—Ya. Bueno, métete ese número de teléfono donde te quepa: cuando necesito chica sé dónde buscarla yo solito.

—¿La de Rutledge, por ejemplo? Podríamos hacer una apuesta: cien libras a que no te la tiras.

—Van.

Crane terminó su *whisky* de pie, asintió, hizo un gesto con la cabeza, y se marchó. Raymond Stanford quedó de nuevo solo, pensativo. Bueno, si tenía que intentar saber algo de la muchacha ninguna ocasión era mejor que la presente, sabiendo que Rutledge se había marchado a su casa de campo de Earls Coine... a clasificar mariposas disecadas. ¡Gran diversión, voto al infierno, pinchar cadáveres secos en una tabla! Pero bueno, allá estaba Rutledge, a setenta millas de Londres. Y la chica estaba en el hotel, a escasa distancia... Tal vez cenando.

—Ahora recuerdo —se dijo Raymond— que yo no he cenado...

* * *

La señorita Hart estaba empezando a cenar cuando apareció Raymond Stanford en el comedor del hotel. Se quedó mirándolo mientras conversaba con el camarero, que parecía un poco sorprendido, pero que, finalmente, lo llevó a una mesa libre.

Así pues, el gigantón rubio no conocía a nadie en el hotel, estaba solo.

La señorita Hart llamó con discreto gesto a otro camarero, le pidió una tarjeta del hotel, y cuando la tuvo sacó del bolso un bolígrafo de oro y escribió en el dorso apenas un signo. Se detuvo, reflexionó unos segundos, y continuó.

Cuando terminó de escribir repasó el mensaje:

¿Aceptaría cenar conmigo? El camarero le indicará quién soy.

Espero ser de su agrado. Saludos.

Flemina Hart

Llamó de nuevo por señas al camarero, que estaba encantado de servir a tan preciosa criatura.

—¿Será tan amable de llevarle la tarjeta a aquel caballero? —mover la cabeza Flemina hacia el gigantón rubio—. El guapo y alto de los ojos claros.

—Con gusto, señorita.

—¿Sabe usted su nombre?

—No. Ese caballero no está alojado en el hotel. Parece que ha tenido el capricho de venir a cenar aquí, simplemente.

—Ya.

El camarero se alejó con la tarjeta en la mano. Flemina se quedó mirando al gigantón rubio, y apretó los labios para no sonreír cuando vio su gesto de sorpresa al entregarle el camarero su tarjeta. Cuando terminó la lectura miró enseguida directamente a Flemina, estupefacto. Ni siquiera necesitó que el camarero le dijera qué señorita le había entregado la tarjeta para él. ¿Cómo había de necesitar semejante cosa si había visto perfectamente a Flemina escribiendo en la tarjeta, si no la perdía de vista...?

El gigantón rubio titubeó. Era más la sorpresa que la indecisión. Pero, de repente, sonrió, le dijo algo al camarero, y se puso en pie. Flemina le vio acercarse con aquel elástico y largo, quizá un tanto perezoso, de felino.

Él llegó ante la mesa, y mostró la tarjeta.

—Buenas noches. Entiendo que es usted Flemina Hart.

—Así es —sonrió ella.

—Encantado. Yo soy Raymond Stanford. ¿Lo de la tarjeta es en serio?

—Naturalmente. Me gustaría cenar en su compañía, señor Stanford. Por supuesto, si usted tiene otro compromiso...

—No, no. Ninguno. Y le aseguro que me encantará cenar con usted. ¿Puedo sentarme?

—Salvo que prefiera cenar de pie... Pero sería incómodo para ambos, ¿no le parece?

Raymond Stanford sonrió, apartó una silla, y se sentó justo delante de Flemina Hart, a la que podía ahora, por tanto, contemplar directamente y a sus anchas, sin miradas de reojo, sin disimulos, sin nerviosismos. Era tan bonita, realmente tan encantadora, que el investigador de seguros comenzó a ponerse de

mal humor. ¿Quién había dicho que no se hizo la miel para la boca del asno? Pues allá había un asno llamado Rutledge que se estaba comiendo la mejor miel del mundo...

—No quisiera parecerle tonto o ingenuo —dijo Raymond—, pero... ¿a qué se debe su invitación?

—¿Invitación? ¡Supongo que no espera que pague su cena!

—No, no. Eso lo haré con gusto. Incluso me gustaría invitarla. ¿Me lo permite?

—¡Naturalmente!

—¿Me ha hecho venir a su mesa para que la invite a cenar? —sonrió Raymond.

—Es un buen truco, ¿no le parece? Busco al caballero más guapo, le hago venir a la mesa, y me invita a cenar, claro. Entonces es cuando me aprovecho y pido a la carta los platos más caros y exóticos.

—Sí, es un buen truco —admitió Raymond—, pero supongo que algunas veces le falla.

—Si eso ocurre sigo cenando el menú normal. Mas, como esta noche no me ha fallado... ¿Qué me sugiere usted que pida después de este absurdo primer plato británico?

—Pida lo que guste. No soy rico, pero no me arruinaré por una cena cara y exótica.

—Tampoco quisiera abusar.

—No se preocupe. Elija una cena a su gusto para dos. Queda entendido que beberemos champán.

—¡Estupendo! —exclamó alegremente Flemina, con los ojos muy abiertos—. ¡Usted sí que es todo un caballero, señor Stanford!

—Le agradezco tan lisonjera opinión.

—La que usted se merece —sonrió la muchacha—. Dígame: ¿qué opinión le merezco yo a usted?

—Caramba, no sé... Así de repente... ¡No quisiera precipitarme!

—¿Precipitarse? —alzó Flemina las cejas—. Vamos, vamos, señor Stanford, ¿a qué llama usted precipitarse? Desde ayer por la tarde, en que le vi primero en la puerta del bar y luego en el vestíbulo, hasta esta tarde a eso de las cinco en que me he despedido de otra persona, le he llevado a usted pegado a mis talones todo el día. Yo diría que eso es tiempo más que suficiente para formarse una opinión sobre una persona. ¿Le parezco bonita,

al menos?

Raymond Stanford, que estaba estupefacto, reaccionó por fin, sonriendo.

—Ya lo creo —murmuró—: ¡eso sí!

—Muchísimas gracias. Por lo demás... Oh, perdón. ¿Le parece que atienda al camarero respecto a nuestra cena, y luego proseguimos la conversación?

—A su gusto.

—Es usted muy amable.

Flemina Hart encargó la cena para ambos al camarero, que hizo un par de sugerencias que fueron aceptadas. Raymond Stanford encajó sin un gesto el cálculo aproximado que hizo respecto a lo que iba a costarle la cena encargada por aquella preciosidad. El camarero se retiró, y la rubia americana miró de nuevo atenta y amablemente al rubio británico.

—¿En qué estábamos, señor Stanford?

—Me había preguntado usted si me parecía bonita.

—Ah, sí. Bueno, todo eso de su opinión sobre mí. Bien, ¿qué más puede decirme sobre mí? Porque no se habrá limitado a opinar que soy bonita, ¿verdad? Eso es algo que se comprende a simple vista. Estoy segura de que usted ha profundizado más.

—Tal vez. Es usted una chica muy decidida, señorita Hart.

—Sí, tengo que admitirlo. Verá, es que no me gusta que me acosen los hombres. Y todavía me gusta menos que me sigan en plan espía tímido. ¿Es usted un espía?

—No.

—¿Es tímido?

—Me parece que tampoco —sonrió de nuevo Raymond.

—Muy bien, pero debe tener alguna razón para estar todo el día detrás de mí. ¿Es algún capricho de índole morbosa, quizá sexual...? Me hago cargo de que le gustaría a usted acostarse conmigo, pero me pregunto si realmente espera conseguir algo en ese sentido simplemente siguiéndome.

—Caramba, señorita Hart...

—¿Le parece que hablo demasiado claro?

—Bueno...

—Solo estoy tratando de facilitarle una explicación —sonrió ella, siempre amablemente—. Y espero que sea buena, señor

Stanford, porque de no ser así avisaré a la policía de que me está usted fastidiando. Después de cenar, por supuesto.

Raymond Stanford soltó tal carcajada que todos los clientes del comedor del Clarendon Hotel se volvieron a mirarlo. Acto seguido, el investigador carraspeó, y volvió a reír, ahora por lo bajo. Flemina le miraba no menos risueña. Era guapísima... pero, y de esto se estaba dando cuenta ahora Raymond, también era una chica muy inteligente y equilibrada.

—A menos —dijo de pronto la muchacha— que precisamente sea usted de la policía. ¿Lo es, señor Stanford?

—¿Yo? ¿De la policía? ¡Desde luego qué no! ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante idea?

—Disparatada que es una. Y además debo ser tonta, porque... ¿sabe realmente qué es lo que se me ha ocurrido?

—¿Qué?

—Que no es a mí a quien realmente ha estado usted siguiendo, sino a mi tío. Es por eso que se me ha ocurrido que usted puede ser un policía.

Capítulo VI

DURANTE unos segundos Raymond no comprendió. Se quedó como si se le hubieran fundido todos los centros nerviosos. Su mente quedó en blanco y como petrificada.

Luego, murmuró:

—¿Su tío?

—¿No conoce usted a mi tío?

—¿Quién es su tío?

—El señor Rutledge. Herbert Rutledge. ¿Le conoce usted?

Raymond parpadeó. Luego, se pasó la lengua por los labios.

—De modo que es su tío...

—Es el marido de una hermana de mi madre.

—¿Se refiere usted a Delia Rutledge, de soltera Delia Barnes?

—Exactamente. Parece que al final nos entenderemos, señor Stanford.

—Pues no sé... Estoy aturdido.

—¿Qué pensó usted respecto a tío Herbert y yo?

—Bueno...

—Ya, ya. Sobre todo cuando nos encontramos para que yo echase un vistazo al apartamento que él había pensado alquilar en Mayfair. No iba a negarme a ayudarle en eso.

—No, no. Claro. Bien, o sea... Vamos, que es su tío. Me alegro... ¡Me alegro muchísimo! Es decir, no sé.

La expresión de Raymond se tornó súbitamente sombría. Flemina Hart estuvo mirándolo muy atentamente, esperando en vano algo más, pero tuvo que convencerse de que su interlocutor había terminado. No iba a decir nada más.

—¿De verdad no es usted policía? —insistió.

—De verdad.

—Pero está siguiendo a mi tío, ¿no es así?

—Pues...

—Es un hombre... inquietante, ¿no es cierto?

—¿Inquietante? —parpadeó Raymond.

—Sí. Tiene una mirada... extraña. ¿Lo conoce usted bien, lo ha tratado a fondo?

—A fondo, no, francamente. Creo que no le conozco bien, pero sí he observado esa... extraña mirada que usted alude. No sé si la definiría como inquietante, pero ciertamente sé que no me gusta nada.

—A mí tampoco —susurró Flemina—. Estoy convencida de que tía Delia tenía razón.

—¿A qué se refiere? —saltó interesadísimo Raymond.

—No pretenderá que le cuente los secretos familiares a un desconocido, ¿verdad? —sonrió ella.

—No soy un desconocido. Ya le he dicho quién soy, ¿no?

—Me ha dicho quién es, pero no qué es, ni por qué sigue a tío Herbert. No es policía, pero será usted algo, ¿verdad? ¿Qué es, señor Stanford?

—Soy investigador de la New Life Insurance.

—¿Una aseguradora dedicada a seguros de vida?

—Entre otros.

—Pues podría cambiarse el nombre —reprobó Flemina—. ¡Mira que llamarse Nueva Vida una aseguradora de muertes! Lo encuentro de muy mal gusto, francamente.

—Tal vez tenga razón —sonrió hoscamente Raymond.

—La tengo sin duda alguna. ¿Y qué es lo que investiga usted respecto a mi tío?

—Bueno, me gustaría estar seguro de que no ha habido... ninguna extraña o sucia jugada en este asunto que le ha costado a mi compañía un millón de libras esterlinas.

Los ojos de Flemina parecieron a punto de saltar de las órbitas.

—¿Quiere decir que la New Life ha pagado a mi tío un millón de libras... por la muerte de mi tía Delia?

—Así es. ¿No lo sabía?

—¡Claro que no! ¡Cielos, un millón de libras...! Espere a que se lo diga a mi madre: ¡se va a desmayar!

—Entonces será mejor que no se lo diga.

—Señor Stanford: ¿usted cree que puede haber habido algo... raro en la muerte de tía Delia?

—La verdad es que estoy convencido de ello.

—Yo también —murmuró Flemina Hart—. Hasta hace poco yo era demasiado joven para interesarme por la familia, y más, de la que estaba tan lejos. Es claro que mamá me habla con frecuencia de su hermana que se casó con un inglés, pero no hacía mucho caso, como le digo. Bueno, ya sabe, una tía que está lejos y que escribe de cuando en cuando. En fin, como sea, nunca hice mucho caso de esto. Pero, hace un par de años empecé a leer las cartas que tía Delia le enviaba a mamá cada vez con más frecuencia, y... comencé a tener una sensación extraña, como de miedo. Creo que era porque me daba cuenta de que tía Delia tenía mucho miedo.

—¿Miedo de él?

—Sí. Últimamente, yo, leía las cartas de tía Delia con más interés que mi madre. Me sentía entre... fascinada y aterrada. Y de pronto, tío Herbert llama a casa y nos dice lo que ha ocurrido, y que él está en un hotel, por si necesitamos algo. Ni me lo pensé: tomé el avión y me planté en Londres. Lo llamé, le dije dónde me había alojado, y él vino a verme...

—¿Por qué no fue a su mismo hotel?

—No lo sé —murmuró Flemina—. De verdad, no lo sé. Lo pensé, pero rechacé la idea enseguida. Tal vez estoy influenciada por lo que tía Delia decía de su marido.

—¿Qué decía?

—Que es un ser abominable.

Raymond sintió como un pellizco en el estómago.

—¿Su tía decía eso de su tío?

—Sí. Tengo arriba algunas cartas, las últimas, en las que usa esa palabra. Tal vez le gustaría leerlas. Bueno, quizá estoy abusando de usted, señor. Stanford: le he obligado a que me invite a cenar, y ahora le estoy presionando para que se ponga de mi parte... Quiero decir que si usted cree que hay algo raro en la muerte de tía Delia quizá podríamos investigar juntos.

—La verdad es que me gustaría muchísimo leer esas cartas —admitió Raymond—. Pero hay algo que quiero decirle, señorita Hart: su tío opina de su esposa, es decir, de la tía de usted, que era un ser abominable.

—¿Qué? —exclamó Flemina.

—Sí, ya ve.

—¡Pero...! ¡Es tía Delia quien dice en sus cartas que él es un ser abominable!

—No lo dudo. Pero él también dice eso de ella.

—¡No tiene derecho a decir una cosa así de tía Delia!

Raymond se quedó mirándola amablemente.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Porque ella era..., era una persona... encantadora.

—Me parece que nos traen la cena —sonrió mecánicamente Raymond—. Me permito sugerirle que cenemos tranquilamente y conversando sobre temas agradables. Luego, si le parece bien, me muestra usted esas cartas, las leo, y... tal vez sí que podamos investigar juntos lo que haya por investigar.

* * *

Una de las cartas decía así:

«Queridísimas Mirna y Flem:

»Ya sé que últimamente os estoy escribiendo con demasiada frecuencia, pero no debéis apuraros, no lo hago para forzaros a contestarme al mismo ritmo, sino para desahogarme con personas no solo amadas, sino de confianza.

»Estoy tan asustada que acabaré por marcharme de casa. Se me ha metido en la cabeza la idea de reunirme con vosotras, claro que diciéndole a él que solo voy a visitaros una corta temporada, pero dispuesta a quedarme para siempre. No creo poder soportar mucho más tiempo esta tensión que noto a mí alrededor. Creo que él está haciendo brujerías o algo parecido, pues a veces me siento como muy enferma. No podría decir que es nada físico, pues si me vierais comprobaríais mi sano aspecto en general, y debo deciros que todavía resulto considerablemente atractiva como mujer, pero en ocasiones siento malestares extraños que no sabría definir. Comprendo que mi presencia ahí, en una casa sin grandes recursos atendida por dos mujeres que se ven obligadas a trabajar para vivir, resultaría gravosa al principio, pero como es lógico yo también trabajaría, en cualquier cosa, y creo que las tres podríamos vivir muy a gusto.

»No tenéis que contestarme inmediatamente, pero es una idea que yo estoy empezando a considerar, y me gustaría saber qué os parece. La verdad es que hay otros momentos en que él no me parece tan abominable, y hasta me parece cariñoso y normal, pero muy pronto vuelvo a sorprenderlo mirándome de ese modo que tan asustada me tiene. Quizá penséis que soy una pobre loca que vive demasiado bien y se está complicando la vida para no aburrirse, pero no puedo evitar sentir esas sensaciones y pensar en lo abominable que me resulta las más de las veces este hombre que pese al tiempo que es mi marido me parece a veces como un desconocido.

»Me alegró mucho la noticia de que Flemina ha conseguido el puesto que deseaba en esa High School, y estoy segura de que lo desempeñará muy bien. En las últimas fotografías que me enviasteis estaba maravillosa, verdaderamente tiene un cuerpo atlético magnífico. Me sorprende que nunca mencionéis su vida amorosa, pues una muchacha tan bonita debe tener muchos amigos, y hasta es posible que penséis sorprenderme pronto anunciándome su boda. Me gustaría muchísimo que viniera a Londres en viaje de luna de miel.

»Mirna, no sé por qué cada día recuerdo más y con más nostalgia nuestra infancia, y ahora siento muchísimo haberme marchado de casa, quiero decir haberme casado con un británico y haberme venido a vivir aquí, donde nada se me había perdido ni hay nada que valga la pena. En fin, eso ya no tiene remedio. Pensad en lo que os digo al principio de la carta.

»Hasta pronto, recibir muchos besos de

»Delia».

Raymond terminó la lectura de esta carta, y la emprendió con la siguiente, mientras Flemina Hart, sentada frente a él en la otra butaquita de su habitación en el Clarendon Hotel, le observaba atentamente.

En total, la muchacha se había traído siete cartas, y todas ellas tenían aquel corte de nostalgia y de temor hacia una situación que parecía crear Herbert Rutledge con su actitud, especialmente, siempre según Delia, por aquel modo de mirarla fijamente. Insistía

en que presentía cosas terribles, y, ciertamente, se refería con frecuencia a su marido como a un ser abominable, aunque sin terminar de especificar qué era exactamente lo que le hacía definirlo así.

Cuando Raymond terminó de leer la última carta eran casi las diez de la noche, y Flemina, esperando y mirándole, parecía adormilarse. Pero se despejó rápidamente cuando él la miró mientras doblaba la última carta.

—Me estaba durmiendo —sonrió la muchacha—. No es usted muy expresivo, señor Stanford.

—Me gusta concentrarme en lo que hago. Gracias por permitirme leerlas... ¡Menudo sueño tiene usted! —sonrió.

—No, no. Es que en este silencio, tan quieta, tan bien cenada, y habiendo bebido champán... Además, su compañía es sedante.

—¿De veras?

—Sí, sí. Hay personas que causan inquietud, nerviosismo, incluso las hay que causan angustia, desazón... Usted es sedante. Respira despacio y profundamente de natural, como un felino en reposo. Eso da una sensación de seguridad y de fuerza, y por tanto, es relajante.

—Caramba —salió de su pasmo Raymond—, es usted sorprendente. Por cierto: ¿a qué se dedica? Su tía menciona esto un par de veces, hace referencia a su cuerpo, pero no dice a qué se dedica. A modelo no, desde luego.

—¿Por qué no es modelo? —se encrespó un poco Flemina.

—Porque tienes los pechos demasiado hermosos.

—Ah, bueno. Soy profesora de educación física.

—Claro. Debí adivinarlo: se la ve fresca, saludable, flexible y hermosa como no he conocido a nadie. Profesora de educación física. Lo tendré en cuenta.

—¡No creo que usted llegue a necesitarme para eso! —rio Flemina—. ¡Tiene musculatura para hacer tres Flemina Hart! ¿Cuál fue su especialidad universitaria?

—No he dicho que fuese a la universidad —sonrió Raymond.

—Yo distingo eso muy bien. ¿Cuál fue su especialidad deportiva?

—Rugby.

—Claro.

—También practiqué el remo.

—Oh.

—Y el fútbol, la natación y un poco de tenis.

—Ya ¿Y qué carrera estudio? ¿Astronauta?

—Soy abogado —rio Raymond Stanford—. Bueno, parece que nos vamos entendiendo muy bien, señorita Hart. ¿Qué le gustaría hacer ahora? Es decir, no precisamente esta noche, se entiende.

—¿Y por qué no esta noche? —susurró ella.

—Mmm... Bueno, pues... Veamos: ¿a qué se refiere?

—¿No le gustaría estar más tiempo conmigo?

—Por cierto que sí —murmuró Raymond.

—Entonces, quizá querría acompañarme.

—¿Quiere decir quedarme aquí?

—¡No! —se echó a reír de pronto Flemina—. ¡Quiero decir acompañarme! ¿Tiene usted coche?

—Tengo coche —gruñó él.

—¡Pues no es usted rápido ni nada...! —rio de nuevo ella—. ¿Realmente ha pensado que le pedía que se quedara a pasar la noche conmigo?

—Ha sido más que nada una ofuscación debido a mi acuciante deseo de que así fuera.

—Bueno, al menos es usted sincero, de modo que ya sé a qué atenerme: está usted deseando hacer el amor conmigo. ¿No es eso?

—Es que me he apostado cien libras a que me la tiraba.

—¡Eso no tiene gracia, señor Stanford!

—No, no la tiene, pero es cierto.

—¡Y tiene la desfachatez de decírmelo!

—Es que se me ha ocurrido que podríamos hacer un trato: lo hacemos, yo gano cien libras, y le doy a usted cincuenta.

Flemina Hart se sonrojó de indignación, pero, acto seguido, pudo más la estupefacción que cualquier otra emoción o sentimiento. Atónita, estuvo mirando a Raymond como fascinada antes de poder exclamar:

—¡Esto es fabuloso! Nada menos que está usted proponiéndome darse el gran lote conmigo y encima ganar cincuenta libras. ¡Cielos!

—Usted también ganaría cincuenta libras..., y se habría dado el gran lote conmigo.

—¿Siempre le sienta así el champán?

—Huy, a veces peor... ¡Es mi gran afrodisíaco!

—Pues gracias por advertírmelo, porque así, si vuelvo a cenar con usted, no pediré champán. Y volviendo a hablar en serio: ¿me lleva en su coche o no?

—¿Adónde?

—A Earls Coine.

—¿A la casa de campo de su tío?

—En efecto.

—Pero... ¿para qué? Bueno, no me diga que pretende ir a visitarlo a estas horas. Llegaríamos allá más o menos a medianoche.

—No he dicho que vaya a visitarlo. Solo quiero saber si está solo allá, y qué está haciendo.

—Fantástico... Mire, si está solo cuando nosotros lleguemos estará durmiendo, y si está acompañado no hace falta tener mucha imaginación para saber lo que estará haciendo; o quizá hayan terminado y ya estén durmiendo, de todos modos.

—Usted no ha leído bien esas cartas, señor Stanford.

—Desde luego que sí. Y si se refiere a esos comentarios que hace su tía sobre la querencia de su tío por ir a Earls Coine no he enfatizado eso porque ya lo sabía. Él siempre quiere ir allá, y ella casi nunca. Eso dedujimos.

—¿Lo dedujeron? Bueno, yo lo sé.

—Está bien.

—Señor Stanford: ¿no se ha preguntado usted por qué él siempre quiere ir allá y tía Delia nunca quería ir?

—¿Y usted cree que vamos a averiguar eso yendo a Earls Coine a medianoche?

—Usted quiere ahorrarle a su compañía un millón de libras, y yo quiero saber qué pasó realmente con tía Delia, porque tengo el convencimiento de que fuera lo que fuese lo que le ocurrió, él tuvo la culpa. He venido a Londres para eso, gastándome casi todos mis ahorros, y cuando vuelva quisiera poder decirle a mi madre que el asesino de su hermana ha sido castigado..., o que la pobre tía Delia no estaba muy bien de la cabeza y que todo fue un simple y verdadero accidente. Podemos hacer las cosas juntos o por separado, pero yo preferiría que usted me ayudase; y tengo derecho a algo de eso, porque hasta hace poco usted me consideraba una putita vendida al millón de libras de mi tío. De modo que... ¿Me

lleva a Earls Coine o no?

—Caray —bufó Raymond Stanford—. ¡Caray con usted, caray!

Capítulo VII

TODO estaba perfecto.

Sabía que la iba a encontrar allí, al sitio al que él la había enviado, y que jamás podría abandonar. Jamás. Estaba donde tenía que estar, y él podía hacer con ella lo que quisiera, de modo que, simplemente, iba a hacerlo.

Se iba a reunir con ella para gozar.

¡Ya lo creo que iba a gozar!

* * *

De modo que entró a donde tenía a Delia. El lugar no era muy grande, y de cuando en cuando olía un poco como a vino viejo, a vino rancio o algo parecido. Todo estaba a oscuras, pero él había preparado el lugar de modo que podría disponer de luz para ver bien lo que hacía durante sus expansiones.

Había un interruptor al extremo del hilo que terminaba por el otro lado con un portalámparas y una bombilla; esta se encendió al accionar él el interruptor. Lógico. Todo estaba perfecto.

Él lo había preparado todo muy bien, y ahora no tenía prisa ni cuidado de ninguna clase. Ella estaba donde debía estar, ya jamás nadie les molestaría en modo alguno.

La vio tendida en el suelo, frente a él. Estaba desnuda completamente, y su piel aparecía azulada por el frío húmedo del lugar, el frío de tumba eterna. Pestilente tumba eterna. Ajá, sí, ella estaba completamente desnuda y tendida en el suelo. Sus tobillos estaban sujetos uno al otro con una ancha tira de esparadrapo, que luego a su vez estaba unida por medio de un cordel de plástico a un grueso clavo hundido en la pared de madera. Sus brazos estaban atados a la espalda, también con anchas tiras de esparadrapo. E

igualmente con esparadrapo había sellado su boca de tal modo que no podía brotar de ella el menor sonido.

Todo estaba perfecto.

Especialmente, los grandes ojos de ella, que ahora, tras parpadear para protegerse de la luz, le miraba de soslayo, mostrando ya el inicio del terror.

Él no dijo nada. Simplemente, permaneció delante de ella, mirándola sádicamente. Oh, sí, sádicamente, sí... Bueno, esperaba haber aprendido bien a mirar sádicamente, porque esto no todos los que querían aprenderlo lo conseguían. Él sí, seguro.

Pasaba el tiempo, y los ojos de ella, llenos de miedo horrible, se iban acostumbrando completamente a la luz de la única bombilla del lugar. Un lugar repelente, con el suelo de madera, paredes curvadas, sin ventana ni respiradero alguno, con las paredes llenas de clavos. Había un diminuto catre, una silla, un retrete portátil de loza, pero, claro, ella no había podido utilizarlo, tal como pensó con toda lógica, y estaba pura, lisa y llanamente rebozada en orines y excrementos.

En realidad, su aspecto era peor que muerta, porque, al menos, al morir una persona generalmente llega la serenidad de expresión, esa persona descansa. Pero ella tenía un aspecto maravillosamente horrendo, sufriente y doliente.

Oh, sí: sufriente y doliente.

Tenía que estar sufriendo mucho allí. Muchísimo. Sin comer, sin beber, sin luz, pasando frío, sucia asquerosamente... ¡Tenía que estar sufriendo mucho, muchísimo, qué delicia! ¡Era tan delicioso pensar que ella no estaba muerta, sino que estaba sufriendo HORRIBLEMENTE...!

Se acercó a ella, y de un tirón le arrancó el esparadrapo que la amordazaba. Ella pareció que fuese a atragantarse con un sollozo, y acto seguido se puso a llorar, en silencio, desfallecidamente, sin fuerzas.

—Nada de morir, amiguita —dijo él—. ¡Qué fácil lo tendrías! Si murieses escaparías de mis garras, después de tanto tiempo de esperar la ocasión de hacerte sufrir como a una bestia ¡Nada de morir y escapar así a mis proyectos de dolor y sufrimiento insoportable para ti!

—Por... el amor de Dios —jadeó roncamente ella—. Herbert,

por el... amor de... Dios, ¿qué estás... haciendo conmigo?

—Ajá, ¿crees que no sé qué estabas escribiendo a tu hermana de Atlantic City contándole cosas nuestras? ¿Crees que no sé qué le has estado escribiendo diciéndole que yo soy un ser abominable? ¡Pues bien, tú eres el ser abominable!

—Oh, Dios mío, Dios mío... —sollozó Delia.

—Olvida a Dios, pues ni siquiera Él va a poder ayudarte. ¿Creías que ibas a morir y escapar así tan fácilmente de mí? Pues ya ves que no. Estás aquí, en mi poder, y bien viva. ¿Verdad que estás viva, Delia, querida?

Ella estaba llorando de nuevo. Sus ojos se habían agrandado, parecían ahora los de un koala, grandes, húmedos, tristes. Estaba delgada, su carne parecía azul y debía estar sufriendo mucho. ¡Oh, sí, sufre, sufre, sufre cuanto más mejor, Delia querida!

—Puedes llorar cuanto quieras, pues nadie te oír, y a mí me causa placer. ¡Qué bien lo paso viéndote en este estado de asquerosidad y dolor! ¡Cómo gozo viendo tus lágrimas! Ah, y no quisiera olvidarme de decirte algo realmente divertido: adivina quién ha venido a Inglaterra, a Londres. ¿Lo adivinas?

Ella seguía llorando. ¡Qué bien lloraba! No estaba muerta, como todo el mundo, creía, sino viva y bien viva, y estaba sufriendo y llorando. ¡Oh qué grandiosísimo placer!

—Me parece que no lo adivinas. Pues bien, ha venido tu sobrina Flemina. ¡Qué hembra, qué hembra...! Con el pensamiento la he violado mil veces en las pocas horas que he pasado con ella. Claro que ha sido solo con el pensamiento, pero es posible que pronto lo consiga físicamente. De cualquier modo, el pensamiento también es muy importante; ¿no te parece? Con el pensamiento se puede conseguir todo. Por ejemplo, violar a tu sobrina. O hacerte sufrir a ti hasta el éxtasis. El pensamiento lo puede todo. Por ejemplo, con el pensamiento puedo matarte cien veces o hacerte resucitar mil veces. Si estás viva, yo puedo pensar que estás muerta, y si estás muerta, puedo pensar que estas viva. Y como ahora deseo que estés viva para hacerte sufrir, pues estás viva y aquí, a mi disposición. ¿Realidad, fantasía, pensamientos míos...? ¿Tú qué crees, querida Delia?

—Herbert... Herbert, tengo sed... ¡Por favor, tengo sed!

—No faltaba más, amor mío. ¿Quieres agua? ¿O prefieres un

whisky? ¿Tal vez champán francés? ¿Un combinado, quizá? ¿Un refresco? Pide, pide lo que quieras, cariño.

—Solo quiero... quiero agua... ¡Por favor!

—Agua para *madame* ¡Rápido, agua para *madame*, perros! ¿Qué te parece? ¡Nos han dejado solos, y aquí no hay agua!, Vaya, tendré que ir yo a buscar el agua. Vuelvo enseguida, cariño mío.

Ah, sí, todo estaba perfecto, todo era fácil. Solo tenía que ir a buscar agua y volver.

Lo hizo.

Regresó con una jarra de agua bien llena y un vaso.

—Mira, ¿ves? ¡No dirás que no soy complaciente, fíjate cuánta agua te traigo!

Colocó la jarra sobre su cabeza y comenzó a verter el agua formando un fino chorro por el pico del cristal. El agua, fría, debía parecerle a ella como agujas de hielo clavándose en su cráneo. Claro que debía estar sufriendo de nuevo atrocemente, porque de otro modo... ¿por qué habría de gritar tanto como estaba gritando? ¡Cuánto y qué bien gritaba; qué trémolos de frío, de miedo, de impotencia, de dolor había en su voz quebrada!

Era todo maravillosamente espantoso.

Le gustó: maravillosamente espantoso.

Maravillosamente espantoso.

¿O espantosamente maravilloso?

No, no, ni hablar. Quedaba mucho mejor maravillosamente espantoso. Espantosamente maravilloso no tenía sentido. En cambio, maravillosamente espantoso era expresivo y alegre. Era vital. Tenía gracia. Quería decir que una cosa era tan espantosa que resultaba maravillosa.

Maravillosamente espantoso, pues.

—Querida —rio—, es maravillosamente espantoso oírte gritar. Grita, grita, por favor, grita mucho, grita muchísimo... ¡Me gustaría ver cómo se rompen tus cuerdas vocales y salen por la boca, enrollándose como las de una guitarra o un violín! ¡Bíiiiiiiiiiiiiiiiiiiinggg!, se rompe la cuerda y se enrolla con fuerza, parece un rizo de cabello. ¿No tiene gracia?

Había dejado de echarle agua fría en la cabeza, así que ahora ella no debía sentir aquella especie de miles de pequeños taladros en el cuero cabelludo. Pensó en echarle agua fría por el cuerpo

aterido y azulado, pero no quiso exagerar, porque... ¿y si terminaba por morirse de verdad? No, nada de eso. Tenía que durarle mucho, muuuuuuuucho tiempo.

De modo que dejó de echarle agua y se arrodilló a su lado, la sentó, y la dejó apoyada por la espalda en el borde del catre. Luego, echó agua en el vaso, y le dio a beber. Ella le miró con aquella expresión maravillosamente aterrada, posiblemente temiendo alguna crueldad más, pero él le sonrió con afecto, con cariño, ¡incluso con el recuerdo de aquel amor que alguna vez sintiera por ella!

—Bebe, bebe, cariño mío... ¡Pobrecita, qué sed tenía! Bueno, pero no bebas tanto y con tanta ansiedad, pues no es bueno después de haber estado pasando tanta sed. ¿Y hambre? ¿No tienes hambre? Bueno, ¿sabes qué haremos? Por esta noche basta con el agua, y por la mañana vendré a darte algo de comer. ¿Estás de acuerdo, amor de mi vida?

—Herbert... ¿qué me has hecho, por qué... me has traído aquí...?

—Ah, ya lo irás viendo. De momento todo el mundo cree que estás muerta, pero no es así. ¿Verdad que tú no te sientes muerta? Entonces, estás viva. ¿Te he dicho que ha venido tu sobrina Flemina de Estados Unidos? Sí, creo recordar que ya te lo he dicho. Y te diré otra cosa más: seguramente, tu sobrina vendrá a parar aquí contigo, donde tendré ocasión de tirármela.

Me gustaría traer también al tal Stanford, pero a ese lo haría pedazos; quizá en algún momento, si insiste en acosarme, pueda engañarlo. Sí, a él también me gustaría traerlo aquí. Este es el mejor sitio que conozco. Hace mucho tiempo que lo estoy preparando, secretamente. Nunca nadie te encontrará aquí... ¡Ya procuraré que tengas pronto compañía! Bueno, relativamente pronto, porque quiero gozar de ti los dos solos... utilizando las enseñanzas de la academia de sadismo.

Se echó a reír al ver cómo se abrían de nuevo los ojos de Delia.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No sabías qué hace tiempo acudo a clases a una discretísima escuela de sadismo llamada Sadox? Si, mujer, lo que pasa es que no te lo iba a decir a ti. No te iba a decir que estaba aprendiendo torturas para cuando te trajera aquí, cosa que hace años que estoy planeando... Tantos años que no iba a

permitir que te murieras y escaparas de mí. Así que... los demás pueden creer que estás muerta, pero tú estás aquí, conmigo... hasta que la muerte nos separe... ¡y ahora sí que es cierto!

Se echó a reír de nuevo.

Luego quedó pensativo, reflexivo. ¿De qué estaba hablando...? Ah, sí, de la escuela de sadismo.

—Sí, la escuela Sadox. Se aprenden cosas divertidas allá. Ahora hace días que no voy, pero pronto reanudaré mis actividades normales, volveré a asistir a las clases. Primero tengo que instalarme en el apartamento de Mayfair, claro. Tal vez tu sobrina acceda a visitarme con cierta frecuencia, tal vez sea una putita que acceda a todo cuando le diga qué he cobrado un millón de libras por tu muerte. ¡Las mujeres hacéis cualquier cosa por dinero! ¿Y no te parece que esto tiene gracia? ¡Me pagan un millón de libras por tu muerte y resulta que tú estás aquí, vivita y coleando..., aunque coleando poco, pobrecilla mía! Mañana te traeré algo de comer, antes de volver a Londres. Beber no se puede descuidar demasiado, pero hambre ya te aseguro que vas a pasar, porque el hambre se soporta mucho tiempo... ¡Te aseguro que te voy a dejar en los puros huesos! Tan gordita que has sido siempre... Yo creo que precisamente no eras muy activa sexualmente precisamente porque estabas demasiado gordita... A lo mejor ahora cambias. Quizá te guste mucho hacerlo cuando estés en los huesos. ¡Las mujeres sois tan raras, cariño! ¡Pero calla...! ¿Quizá te gustaría que lo hiciéramos ahora?

Delia respingó.

—No —jadeó—. No, no, Herbert, no...

—¿Lo ves? —se molestó él—. ¡Todavía te sobran carnes! ¡Ya verás cómo serás una caliente cuando estés en los huesos!

—¿Por qué me haces esto...? Yo..., yo no entiendo nada...

—¿No entiendes nada? Bueno, ¿acaso crees que no sé lo que les escribías a tu hermana y a tu sobrina? ¿Crees que no sé, incluso, lo que les decías en la última carta? ¡Ah querías marcharte, escapar de mí...! Y entonces fue cuando me dije que ya había esperado demasiado para traerte aquí y gozar de tus sufrimientos y del millón de libras que con previsión contraté por tu vida. ¡Dieciséis años esperando...! ¿No te parece que he tenido más que suficiente paciencia, incluso una increíble paciencia? Pero es que gozaba de

tal modo solo pensando en lo que finalmente haría contigo que lo iba retrasando, retrasando, retrasando... Casi siempre la realidad es decepcionante, así que yo iba esperando, esperando; esperando..., gozando con el pensamiento. Pensaba: ahora le voy a arrancar un ojo con mis dedos. ¡Y el pensamiento me producía un goce inenarrable! ¡Lo que se puede gozar con el pensamiento! Pero bueno, ahora toca convertirlo todo en realidad, y con mis conocimientos adquiridos en Sadox lo conseguiré. Dejaremos a un lado los goces del pensamiento y nos dedicaremos a los goces reales, físicos. Por cierto, ¿cómo quedamos la última vez...? Creo que te estaba hablando del ombligo.

—No... no, nunca... nunca me has hablado del ombligo...

—¿No? Bueno, sería en mis pensamientos, entonces. Pero ahora estamos en la realidad, ¿verdad? Es que te odio tanto que a veces confundo mis pensamientos de placer con mis acciones de placer. Creo que ahora corresponde acciones de placer. Por ejemplo: ¿sabes qué voy a hacer con tu ombligo?

Delia se echó a llorar.

¡Qué bien lloraba, qué gozo producía ver aquel rostro demacrado y aterrado mojado por las lágrimas! ¡Qué patetismo más delicioso había en la figura antaño rechonchita de Delia! Porque la verdad era que en pocas días había perdido peso. Parecía como si se hubiese desinflado. Como un globo. Esto tenía gracia: como un globo. ¡Ji, ji, como un globo!

—¡Ji, ji, como un globo! —rio Herbert Rutledge.

Ella arreció en su llanto. Realmente su aspecto habría conmovido a cualquiera..., menos a su marido, esto era evidente. Cubierta de costras de suciedad, maloliente, lívida, aterrada, seguía llorando mientras él sacaba de un bolsillo interior de la chaqueta un destornillador, que le mostró.

Delia miró la herramienta sin comprender, turbia la mirada por las lágrimas.

—¿Tú sabes aquel chiste de uno que se mira el ombligo y no sabe qué demonios es eso? Entonces, llama por teléfono a un amigo, y le pregunta si sabe qué es eso que tenemos en el vientre. Son las tres de la madrugada, y el amigo, cabreado, le dice que aquello es un tornillo, y cuelga el teléfono. ¡Atiza, un tornillo!, se sorprende el otro ante la revelación: Entonces, se levanta de la cama, va en busca

de un destornillador, y comienza a darle vueltas al ombligo, y venga vueltas, y vueltas... ¡Y de pronto, al pobre idiota se le desprende el ombligo por delante y el culo le cae al suelo! Oye, esto es formidable, ¿no tiene gracia? Bueno, vamos a probar si eso es cierto:

—¿Qué..., qué...?

—Ponte en pie.

—¡No puedo! ¿Y qué..., qué estás...? ¡Oh, Dios mío!

—Ponte en pie te digo... ¡Que te pongas en pie!

La agarró por un brazo y tiró de él brutalmente, poniéndola en pie. Las piernas no sostenían a Delia, pero él la sostuvo en pie, metió la punta del destornillador en el ombligo de la desdichada, y comenzó a girarlo.

Por un instante, Delia no reaccionó. Es decir, su reacción fue de ahogo, estuvo a punto de ahogarse con su propia escasa saliva, con su miedo, con su grito, con su atroz dolor que le penetraba hasta lo más hondo de las entrañas por la zona del ombligo.

—¡Es mentira! —rio Herbert—. ¡No te cae el culo al suelo, es mentira! ¡Mentira cochina! ¿Ves como no puede uno fiarse de nadie?

El tremolante grito súbito de Delia pareció como un estampido de un millón de toneladas de cristal reventando...

* * *

Desde dentro del coche vieron encenderse la luz en una de las ventanas del piso superior de la casa de campo de Earls Coine. Eran poco más de las doce de la noche, hacía apenas cinco minutos que habían llegado, y todavía estaban conferenciando sobre qué podían hacer. En opinión de Raymond, nada. En opinión de Flemina, siempre se podía hacer algo, como por ejemplo, ver si había otro coche en el lugar, además del de su tío. O quizá si podían acceder a este oler por si se percibía perfume de mujer...

Y fue entonces cuando se encendió la luz, cuando se iluminó aquel rectángulo amarillento en la noche.

—¡Mire! —exclamó Flemina.

—Ya veo —gruñó él—. Y si grita tanto la van a oír.

—Luego admite la posibilidad de que él esté con una mujer.

—Desde luego que admito esa posibilidad: Pero... ¿qué vamos a conseguir con que sea cierto y con saberlo? Ahora su tío es viudo, y puede hacer lo que le dé la gana en ese sentido.

—Tal vez sea su amante, y ella le haya impulsado a matar a tía Delia para poder estar juntos más tiempo.

—Escuche, si me va a salir con tonterías de esas me vuelvo a Londres. ¡Maldita sea mi estampa!

—Ssst. ¡A ver qué hace!

Sentado al volante de su coche escondido entre los pinos, Raymond dirigió una hosca mirada de reojo a la muchacha. En realidad, su malhumor era debido a que Flemina olía muy bien, y percibía el calor de su cuerpo, cuyas formas se distinguían a la perfección en la penumbra del coche. Era una nueva, densa y cálida sensación la que estaba experimentando Raymond Stanford, como si la carne de Flemina fuese fragante, caliente, sedosa, palpitante y ansiosa. Sencillamente: se estaba volviendo loco de deseo.

La luz en la ventana se apagó, y Flemina emitió un sonido entrecortado en el que vibró toda su profunda decepción. En seguida, miró a Raymond.

—¿Por qué habrá encendido la luz? —murmuró.

—Buena pregunta.

—Quiero decir que por qué la habrá encendido y vuelto a apagar a los pocos segundos.

—Pregunta todavía más interesante. Oiga, ¿está bromeando?

—Usted puede ser un buen investigador, señor Stanford, pero no tiene imaginación. Veamos... Un hombre está acostado, y de pronto enciende la luz y la apaga a los pocos segundos. ¿Por qué lo hace?

—Tal vez haya querido ver la hora que es.

—Apostaría cualquier cosa a que sobre la mesita de noche tiene un reloj con esfera luminosa, así que no necesita la luz para ver la hora. Eso aparte, son poco más de las doce. ¿Qué podría esperar a esta hora, por qué habría de mirar la hora que es?

—Si una persona está dormida y despierta de pronto no puede saber si son las doce de la noche o las siete de la mañana, señorita Hart. Así que, simplemente, su tío se ha despertado, ha mirado la hora que es, y ciertamente ha comprendido que no era hora de levantarse..., a menos que sea un fantasma, en cuyo caso, sí, es la hora apropiada.

—Ahora es usted quien está de broma —refunfuñó Flemina—. No creo que mi tío tenga nada que ver con fantasmas.

Raymond frunció el ceño, estuvo unos segundos mirando el perfil tentador de la muchacha, y luego miró hacia la casa, concretamente hacia la ventana que poco antes se había iluminado unos segundos. Realmente, ella tenía razón: ¿para qué había encendido la luz solo unos segundos Herbert Rutledge? ¿O no había sido él?

¿Estaba durmiendo de nuevo Rutledge? ¿Qué estaba haciendo en aquel momento?

* * *

Ah, qué deliciosamente lo había pasado, ¡qué deliciosamente!

Esa era la palabra: deliciosamente.

Deliciosamente maravillosamente... No, no, qué mal encajaba. Deliciosamente espantoso. No, porque se parecía a maravillosamente espantoso. Deliciosamente..., deliciosamente..., deliciosamente... ¡Deliciosamente estimulante!

Exacto, perfecto, magnífico: deliciosamente estimulante, eso había sido.

¡Cómo había gritado Delia mientras él utilizaba el destornillador en su ombligo! Pero no se le había caído el tornillo ni el culo, ¡qué gracioso era esto! Ella había gritado tanto que, de pronto, había quedado muda. Fue como si se le hubieran roto las cuerdas vocales. Había quedado muda, lívida, con los ojos abiertos, desmesuradamente abiertos y petrificados. Todo, sonido había muerto en ella..., mientras él veía la sangre deslizándose por el destornillador hasta su mano.

Sangre roja y caliente. Era curioso que en una persona en el estado de Delia la sangre todavía estuviera caliente. Pero claro, por mal que estuviese todavía estaba viva, así que la sangre tenía que estar caliente.

Le había producido una sensación vivificante, energética, sentir la sangre caliente de ella calentando su mano; había llegado por el destornillador, se había adherido a sus dedos, a la palma de la mano, había seguido hasta la muñeca, y luego había goteado al suelo, chop, chop, chop, chop... La había sentido plenamente.

Pero Delia se había desmayado. Siempre lo mismo, ella siempre fastidiando sus diversiones. Había sido siempre una mujer frustrante. Él había esperado que fuese una esposa perfecta y maravillosa, pero no había sido así; había sido una mujer corriente, incluso más egoísta que la mayoría.

Y frígida.

¡Maldita sea, frígida! ¿Para qué demonios quiere un hombre una mujer frígida? Porque si se trata de hacer la comidita y planchar la ropita, eso ya lo hacen las máquinas y los supermercados. Fría, frígida, egoísta y frustrante, terriblemente frustrante... ¡en tantas cosas! De modo que un día se dijo; no sirves para nada, así que vamos a buscar el modo de que sirvas para algo...

Insensiblemente, Herbert Rutledge se quedó dormido, recordando con agrado enorme aquella sensación que había tenido de la sangre de su esposa deslizándose por su mano.

Se durmió profunda, insensible, tranquilamente.

Capítulo VIII

DESPERTÓ debido al destello de sol en el rostro. Inmediatamente, amortiguado, oyó el canto de un pájaro, mientras parpadeaba de modo que parecía que ante sus ojos un hermoso bosque se iluminaba una y otra vez con destellos dorados.

En menos de un segundo captó la situación, lo recordó todo, y se irguió vivamente en el asiento, mirando hacia el contiguo. A su izquierda, Flemina Hart dormía acurrucada, de costado en el asiento, con los hombros encogidos y las manos, juntas como en oración, colocadas entre los muslos, apretando contra estos la ropa de tal modo que se marcaban perfectamente sus espléndidas formas.

Cantaba un pájaro, sí.

Raymond miró por entre los pinos hacia la casa de Herbert Rutledge, que recibía el sol en el otro lado. Era una hermosa casa, sin lugar a dudas. En el lado frente al cual se hallaba él había una buena cantidad de hiedra escalando la pared. Alrededor todo era bosque, excepto el camino que enlazaba con la cercana carretera.

El pájaro seguía cantando, o quizá era otro, quizá eran varios. El investigador de la New Life Insurance pensó que era un sitio agradable para vivir, así que, acto seguido, se preguntó por qué Delia Rutledge no había gustado del lugar.

Volvió a mirar a Flemina. Tal vez sería conveniente sacar del maletero la vieja manta de viaje y taparla un poco. Aunque ya, a aquellas alturas, lo que habría que hacer era despertar a la muchacha. Se quedó mirándola tan fijamente como si no hubiese nada más en el mundo para mirar y él se hubiera convertido en una estatua. Era tan vital y hermosa que no pudo evitar imaginarse con ella en la cama, haciendo el amor. Habría dado cualquier cosa por encontrarse en la cama con Flemina Hart en aquellos momentos. Una cama amplia, confortable, caliente, y la muchacha desnuda entre sus brazos, impregnándolo de aquel aroma de carne joven y

ansiosa...

La súbita erección fastidió no poco a Raymond, que soltó un refunfuño.

Flemina Hart parpadeó, terminó por dejar los ojos abiertos, y los posó en el hosco rostro de Raymond Stanford. Sus gorditos labios hermosos se movieron en un saludo y quedaron fijos en una sonrisa.

—Hola, señor Stanford.

—Si llega a tardar en despertar tan solo cinco segundos más...

—¿Qué?

—Creo que habría hecho alguna barbaridad.

—¿Por ejemplo?

—Una barbaridad, ya le digo.

—No parece usted un bárbaro..., pero nunca se sabe, claro. Bueno, dígame qué habría hecho, ¡no voy a pasarme el resto de la vida haciéndome esa pregunta!

—Pues me parece que sí. ¡No haber despertado!

—Bueno, hágase cuenta de que sigo dormida —susurró ella, cerrando los ojos.

—Me pregunto si usted también se hará esa cuenta.

—Oh, sí.

—Recuerde que está dormida, y que no puede enterarse de nada.

—Sí, sí.

—Muy bien.

Raymond se inclinó sobre Flemina, y la besó lenta y golosamente en los labios. Ella no reaccionó en modo alguno. Raymond pensó que era como estar comiéndose una jugosa fresa. Los besó un poco más fuertemente, y acto seguido los mordisqueó. Eran deliciosos. Sentía en el rostro la simulada respiración lenta y regular de un durmiente. Flemina estaba cumpliendo su palabra: puesto que estaba dormida, no protestaba, no hacía nada, no reaccionaba en modo alguno, Raymond deslizó lentamente la mano hacia la garganta de ella, que notó fresca y suave, y la deslizó hasta que la posó sobre un seno, que apretó levemente, mientras seguía besando y mordiendo la fresa.

Nada.

Flemina Hart no reaccionaba.

¿Qué se había creído?

Raymond bajó más la mano, apretó un instante uno de los

femeninos muslos repletos y macizos, y luego la deslizó bajo el jersey, tocando ahora directamente la carne. Llegó al sujetador, lo alzó hábilmente, y con una mano se apoderó de un pecho grande, sólido, turgente, firmísimo, que le produjo un estremecimiento de placer, de intenso agrado...

La mano de ella pasó también bajo el jersey, y agarró la muñeca de él, mientras, todavía cerrados los ojos, apartaba su boca en la de Raymond y susurraba:

—¿No te estás pasando?

—Creía que estabas dormida.

—¿Y esto es lo que harías con una chica dormida?

—Lo estoy haciendo, ¿no?

—Pues eres un sinvergüenza.

—Sí. Tienes los pechos fríos.

—Toda yo estoy fría —ella se irguió retirando con su mano la de él de debajo del jersey—. ¡No comprendo cómo he podido quedarme dormida!

—No seas absurda —murmuró él, mirándola ávidamente—: precisamente lo normal es que te quedaras dormida.

—¿Y tú también?

—Todavía había calor de la calefacción, así que también me entró sueño. Los dos somos normales, evidentemente.

Flemina cruzó los brazos ante el pecho, frotándose cada hombro con la mano opuesta.

—¡Brrrr, qué frío! ¿Oyes los pájaros?

—No son ni las siete de la mañana. ¿Escucharías una sugerencia?

—Escucharla, sí —sonrió Flemina.

—Vamos a buscar algún sitio donde podamos desayunar como corresponde a dos intrépidos investigadores que están medio muertos de frío.

Ella estuvo mirándolo unos segundos. Luego, miró detenidamente hacia la casa de su tío. Se veía hermosa, como aureolada de sol.

—No entiendo por qué tía Delia no quería venir aquí —susurró.

—Tal vez se aburría. Escucha, de noche estuvimos bien, pero ahora, a plena luz del día, si tu tío se despierta verá el coche, aunque estamos entre estos, pinos.

—Y si lo ponemos en marcha oírás el motor. En ambos casos, y salvo que nos identifique a nosotros, podrá pensar que en el coche hay una pareja que ha pasado aquí la noche, eso es todo.

—¿Qué te propones exactamente?

—Quiero entrar en la casa, y esperaré el tiempo que sea necesario para conseguirlo. Tarde o temprano, tío Herbert regresará a Londres.

* * *

—Esta misma mañana regreso a Londres —le dijo a su mujer—. Como ves, mi visita ha sido breve esta vez, pero es que no quiero desatender mis cosas en la ciudad. Está lo del apartamento de Mayfair, y sobre todo lo de tu sobrina, que tengo que ir... trabajándola. Le diré que me ayude a decorarlo, le deslizaré la información de que tengo un millón de libras, y ya verás como ella misma me arrastrará a la cama... Te he traído algo para comer.

Sentada en el suelo, todavía parpadeando debido al resplandor reciente de la bombilla solitaria, Delia le contemplaba en silencioso estado de terror. A su olfato, en efecto, llegaba el olor a comida y a café, pero no quería reaccionar. Había en su cuerpo exigencias terribles, pero ella no quería demostrarlas, porque temía, sabía, que él se reiría, o cometería alguna gran crueldad. Por eso, simplemente, lo miraba, con sus ojos abiertos por el miedo, el dolor y los recuerdos. Desde su ombligo, lentas palpitaciones calientes de dolor irradiaban hacia todo el cuerpo.

Él sonrió.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes apetito?

Ella tragó saliva, y su mirada efectuó un veloz viaje hacia la bandeja que él había dejado sobre la silla. Él rio amablemente:

—¡Vamos, vamos, querida, no tienes porqué andarte con comedias conmigo! ¡Sé que estás muerta de hambre, y te he traído algo de comida! No mucha, solo lo justo para que sigas viviendo, pero... es comida, ¿no? Bueno, si no la quieres me la llevaré...

—Sí —jadeó ella con tono ronco, y como roto—, sí la quiero, sí...

—Muy bien, amor mío, pues ahí la tienes. Mira, todo lo que hay en la bandeja será para ti si... —entornó los ojos y sonrió, sin

terminar.

—Oh, Dios mío —gimió ella.

¡Lo sabía, lo sabía! ¡Sabía que él había tramado alguna crueldad, como lo del destornillador, o quizá peor! Sí, debía ser peor. Tenía la espantosa certidumbre de que cada vez él la iría haciendo objeto de mayores crueldades. La sometería a una escala de dolor y terror ascendente, hasta que ella no pudiera resistir más y muriese por fallo cardíaco. Aunque no... ¡Claro que él no se resignaría a eso! La conservaría con vida todo el tiempo posible, la haría pedazos, la...

—Todo lo que hay en la bandeja será para ti si accedes a hacer el amor conmigo ahora.

Delia le contempló incrédulamente. Incluso ella misma sentía repugnancia por su olor y aspecto, y ciertamente no se hallaba en el momento óptimo de su vida para sostener una relación sexual. Por un momento pensó que quizá esto significaba que él todavía la amaba, de algún modo... Pero no. No, no, no, claro que no. Desechó la idea. Entonces, ¿qué pretendía él, qué estaba tramando?

—No parece que te entusiasme la idea —dijo él.

—Es que —ella tuvo que aclararse la voz— es que no..., no estoy muy bien, pero si tú quieres...

—Sí que quiero —sonrió él de un modo que la empapó en terror—. Y te agradezco que accedas, cariño: será mejor así. Te ayudaré a colocarte en la cama.

La alzó y la colocó en el catre. Sí, desde luego que era mejor así, pensó Delia. A fin de cuentas, él podía hacer con ella lo que quisiera, de modo que si para suavizar la situación todo lo que tenía que hacer ella era darle la razón y mostrarse sumisa, estaba dispuesta a hacerlo.

Hubo un instante de rebeldía en su cuerpo y en su mente cuando se dio cuenta de cómo la estaba colocando él, de espaldas a ella y en posición de rezo árabe. No tuvo tiempo de pensar más, pues él la agredió. Sí, fue una agresión. Sexual, pero agresión. Brutalmente, la penetró, y ella sintió la vejación y el dolor. A cada instante le dolía más la broma del destornillador, y además, ahora se sentía humillada y maltratada por su propio marido, que mascullaba y jadeaba tras ella.

Perdió la noción del tiempo, de la situación, o quizá fue que, simplemente, perdió el conocimiento no supo cuánto tiempo. Oyó la

voz de él como lejana, como de muy, muy, muy lejos:

—Ha estado perfecto... ¿Te ha gustado a ti?

Era como una pesadilla inadmisibile. Por el amor de Dios, ¿cómo había de gustarle a ella nada en aquella situación? Pero todavía consiguió reaccionar y se oyó a sí misma profiriendo un quebradizo sí.

Tras ella, él lanzó un rugido de rabia, y exclamó:

—¡Estás mintiendo, perra! ¡Nunca quisiste complacerme de este modo, nunca quisiste complacerme haciéndolo así, y ahora dices que sí te ha gustado! ¡Está bien, ya sabía que me mentirías, y he venido preparado para castigarte! ¡TOMA!

Vagamente, dolorosamente, Delia tuvo una nueva sensación de algo que penetraba en ella.

Y enseguida, la descarga eléctrica la hizo saltar en el catre de un modo atroz. Una descarga eléctrica que la inundó, pareció explotar dentro de ella, y la hizo saltar y estallar como una muñeca, con la sensación de que todas sus carnes se desgarraban, sus ojos saltaban de las órbitas, su cerebro se partía en mil pedazos y su sexo reventaba bestialmente.

* * *

—¡Ahí sale! —exclamó Flemina.

Por supuesto, Raymond también estaba viendo a Herbert Rutledge, que acababa de salir de la casa y miraba hacia donde ellos habían dejado el coche. Estuvo unos segundos mirando, y luego, muy despacio, se fue acercando, mientras ellos, ahora escondidos entre los pinos, le observaban.

Le vieron llegar junto al vehículo, mirar en su interior, y hasta probar de abrir la portezuela del conductor y luego las tres. Rutledge miró también con detenimiento la matrícula del coche, volvió a mirar el interior, y luego, muy despacio, se puso a mirar alrededor.

—Nos está buscando —susurró Flemina.

—Ssst.

—Pero no podrá vernos —rio ella quedamente—. ¡Y no puede saber quiénes somos!

—¿Te quieres callar de una vez? —masculló Raymond.

Por supuesto que Herbert Rutledge no podía verlos a ellos, pues se habían escondido bien; ni podía oírlos, pues estaban a suficiente distancia. Pero habían cometido un error que iba a crearles un considerable problema: si él decidía esperar allí, o volver a la casa pero seguir vigilando el coche, o incluso decidía pinchar un par de ruedas, las cosas se les iban a complicar...

Pero, finalmente, todo lo que hizo Herbert Rutledge fue regresar hacia la casa, en la cual entró.

Reapareció casi una hora más tarde, alzó la puerta del amplio garaje, se metió dentro del coche, con el cual salió con marcha atrás, maniobró, y se alejó. Todavía escondidos entre los pinos, Flemina y Raymond cambiaron una mirada. Rutledge había cerrado la puerta de la casa, la del garaje, las persianas estaban echadas, todas las ventanas cerradas..., pero podía tratarse de una treta; podría estar simulando que se iba y volver inesperadamente, para sorprender a los propietarios del coche.

Una hora más tarde, ya cerca de las once, todavía no había vuelto.

—Se ha ido —aseguró Flemina—. Ha vuelto a Londres, eso es todo.

—Tal vez —asintió Raymond—. Pero debemos tener cuidado: es muy posible que haya avisado a la policía de que ha visto un coche sospechoso cerca de su casa, y ellos aparezcan por aquí. Y luego, otra cosa: si te llama a tu hotel, y le dicen que nos has pasado la noche allí, que no estás, es posible que saque conclusiones.

Flemina miró hacia la casa, frunció el ceño, y dijo:

—Yo quiero entrar ahí.

—¿Tienes llave?

—¡Claro que no! Pero tú te las arreglarás para que podamos entrar.

—Me vas a meter en un lío.

—¿Acaso no harías cualquier cosa por mí? —sonrió ella.

—Cualquier cosa, no, puedes estar segura —gruñó él—. Mira, Flemina eso de entrar en las casas ajenas está muy bien en las películas, pero en la vida real ni es tan fácil ni te libras como si nada de las consecuencias.

—¿Quién lo, va a saber? ¡Ahí dentro no hay nadie, y todavía menos gente por aquí fuera! ¡Vamos a entrar!

Raymond Stanford comenzó a refunfunar una vez más. Pero tres minutos más tarde había roto con una piedra el cristal de una ventana de la parte de atrás de la casa, y encontraba el cierre de esta, que retiró. Alzó la ventana, y se volvió a mirar a Flemina, que miraba con aire de conspiración alrededor.

—Dentro de unos segundos —advirtió Raymond— seremos acreedores a una buena temporada en la cárcel. Y ya veremos cómo reacciona tu tío cuando se dé cuenta de que le han roto un cristal. Comprenderá que alguien ha entrado en la cosa.

—Pero creerá que han sido unos ladrones vulgares. ¡Ayúdame a entrar!

—Encima, complicidad hasta en eso...

Raymond alzó en brazos a Flemina, la hizo pasar por el hueco de la ventana, y solo cuando hubo entrado tras ella y estaba bajando la ventana con un cristal roto cayó en la cuenta. La miró furiosamente y exclamó:

—¡No necesitabas mi ayuda para nada, eres una atleta!

—Sí —sonrió ella—, pero así he halagado tu masculinidad... ¿Y si hubiera alguien en la casa? Una mujer... ¿Qué te parece?

—No puede haber nadie, a juzgar por cómo él lo ha cerrado todo. Ni siquiera debe haber luz, pues la habrá cortado...

Llegó junto al interruptor de aquella habitación, lo accionó, y la luz se encendió.

—No aciertas ni una —rio Flemina.

Raymond la miró, y no dijo nada. Tal vez Rutledge pensaba volver pronto a la casa, quizá había ido a Londres solo por unas horas, a hacer algunos pequeños recados. Porque si no lo normal habría sido que cortara la luz, a fin de evitar posibles accidentes...

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella, muy interesada.

Raymond se dio cuenta de que había quedado abstraído. Moviò la cabeza.

—Vamos a echar un vistazo a la casa, ya que hemos entrado. ¡Pero será mejor que no toquemos nada!

—¡Qué ocurrencias! ¡Claro que tocaremos algo! Te aseguro que si encuentro algo de comer no voy a privarme de ello.

Tal vez ella comiera, tal vez no, pensaba Herbert Rutledge, a medio camino de Londres. Pero en cualquier caso, lo seguro era que se vería en el espejo tal como él la había dejado. ¡Oh, sí, seguro que se vería en el espejo, y entonces...!

¿Qué pensaría entonces?

A ver, a ver... ¿qué pensaría entonces, qué sensaciones podía experimentar una persona que tras haber recibido una descarga eléctrica por medio de la porra a pilas despierta en aquellas condiciones?

A ver, a ver...

* * *

Despertó lentamente, y también lentamente se fue dando cuenta del dolor que sentía, y que desde allí todavía palpitaba furiosamente hacia todos los rincones del cuerpo.

Recordó lo sucedido y se estremeció con violencia.

O tal vez no había sucedido, tal vez lo había soñado en sus delirios de miedo.

Pero no. El dolor era real, lo sentía extendiéndose desde su centro, y le parecía experimentar todavía la cruel sacudida de los calambres. ¿Cómo podía él haberle provocado aquel dolor? No podía ni imaginarlo. Es decir, sí podía imaginarlo: sin duda le había introducido unos hilos eléctricos, o algo parecido. ¿No era espantoso lo que él estaba haciéndole, no era absolutamente espantoso, criminal y abominable?

Entre brumas de dolor y aturdimiento, percibió el aroma del café, y olor de comida. Se dio cuenta de que estaba tendida de costado en la cama y maniobró para mirar hacia la silla, donde recordó que él había dejado la bandeja con la comida. Sí, la bandeja estaba allí, con la comida. Es decir, que podría comer. No importaba que estuviese atada de pies y manos. Se iba a dejar caer al suelo, se arrastraría hasta la silla, se colocaría delante de rodillas y comería aunque fuese como un animal, no le importaba.

No, no le importaba en absoluto.

De modo que se tiró del catre al suelo, y reptó como pudo hasta colocarse ante la silla. No le costó demasiado colocarse de rodillas. ¡Dios, qué dolores tan terribles sentía en todo el cuerpo! Pero el

hambre era tanta que se sobreponía a todo.

En el momento en que bajaba la cabeza hacia la bandeja, vio aquello en el espejo...

* * *

Se echó a reír imaginándose esta escena.

Conducía hacia Londres y se cruzaba, lógicamente, con muchos conductores que venían de allá, y que podían verlo solo en el coche y riéndose. Posiblemente le tomarían por loco. Aunque quizá pensarán que estaba oyendo algún programa cómico por la radio del coche.

¡Oh, al demonio! ¿Qué le importaban a él los demás conductores? ¡Se imaginaba la escena en el momento en que ella veía «aquello» en el espejo!, y esto era... deliciosamente maravilloso. Esto sí quedaba bien: deliciosamente maravilloso.

¡Qué bien lo estaba pasando!

Capítulo IX

—NO comas más —gruñó Raymond—. Demonios, no entiendo cómo puedes comer tanto.

—Tengo hambre —dijo ella—. Es muy simple y muy fácil de entender.

—Tu tío puede volver de un momento a otro, así que termina. Creo que se dará cuenta de que alguien ha estado aquí comiendo, pero intenta dejar las cosas un poco en orden mientras yo echo un vistazo abajo.

—¡Ah, no, hada de eso! ¡Yo voy contigo!

Raymond hizo un gesto de impaciencia. Habían recorrido toda la casa, y su inicial impresión se había confirmado: no era un lugar lujoso, pero sí confortable y agradable... Había tres dormitorios en el piso de arriba, con dos cuartos de baño, y una pequeña habitación que servía de desván y desde la cual, por medio de una sencilla escalerilla, se podía acceder a la trampilla de salida al tejado de la casa. En la planta baja había una hermosa sala-comedor, provista de una magnífica chimenea protegida por una artística pieza de cobre, la cocina, otro cuarto de baño, y un pequeño despacho donde habían visto la colección de mariposas disecadas de Herbert Rutledge, lo que había merecido un comentario por parte de Flemina:

—Es un morbosos asqueroso.

—Yo no lo veo así: hay mucha gente que impulsado por su interés científico...

—¡Interés científico! ¡Es un sádico!

Raymond había optado por no discutir. Como ahora, en que ella decidía bajar con él a la bodega subterránea cuya puerta estaba en un lado de la cocina. Simplemente, Raymond estaba preocupado por el hecho de que Rutledge no hubiera cortado la luz, lo que podía significar que iba a volver de un momento a otro. Tal vez

Flemina no tuviera nada que temer si él la encontraba allá dentro, pero estaba seguro de que Rutledge se las arreglaría para complicarle la vida a él.

—Bueno, ¿vamos o no?

Miró a Flemina, que le miraba con curiosidad. Asintió, señaló la puerta con la barbilla, cruzó el umbral, y accionó el interruptor. La luz se encendió en la bodega, en varios puntos: en el tramo de escalones, al final de estos, y en dos o tres sitios abajo. Flemina le puso una mano en un hombro y bajó semiabrazada a él.

Era una bodega normal y corriente, excepto en un detalle: que resultaba mucho más grande de lo que se podía pensar relacionándola con el tamaño de la casa. Como mínimo, su superficie era doble a la de la casa. Todo estaba en orden, normalmente limpio. Había estanterías con botellas de vino francés, español e, italiano, y algunas de vino alemán. Media docena de botas de roble parecían contener vinos del país. Al fondo, tres gigantescas cubas un tanto polvorientas sugerían otros tiempos, cuando lo de cosechar el vino se tomaba en serio por parte de los ocupantes de la casa.

—¿Crees que estarán llenas? —preguntó Flemina, señalándolas.

Raymond encogió los hombros. Se acercó a las cubas enormes, y abrió la espita de prueba de una de ellas. No salió nada. Golpeó la gruesa y sólida madera, pero recibió el eco de algo denso y como paralizado por el tiempo.

—Lo mejor será que nos marchemos de una vez de esta casa —musitó.

—Es todo siniestro.

La miró sorprendido.

—¿Qué es lo siniestro? —inquirió.

—Todo... ¿No lo notas? Es un sitio donde se nota que no se vive. Es un sitio donde no hay vida. Es siniestro.

—¿Te refieres a la bodega?

—Me refiero a todo, a toda la casa. Todo está bien, todo tiene un buen aspecto, pero es siniestra. Es un sitio... extraño, me da la impresión... de una boca húmeda esperando. ¡Y esas mariposas...!

—No seas maniática. Hay mucha gente que colecciona mariposas, y son personas encantadoras.

—Ray: ¿de verdad no lo sientes? ¿No sientes... como si tuvieras

dentro de tu cuerpo una fría sensación que se agitate?

—Según parece eres mucho más perceptiva que yo.

—¿De verdad no percibes NADA?

Raymond Stanford quedó con la mirada vaga, el ceño fruncido. Para él había una cosa insólita en aquella casa: parecía increíble que solo la ocupase una persona y ocasionalmente, apenas por un día o dos de cuando en cuando. Todo estaba como demasiado vigente, como si continuamente hubiera allí más personas..., o como si alguien se hubiera estado esforzando sin parar en conseguir que la casa tuviera buen aspecto y una cierta... expresión de habitabilidad permanente.

Solo que esa expresión de habitabilidad permanente resultaba... macabra.

Sí, macabra.

¿O abominable?

* * *

Contemplaba sin comprender lo que estaba viendo en el espejo, aquel rostro abominable.

¿O no era un espejo?

No recordaba que allí hubiera habido espejo alguno, pero ahora sí debía ser un espejo lo que tenía ante ella, colocado al otro lado de la bandeja con la comida, apoyado en el respaldo de la silla. Podía parecer un simple espejo rectangular, sin marco ni nada. Un trozo de espejo, en el que se estaba reflejando aquel rostro abominable.

Se estremeció al pensar esta palabra, pero es que, realmente, no se le ocurrió otra cosa al ver aquel rostro cuyos ojos estaban quietos, fijos, clavados en los suyos.

Había solo dos alternativas: o era un espejo, y se estaba viendo a sí misma, o ya no estaba sola en aquel lugar, él había traído a alguien más, alguien que ahora la estaba mirando fijamente, fijamente, fijamente... Alguien abominable.

Alguien que no tenía ni cejas ni pestañas, y que tenía la cabeza afeitada y solo con unos pocos cabellos que parecían quemados. Alguien que tenía, como ella, un esparadrapo en la boca, impidiéndole emitir sonidos. Alguien de ojos desorbitados por el

espanto y la repugnancia.

Pero las cosas habían cambiado. Sí, habían cambiado, porque hasta entonces, cuando se hallaba a solas, siempre había permanecido a oscuras, y en cambio ahora había luz. Sí veía al otro ser, al ser abominable, es que había luz. Dios mío, ¡cómo se había aferrado hacía tiempo a la palabra abominable! Se la había inspirado Herbert, desde luego, y él era el ser más abominable del mundo, pero ahora... Ahora, viendo a aquel ser mirándola tal vez tendría que cambiar de opinión.

¡Dios, qué ser tan abominable, qué sucio y horripilante, sin cejas, sin pestañas, sin cabellos, solo unos pocos quemados, como..., como si fuesen de plástico o algo así!

Quiso preguntar quién era el otro ser, pero no podía hablar. De todos modos, ¿por qué engañarse a sí misma? ¿Acaso quería terminar loca? Lo que estaba viendo era un espejo.

Un espejo.

Un simple, vulgar e inconfundible espejo que la estaba reflejando a ella. ¿O quizá no era ella?

Con una última esperanza, Delia movió un párpado, y allá, frente a ella, dentro del pequeño espejo, el ser abominable movió un párpado. Movié el otro, y la imagen la imitó fielmente. Movié la cabeza a derecha e izquierda, y en el espejo el movimiento fue copiado con toda exactitud.

Era ella.

Era ella quien estaba en el espejo.

Era ella el ser abominable.

Y el asco, el desconcierto, y sobre todo el miedo se enroscó en su corazón como una malvada serpiente que comenzara a morderlo. Quiso sollozar y no pudo. Quiso llorar, y tuvo la sensación de que sus ojos explotaban en una catarata de agua, como si hubieran sido gigantescos globos llenos de agua y alguien acabara de pincharlos.

Pero lo más horrible de todo, lo más insoportable, era que ella era aquel ser abominable que sentía la serpiente mordiendo con furiosa gula su corazón y todas sus entrañas...

* * *

Solo de pensarlo ya era divertido. ¡Afeitarse las cejas y cortarse las

pestañas! ¡Qué gran idea! Y no digamos lo de afeitarse la cabeza casi completamente para terminar, quemándole los pocos pelos que le quedaban. Todo esto, mientras ella yacía aturdida por la descarga eléctrica. Es que así era mejor, porque de este modo ella se llevaría la gran sorpresa.

A fin de cuentas, si alguien veía que le estaban afeitando las cejas y cortando las pestañas y quemando la cabellera ya debía esperarse algo desagradable cuando de pronto se viera ante un espejo. En cambio, si uno cree estar normal, y de pronto se ve en un espejo con aquel aspecto... ¡menudo susto tiene que llevarse!

Sí, había sido todo una buena idea. Y la mejor de todas, la del espejo. Era una cuestión psicológica. La verdad era que Delia siempre había sido agraciada. Bueno, no había para morirse de admiración, pero había sido una mujer... apetitosa.

Apetitosa.

Apetitosa, pero falsa, vacía. ¿Por qué había llegado a odiarla tanto? Pues, precisamente por eso: porque había sido vacía. Bajo su aspecto saludable, amable y agradable no había nada. No era una mujer, era un... trasto insensible e inservible. Había tardado años en darse por vencido con ella en ese sentido, lo había intentado todo antes de convencerse de que no lograría nada.

Es decir, que ella, lisa y llanamente le había engañado cuando se casaron, ni era mujer ni era nada, solo un cuerpo insensible, que de cuando en cuando se resignaba a ser tomado. Había sido una estafa brutal. Ella jamás había sentido nada, jamás se había entregado, jamás había sido espontánea ni sincera, todo había sido cálculo en ella. Frígida y egoísta. Lo había engañado y lo había utilizado como si él fuese un ser necio y hasta muerto. ¡Maldita sea, cómo había terminado odiándola, de qué modo tan estremecedor!

¡Y qué paciencia había tenido!

Pero al fin, ella estaba sufriendo, ella lo estaba pagando, ella estaba donde debía estar... ¡y él estaba gozando tanto, que nunca podría olvidarlo por muchos años que le quedasen de vida!

Su paciencia había tenido premio, recompensa total. Lo había disfrutado todo tan plenamente como había esperado cuando comenzó a odiarla y a prepararlo todo.

Y todo estaba funcionando de maravilla.

Solo de pensarlo ya era divertido.

—Tal vez tengas razón —murmuró por fin Raymond—: todo tiene un cierto aire de siniestro. Bueno, no sé si es exactamente siniestro, pero si sé que no resulta agradable.

—¿Qué crees que tío Herbert viene a hacer aquí REALMENTE?

—Bueno, si tenía alguna amiga que...

—No se trata de nada de eso —cortó Flemina, muy segura—. Ray, él viene aquí a hacer algo malvado. Y no es lo de las mariposas. Pero sé que él viene aquí impulsado por algo malvado. Dios mío, estoy notando como..., como algo frío y perverso que se me estuviera... alojando en el estómago...

—Salgamos de aquí de una maldita vez —decidió Raymond.

La tomó de una mano y tiró de ella escaleras arriba.

Dos minutos más tarde, ambos se instalaban en los asientos delanteros del coche, Raymond ante el volante. Puso el motor en marcha, retrocedió, salió al sendero, y se dirigió hacia la carretera. Miró a Flemina.

—¿Te sientes mejor? —murmuró.

—Sí... Sí.

—¿En qué estás pensando ahora?

—Tú dices que él mató a tía Delia. Pero... ¿cómo podía hacerlo, si estaba aquí, y ella estaba en Londres, sola en la casa?

—No se ha podido probar indiscutiblemente que él estuviera aquí, de modo que mi sospecha no carece forzosamente de fundamento. Pudo muy bien estar en Londres, golpear o sujetar a tu tía, tenderla en el suelo, y provocar el incendio, dejándola sin sentido a merced del fuego y del humo. Antes de que cualquiera de estas cosas pudiera perjudicarlo a él o pudiera ser vista desde el exterior causando la consiguiente alarma, él pudo salir de la casa y venir aquí. En un máximo de dos horas se puede hacer el viaje, y él pudo haber hecho sus cálculos al respecto.

—¿En qué sentido? ¿Qué quieres decir?

—Que pudo calcular perfectamente que hasta que todo ocurriese y se le buscase a él, se le localizase y se le viniese a buscar a la casa pasarían sobradamente más de dos horas. Y pasaron casi cinco.

—¿Es decir, que crees que él estuvo en Londres, lo hizo todo, y escapó, regresó aquí?

—Caramba, no juraría eso —rezongó Raymond—, pero... ¡maldita sea mi estampa, él la mató!

—Pero no podremos probarlo de ninguna manera.

—No sé. En cualquier caso no pienso darme por vencido fácilmente. Si tu tío ha hecho o está haciendo algo criminal, tarde o temprano cometerá un error que le costará caro.

—Vamos a dar por sentado que ocurrió como tú dices —murmuró Flemina—. ¡Tiene que haber, entonces, algún medio para saber la verdad!

—El único medio sería que él lo dijera, que lo admitiese —Raymond sonrió hoscamente—, y la verdad, dudo mucho que eso llegue a ocurrir.

—Tal vez yo podría... ir sonsacándolo.

—¿Sí? ¿Cómo? —la miró vivamente. Raymond—. ¿Realmente crees que él se dejará engañar de alguna manera? Mira. Flemina, eres una chica que confundes la realidad con la fantasía. Cuando un sujeto hace una cosa así cierra bien sus compuertas de seguridad. Solo sometiéndolo a tortura conseguirías que él dijera la verdad, y eso no es factible.

—¿Por qué no?

—¡Vamos, vamos...!

—Es que... hay torturas y torturas —sonrió Flemina Hart. Raymond Stanford palideció.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó.

—¿Por qué no?

—¡Porque te puede salir mal!

—¿Y a ti qué te importa, vamos a ver? A fin de cuentas no hace ni cuarenta y ocho horas que nos conocemos, y menos de veinticuatro que nos relacionamos, ¿no es así? De modo que dime qué te importa a ti lo que yo haga o deje de hacer.

—Estás loca... ¡Es muy peligroso hacer una cosa así!

—Sé manejar a los hombres.

—¡No me digas! —se mostró sarcástico Raymond.

—Bueno, tampoco se trata de que me haya acostado con medio mundo —se sofocó Flemina—, pero sé de qué pie cojean. Puedo manejarlos perfectamente. Y la prueba es que te he estado manejando a ti, ¿no?

—¿A mí? ¿En qué me has estado manejando a mí?

—¡Estás deseando acostarte conmigo desde que me conoces!

—Anda esta,... ¿Y qué?

—¡Qué he sabido mantenerte a raya..., incluso permitiéndote algunas cositas que admitirás eran muy excitantes!

—La madre que te parió —jadeó Raymond; sacó el coche de la carretera, puso el freno, y se quedó mirando furiosamente a la muchacha—. ¡Pero qué demonios te has creído, saltimbanqui! Tú me has manejado porque yo me he dejado manejar, porque no iba a violarte dentro del coche, menuda estupidez carente de gracia y placer; de modo que si te hacía gracia y te conformabas con unos besitos y unos toqueteos, pues muy bien, cachorra, aquí se aguanta esto y más. Pero ¿controlarme a mí? ¡Despierta, angelito! Y sobre todo, despierta si crees que puedas jugar con un sujeto capaz de incinerar a su propia esposa. ¡Eso quítatelo de la cabeza!

—¡Eres un bruto y un..., un matón!

—¡Y tú una boba, so mema! Apuéstate un penique y verás cómo te violo aquí mismo a mi antojo y te dejo luego tirada en la carretera como si fueses basura... ¡Apuéstate un penique! Y si eso lo haría yo cabreado por tus bobadas ¡imagínate un tipejo como Herbert Rutledge!

—¿Se puede saber por qué me gritas?

Raymond Stanford se quedó mirando a Flemina Hart con una mala uva impresionante.

Y dijo:

—Porque me he enamorado de ti, y de ninguna manera permitiré que en ningún momento y circunstancia puedas estar a merced de ese hombre. No sé si esto aclara mi actitud.

—Ya lo creo que sí —sonrió la señorita Hart.

* * *

—¿Y esto aclara la mía? —suspiró la señorita Hart.

—Ya lo creo que sí —remedó él—: eres una caliente.

—¡No soy una caliente! ¡Soy NORMAL!

—Caray, normal... ¡Caray! Llegamos aquí a la una y pico del mediodía, nos metimos en la cama, y son casi las diez de la noche y no hemos salido de ella ni para tomar un café. ¡Normal, dice!

—¿No es normal que me guste hacer el amor? Además, no han

sido tantas veces: solo cinco.

—Perdona un momento —alzó Raymond un dedote—: han sido ocho veces.

—No, no... Cinco.

—Perdón, perdón, Yo ni siquiera he llegado a cinco, pero tú te has disparado ocho veces... que yo sepa.

—¡Está bien! ¿Y qué?

—Pues que normal, normal, lo que se llama normal, no me lo parece mucho.

—Bueno, soy una chica americana, normal, sana y atlética.

—Y estás muy buena —sonrió de pronto Raymond—, ¡eso nadie lo niega!

—¡Vaya una cosa tonta, enamorarnos! —se enfurruñó Flemina.

—Mujer, hay cosas peores. De todos modos, voy a proponerte un pacto razonable. Vamos a salir de la cama, cenamos abundantemente, descansamos un poco escuchando algo de música, y volvemos a la cama a dormir por lo menos hasta las cinco de la madrugada.

—¿Quieres decir que hasta las cinco ya no...?

—Eso quiero decir.

—No se puede decir que seas un fenómeno, ¿sabes?

—No, pero duraré mucho tiempo. Una cosa compensa la otra.

Se inclinó a besarla. Flemina se abrazó a su cuello, y se restregó voluptuosamente contra Raymond, ambos desnudos, mientras se besaban en toda profundidad. El teléfono sonó cuando estaban en esto, y Raymond hizo un gesto instintivo para atender la llamada, pero ella le retuvo, sin dejar de besarlo. El teléfono dejó de sonar, pero ellos continuaron besándose. Hasta que Flemina apartó la boca y aspiró ávidamente. Raymond la besó entonces en los senos, de una pujanza y belleza impresionante. Toda Flemina Hart era impresionante, deslumbrante, y trepidante como un volcán.

—Flemina —dijo muy seriamente Raymond, sin dejar de besarla y acariciarla por todas partes—, tomemos una decisión ya: o salgamos de la cama o dispongámonos a morir. Al menos, yo.

—Prefiero que me dures —rio ella.

—¿Hasta cuándo?

—Esa es una buena pregunta. El amor, como viene se va. Lo que no se sabe es cuánto tiempo tarda en irse. Puede ser dentro de un

par de días, una semana, un mes, un año, cien años... ¿Quién sabe?

—Vaya una filosofía —gruñó él.

—¿Qué querías? ¿Qué te dijera que te amaré toda la vida?

—Francamente, me habría gustado.

—¿Y cómo demonios esperas que te diga eso una chica a la que estás matando de hambre de comida y de sexo?

—Caray... ¡Caray!

El teléfono volvió a sonar casi media hora más tarde, cuando ya ambos se habían duchado, y, tras preparar Raymond una cena rápida pero succulenta, se disponían a sentarse, envueltos en dos albornoces de él, a la mesita adornada con velitas encarnadas.

—Deja que conteste yo —dijo Flemina.

—No, mujer, no te molestes...

—No es molestia. Es que si se trata de otra chica quiero que sepa que el asunto terminó, y que ya tienes otra amante.

—Muy bien, hombre —frunció el ceño Raymond—: ahora me espantas a mis amigas, y dentro de unos cuantos días te vuelvas a Estados Unidos y me dejas como un bobo.

—Ya hablaremos de eso —rio Flemina, descolgando el auricular—. ¿Diga?

Silencio.

—¿Diga? —insistió la muchacha.

Raymond la miró, y ella le miró a él.

—¡Diga! —exigió Flemina.

Al otro lado oyó una respiración lenta y fuerte. Luego, colgaron el auricular. Flemina miró el suyo primero irritada y luego indecisa. Miró a Raymond, que le contemplaba atentamente.

—Han colgado —murmuró.

—Bueno, si era una de mis amigas y ha oído una voz de mujer...

—No —rechazó ella—. No era una mujer, sino un hombre. No ha dicho nada, Ray. Le he oído respirar, ha colgado, y eso es todo.

—Olvidalo. Hay mucha gente que prefiere no contestar antes que pedir disculpas por haberse equivocado de número.

—No creo que fuese una equivocación.

—Vamos, no seas fantástica —rio él—. Olvida eso y cenemos. Los dos tenemos hambre de lobo, y... ¡la noche promete ser muy larga! Muy larga.

A las cuatro de la madrugada, con Flemina dormida abrazada a

él y con la inquietante idea de que en esta ocasión el enamoramiento presentaba unas perspectivas demasiado intensas, Raymond Stanford todavía no había conseguido dormirse. Pero no era por aquella sensación de amor tan insólitamente profundo hacia la hermosa muchacha americana, sino por otra sensación mucho menos placentera: la de que algo siniestro comenzaba a cernerse sobre su vida.

Algo abominable.

Algo que le impulsó a abrazar con más fuerza a Flemina, la cual se movió, suspiró, y de pronto, preguntó:

—¿Son ya las cinco?

—Si tú quieres, son las cinco —susurró Raymond.

—Pues quiero —susurró también ella, buscando dulcemente el pleno contacto de sus cuerpos.

Capítulo X

—O sea, que llamó muchas veces —preguntó Flemina, con las varias notas en la mano.

—Durante todo el día —asintió el conserje—. La verdad es que como nosotros tampoco sabíamos nada respecto a su paradero también comenzamos a inquietarnos.

—Pues ya ven que no hay motivo de preocupación —sonrió ella—. Es que me encontré con unos amigos americanos, casualmente, y me invitaron a una fiesta que resultó terrible. No hace mucho he despertado en un sofá. Imagínese que... Oh, bueno, todo eso. ¿Quiere ponerme con el teléfono de mi tío dentro de unos cinco minutos? Hablaré desde mi habitación.

—Por supuesto, señorita Hart.

—Gracias. Hasta luego.

Flemina subió a su habitación, cuyo teléfono sonó en el tiempo convenido. Pero no era la comunicación con su tío Herbert, que había estado llamándola repetidamente el día anterior y finalmente había dejado recado de que lo había hecho. Era el conserje.

—Señorita Hart, nadie contesta al teléfono del señor Rutledge.

—¡Qué raro, después de tanto insistir...! Bueno, quizá lo que tenía que decirme ayer ya no importa. De todos modos, mientras termino de cambiarme de ropa y arreglo unas cosas aquí vaya llamando, si es tan amable, por si lográsemos encontrarle.

—Así lo haré, señorita Hart, descuide.

* * *

—Pero nada —movió la cabeza Flemina—, no hubo manera. Y es extraño, ¿no te parece? Lo normal, después de haber insistido tanto ayer para hablar conmigo, sería que hoy lo hubiera hecho de nuevo

o que hubiera esperado mi llamada en el apartamento de Mayfair, como decía la nota.

—¿Has probado a llamarlo al hotel?

—Desde luego. Me han dicho que salió de allí poco después de las nueve de la mañana.

Raymond consultó su reloj de pulsera.

—Pues son cerca de las once —murmuró—. Es extraño, sí, que no haya insistido en llamarte esta mañana. A menos, claro, que a las nueve tuviera algo importante que hacer, quizá alguna visita, o algo relacionado con su trabajo. Aunque no sé por qué tengo la impresión de que el señor Rutledge no va a trabajar mucho de aquí en adelante.

—Eso quiere decir que tú no trabajarías si tuvieras un millón de libras.

—Toma, claro que no. Ni yo ni nadie en sus cabales. Bien, tenemos dos problemas. Uno, de simple curiosidad, es saber qué quería de ti tu tío ayer para estar llamándote todo el día desde que regresó de Earls Coine. El otro es dónde está hoy, pues a mí, francamente, me gustaría saber dónde está y qué está haciendo.

—Sugiero que vayamos a Mayfair. Quizá esté allí, pero el teléfono se haya estropeado y por eso no contesta.

—¡Qué casualidad!

—Podría ser, ¿no?

—Sí, podría ser.

—Podremos resolver los dos problemas por el simple procedimiento de ir a Mayfair —insistió Flemina, señalando el volante del coche.

Raymond se resignó y asintió. Había pasado a recoger a Flemina al hotel, y desde ese momento habían estado haciendo cábalas sobre los propósitos de Rutledge al haber estado llamando con tanta insistencia a la muchacha durante todo el día.

—Quizá simplemente quería que le ayudases a instalarse en el nuevo apartamento —murmuró Raymond.

—Es más que posible. Ya verás cómo está allí. Es decir, no lo verás, porque tú no subirás.

—Ya Pero si tardas más de cinco minutos en bajar subiré dispuesto a todo.

Raymond. Stanford arrancó. Flemina reía, pero él no había

hablado porque sí; de ninguna manera dejaría a la muchacha en manos de Herbert Rutledge más tiempo del mínimamente imprescindible. Se sentía irritado, porque era la primera vez que le ocurría algo así en su trabajo. Por supuesto que había descubierto no pocos fraudes contra la New Life Insurance, algunos de ellos muy bien preparados y no poco inteligentes.

Pero era la primera vez que sabía que se estaba cometiendo un fraude y no tenía ni idea de cómo empezar a descubrirlo.

Y lo sabía.

LO SABIA.

«Maldito sea —pensó—: ¿dónde demonios está y qué hace en estos momentos ese sujeto abominable?».

* * *

—¿Sabes, querida?, ayer estuve de nuevo en Sadox, reanudando mis clases de sadismo, y me enseñaron algunas cosas que son muy divertidas. Cada día me convengo más de que la imaginación es imprescindible en la vida, para todo. Absolutamente para todo. ¡Parece que tienes apetito!

Se echó a reír gozosamente. Estaba sentado en el borde del catre, contemplando a su desnuda, lívida y ahora fea esposa, a la que había quitado la mordaza y había permitido que, arrodillada ante la silla, devorara la comida del día anterior con una avidez de bestia. Frente a ella seguía el espejo, pero, evidentemente, a Delia ya no le importaba su estado exterior, sino el interior.

¡Y por dentro tenía tantísima hambre!

Un hambre que ahora estaba saciando en parte, mientras su marido la contemplaba asqueado y divertido. El hedor allí dentro era insoportable. Es decir, no debía serlo del todo cuando incluso el visitante lo soportaba. Aunque tal vez (tal vez) este era otro de sus placeres aprendidos: gozar de la pestilencia en que había sumido a otro ser humano.

—¿Y qué me dices de tu nuevo aspecto? —se interesó jocosamente Rutledge—. ¡Podrías salir a la calle así, y quizá pronto te convirtieras en el prototipo de una nueva moda! ¿Te imaginas? Una perra como tú, desnuda por la calle, llena de mierda, sin cabellos ni cejas... Pero te diré una cosa, querida: en mi opinión

todavía estás demasiado guapa.

Al oír esto Delia alzó y volvió vivamente la cabeza, y, al ver la expresión de él, un escalofrío estremeció su cuerpo. Estaba sencillamente repugnante; había rebasado lo patético para alcanzar el grado de repugnante, sin más.

—¿Qué..., qué quieres decir...? —jadeó.

—Delante tienes un espejo —señaló él—: ¿no te parece que estás demasiado guapa?

Delia se miró lentamente al espejo colocado en la silla. ¿Demasiado guapa? Bueno, era un sarcasmo de él desde luego, pero... ¿qué estaba tratando de decir? Dios mío, esto era lo preocupante, lo angustioso: ¿qué estaba tramando ahora Herbert en su podrida mente?

Volvió a mirarlo, siempre despacio.

—No —tragó saliva—. Yo no diría que estoy guapa.

—¿No? Bueno, todo es una cuestión de relatividad. ¿Sabes lo que es la relatividad, querida? No me refiero a esas tonterías de Einstein, que ni él mismo las entendía, sino a la simplificación de la expresión. No sé si me estás comprendiendo.

—Creo..., creo que no... Herbert, tengo sed.

—Tienes sed... ¡Pobrecita mía, tienes sed! ¿Quieres que te traiga agua?

—S... Sí, quiero..., solo quiero agua... Agua.

—Te traeré agua Pero antes permíteme que te hable de la relatividad como yo la entiendo, es decir, en el sentido de que las cosas no son las cosas por sí mismas sino en comparación con otras. Por ejemplo, yo soy alto, pero no lo parecería ni podría ser llamado así junto a un hombre de dos metros de estatura. En cambio, no solo sería alto, sino gigantesco, junto a un pigmeo. ¿Comprendes?

—Sí, sí.

—Magnífico, querida. Entonces, hablemos de ti. Tú dices que no crees estar guapa y, sin embargo, es una ilusión tuya. Ciertamente, quizá no se te podría considerar guapa comparándote contigo misma como eras hace unos días, cuando vivías en tu mundo, no en el mío. Pero, si te comparamos ahora a cómo podrías estar mañana quizá resulte, a fin de cuentas, que ahora eres bellísima. ¿Me comprendes también esto?

Muy despacio, un zarpazo de espanto bestial iba recorriendo la

espalda de Delia, dejando un escalofrío absoluto; era como si las vértebras se le fuesen congelando. Sentía físicamente el contacto como de hielo, sentía la sensación de que algo se paralizaba en su cuerpo.

Y de pronto, comprendió la definitiva verdad.

La horrenda verdad.

La insoportable verdad: él la tendría allí mientras estuviese con vida, y la iría... descuartizando milímetro a milímetro, destrozándola lentamente, sin prisas, empleando en ello incluso años si podía. Él la había convertido en su juguete para las crueldades, y jugaría con ella mientras le quedase un soplo de vida, un mínimo aliento.

—No —comenzó a mover la cabeza como si el cuello fuese un mecanismo pendulante—. No, no, no, no, no...

—¿No comprendes? —se sorprendió Rutledge.

—No me lo hagas, no me lo hagas...

—¿El qué? ¿De qué estás hablando, querida?

—No me hagas nada... ¡No me hagas nada más, te lo suplico! ¡Haré lo que tú quieras siempre, pero no me hagas nada más, déjame salir de aquí!

Herbert Rutledge quedó verdaderamente estupefacto.

—¿Salir de aquí? —exclamó—. ¿Salir de aquí? Por todos los demonios: ¿pretendes burlarte de mí? ¿Estás dando a entender que todavía te consideras capacitada para manejarme cómo has estado haciendo todos estos años... mientras yo esperaba pacientemente mi momento... que ya ha llegado? ¿Salir de aquí? ¿Me estás tomando el pelo?

—No, no... Herbert, no... ¡Te lo juro! Ya... yo-yo-yo solo..., solo quiero... que te sientas... feliz a mi lado...

—Feliz a tu lado —no salía de su pasmo Rutledge—. ¿Ahora me sales con esas, después de haberme arruinado la vida veintitantos años con tus actitudes y tus ideas y tus renuencias?

—Ya... yo no sabía... Mi intención no era...

—¡Tu intención era humillarme y amargarme! —soltó Rutledge furiosamente—. ¡Y lo conseguiste! ¡Durante veinticuatro años lo conseguiste, así que ahora me toca a mí hacer lo mismo contigo durante otros veinticuatro años! ¿Lo has entendido por fin?

Delia rompió a llorar estruendosamente. Había comido, y el

alimento le confería ahora un calor y una momentánea recuperación de energías que solo le sirvieron para llorar con fuerza.

—¡Llora, llora! —rio él—. ¡Cuanto más llores tú más disfrutaré yo, zorra maldita! ¡Llora hasta reventar! Y para que mientras llores tengas algo que pensar te diré por qué te he dado de comer. ¿Quieres saberlo?

—No... ¡NO! —aulló Delia.

—¡Pues lo vas a saber, me vas a escuchar, porque si no lo haces te arrancaré las orejas! ¿Quieres saber por qué te he dado de comer?

—¡No, no quiero saberlo, no quiero! ¡NO!

—Pues te lo voy a decir te he dado de comer para...

Delia comenzó a gritar a pleno pulmón y con sus escasas fuerzas, de modo que sepultó con sus gritos la voz de su marido. Cada vez que ella callaba él intentaba explicarle por qué le había dado de comer, pero cada vez ella conseguía reunir fuerzas para volver a gritar como enloquecida..., hasta que Herbert Rutledge se cansó, saltó hacia ella, agarró un plato de la bandeja, y, utilizándolo como una hacha, le golpeó en la boca.

El grito de Delia se truncó al tiempo que se oía el siniestro crujido de sus dientes y del plato al romperse. Un chorro de sangre brotó de la boca de Delia, y esta cayó de costado tras tropezar con la silla, que estuvo a punto de derribar.

Rutledge saltó sobre ella, acomodándose en su costado sentándose cruelmente a todo peso... Delia gemía semiinconsciente mientras de su boca seguía brotando sangre; comenzó a toser y a escupir trozos de dientes ensangrentados. Sentado sobre su costado, Rutledge comenzó a reír sádicamente, y exigió a voz en cuello:

—¡Mírame! ¡Mírame querida, soy yo, tu marido, el causante de tu actual felicidad! ¡Mírame!

Reía como un loco, en plena euforia, exultante. Lo estaba pasando divinamente.

—¡Te digo que me mires!

Ella no lo miró, ciertamente, sino que comenzó a gritar de nuevo. Pero ya no eran gritos tan fuertes como los de antes, sino extraños trémolos como maullidos de gatitos recién nacidos, impresionantes sonidos de animal herido y temeroso de todo,

incluso de la vida...

—¡Te estoy diciendo que me mires, que me mires, que me mires, que me mires...! —gritó todavía más fuertemente Rutledge.

Y como ella insistiera en no mirarlo, la asió con una mano por la barbilla, y le hizo girar brusca y dolorosamente el cuello, forzándolo de modo que el rostro de Delia quedara orientado hacia él. Entonces, Delia cerró los ojos para no verlo.

Durante unos segundos Herbert Rutledge estuvo contemplando incrédulamente el ensangrentado rostro de su esposa, y sobre todo los cerrados párpados que ocultaban las cajitas del miedo, los ojos. ¡Quería ver los ojos de su mujer, quería ver en ellos el terror más abyecto, el espanto, la ruina moral y física!

Pero ella tenía cerrados los ojos:

Cerradísimos, porque apretaba los párpados con una fuerza terrible, como si fuese el último deseo, de su vida.

No podía creerlo.

No podía admitirlo.

¿Ella se negaba a mirarlo a él? Ah no, de eso nada, porque parte de la diversión consistía en que ella supiera en todo momento que era él quien estaba con ella haciéndole todas aquellas cosas.

—De manera que no quieres mirarme —se echó a reír quedamente de pronto Rutledge—. ¡De manera que no quieres verme! ¡Muy, bien, pues voy a complacerte de un modo definitivo!

Con la mano izquierda tras la nuca de Delia sujetó fuertemente la cabeza de esta, mientras con la mano derecha, utilizando los dedos como si fuesen uñas de felino, comenzó a escarbar en su ojo izquierdo.

Inmediatamente, los ojos de Delia se abrieron de par en par, como accionados por un mecanismo irresistible. Tanto se abrieron qué pareció que fuesen a saltar de las órbitas. Y reflejaron tanto miedo, tal pureza de terror, que Herbert Rutledge se echó a reír jubilosamente mientras, con sus dedos, arrancaba el ojo izquierdo de Delia...

* * *

Es claro que ya no estaba allí el coche que había visto el día anterior metido entre los pinos, lo que significaba que ellos estaban

ahora en Londres, sin duda buscándole.

¡Je, je, que les buscasen! Se proponía jugar con ellos como el gato con el ratón, hasta que se cansase del juego. Y cuando se cansase del juego...

Bueno, ambos se iban a enterar de quién era Herbert Rutledge. ¿Qué se habían creído? Tal vez creían que él era tonto, cuando lo cierto era que él los estaba tratando a ellos como a tontos. El día anterior, nada más regresar a Londres, había llamado a Flemina, y en el hotel le habían dicho que estaba ausente. Se las arregló para saber que la ausencia de la señorita Hart duraba desde el día anterior, de modo que comprendió muy bien..., sobre todo cuando, siguiendo una inspiración estuvo tratando de localizar por teléfono también al señor Raymond Stanford, de la New Life Insurance.

Tampoco hubo manera de localizar al señor Stanford.

¿Casualidad?

Tal vez, pero Herbert Rutledge tenía sus propios sistemas pensatorios. Vamos a ver: ¿acaso no era factible que, vigilándole a él, Stanford hubiese visto, conocido a Flemina? Claro que era factible. ¿Acaso no era admisible que aquel investigador de seguros hubiera efectuado contacto con la muchacha de un modo u otro, tras esforzarse en averiguar quién era? Claro que era admisible. ¿Acaso no estaba él seguro de que Flemina Hart había venido a Londres para saber la verdad de lo sucedido, ya que las cartas que Delia les escribía a ella y a su madre podían hacer sospechar algo... terrible? Claro que estaba seguro.

Entonces... ¿era descabellado suponer que el investigador de la New Life Insurance y la sobrina de Delia se habían confabulado para fastidiarle a él? No era descabellado.

¿Sabía Stanford o Flemina dónde estaba la casa de Earls Coine? Si no lo sabían podían enterarse perfectamente sin ninguna dificultad. ¿Podía ser aquel coche metido entre los pinos el de Raymond Stanford? Podía serlo..., y ahora sabía con toda seguridad que lo era.

¿Cómo lo sabía?

Pues, lo sabía porque había buscado el nombre de Raymond Stanford en el directorio telefónico, había localizado su domicilio, y se había apostado por allí, a la espera de localizar el coche. Estuvo esperando todo el día sin conseguirlo. ¿Significaba eso que se había

equivocado, que aquel coche no era el de Raymond Stanford, o significaba que él permanecía todavía en Earls Coine?

Decidió ir a Sadox y dejar el enigma para más tarde. Y más tarde, al salir de Sadox, reflexionó sobre lo que podía haber, sucedido: ¿y si Stanford había regresado antes de que él se apostara cerca de su apartamento, y el coche estuviera en el garaje, y por eso no pudiera verlo por la zona en la calle? Eso no significaba que Stanford no estuviera en casa... De modo que, ya muy tarde, llamó por teléfono.

Y... ¿qué voz le contestó por el teléfono de Raymond Stanford? ¿Eh? ¿Qué voz? Pues, la voz de Flemina Hart. De donde se desprendía que todas sus conclusiones habían sido correctas. Para asegurarse de esto, por la mañana volvió al lugar. Vio salir a Flemina del edificio donde Stanford tenía su apartamento, y tomar un taxi. Poco después, salía Stanford, entraba en un cercano estacionamiento, y al poco salía con el coche que él había visto entre los pinos frente a su casa de Earls Coine.

Todo junto había formado como una... pella de odio espantoso que le producía la impresión de plomo hirviendo adherido a las paredes de su estómago.

Ahora, mientras contemplaba una vez más el cristal roto y reflexionaba sobre la visita que ellos dos habían efectuado a su casa, en la que incluso habían tenido la desfachatez de comer algo, Herbert Rutledge rumiaba sombríamente sobre lo sucedido: ni más ni menos que el investigador de la New Life Insurance se había llevado a la cama a la espléndida Flemina. Como si tal cosa. Lo que él había estado deseando con una intensidad insoportable por la belleza de la muchacha, lo había conseguido el odiado Stanford como si tal cosa.

Toda la noche juntos. Y habían estado en la casa de Earls Coine.

Y le estaban siguiendo los pasos, le estaban vigilando, le estaban molestando, le estaban incordiando.

—Muy bien —dijo en voz alta—. Os vais a enterar de cómo las gasto, amiguitos. Pero ahora, volvamos con mi querida Delia... Ya me ocuparé de vosotros.

—Tal vez esté de compras —murmuró Flemina.

Raymond movió negativamente la cabeza.

—No lo creo.

—¿Por qué no? Sabemos que ha dejado el hotel definitivamente, así que solo puede estar en el apartamento. Pero en el apartamento hacen falta muchas cosas, incluso personales, pues la mayor parte de cosas personales de tío Herbert se quemaron con la casa. De modo que es perfectamente posible que esté de compras: trajes, sábanas, toallas, jabón, zapatillas, incluso quizá cortinas, ¡qué sé yo, todo!

De nuevo negó Raymond con la cabeza.

—Yo creo que está en Earls Coine —dijo.

—¿Otra vez? ¿Qué puede estar haciendo allí? Si tanto le gustara no tenía necesidad de alquilar un apartamento en Mayfair, le habría bastado irse a vivir al campo, ¿no te parece?

—Le gustan los dos sitios. Por eso se construirá una nueva casa sobre las cenizas de la anterior; por eso mientras tanto quiere tener domicilio en Londres y ha alquilado el apartamento. Le gustan los dos sitios. Pero ahora está en Earls Coine.

—¿Para qué? ¿Qué puede hacer allí? ¡No hay nada en aquella casa!

—Tiene que haber algo.

—¡Mariposas disecadas!

—Me pregunto si también se dedicará a disecar mariposas en este apartamento —movió la barbilla Raymond hacia el edificio de Mayfair—. Ahora podría hacerlo sin molestias.

Flemina se quedó mirándolo sin comprender. Estaban ambos dentro del coche de Raymond, detenido cerca del nuevo apartamento de Rutledge, al cual había subido la muchacha para regresar con la noticia de que su tío no estaba allí. Y ahora, las cábalas y suposiciones la habían llevado a un resultado que no entendía, que la desconcertaba.

—¿Sin molestias? ¿Qué quieres decir?

—Se me ha ocurrido que tu tía debía pensar de tu tío que este era abominable porque pinchaba mariposas para disecarlas.

Flemina quedó boquiabierta. Tardó unos segundos en poder exclamar:

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Imagínate que yo me dedico a pinchar mariposas, y que a ti eso te parece abominable. ¿Crees que nuestras relaciones serían buenas?

—Caramba —sonrió la muchacha—, ¡yo creo que considerando lo bien que nos entendemos...!

—Vamos, Flem, estoy hablando en serio —gruñó Raymond—. Ya sé que lo pasamos divinamente haciendo el amor, y que parecemos sincronizados. De acuerdo y estupendo. Pero ahora imagínate que yo me dedico a eso de las mariposas y que a ti esa actividad o entretenimiento te parece asquerosa, abominable, cruel... ¿Cómo crees que serían nuestras relaciones entonces? ¿Igual que ahora?

—Bueno... No sé.

—Piénsalo: yo te estaría desnudando, te estaría besando en la boca o en los pechos, te estaría acariciando, te abrazaría, te penetraría..., y a ti se te ocurriría en este momento recordarme pinchando mariposas. ¿Qué ocurriría?

—¡Tienes unas cosas...! —protestó Flemina.

—¿Qué ocurriría? Sinceramente, Flem.

—Pues me..., me parece que la cosa no me haría mucha gracia. Creo que te pediría que dejaras de pinchar mariposas, si tanto me molestaba.

—Y supongamos que yo me negara. ¿No se deteriorarían nuestras relaciones?

—Es de suponer que sí. Si tanto me impresionara o molestara eso de las mariposas es de suponer que nos iríamos distanciando. ¡Caramba, no sería muy agradable hacer el amor contigo en esas circunstancias!

—Hasta que llegaría el momento que te negarías a hacerlo. Y por supuesto, no querrías acompañarme al lugar donde tuviera mi colección de mariposas disecadas.

Flemina abrió mucho los ojos.

—¿Crees que esa era la razón por la que tía Delia no quería ir a Earls Coine? —exclamó.

—Sí, eso creo. Y también creo que esa es la razón de que llamara abominable a tu tío por primera vez. Y así fue empezando una situación cuyo deterioro fue alcanzando grados terribles. Lo que empezaría como una simple... repulsión podía terminar incluso

incubando un odio mutuo entre dos personas.

—Si se hubieran estado odiando se habrían divorciado, Ray.

—No siempre las personas hacen las cosas más simples y lógicas. A veces hacen cosas extrañas, y soportan presiones y situaciones increíbles, por diversos motivos: rutina, intereses, abulia, miedo, vergüenza... Puede haber muchas causas por las que dos personas decidan seguir conviviendo de un modo digamos... cortés.

—¡Pero eso es horrible!

—Es horrible y además tengo la certeza de que va acrecentando el odio.

—Es decir, que mi tía y mi tío se odiaban.

—Bueno, todo esto son suposiciones mías, pero no las consideraría demasiado desencaminadas. Tu tía tenía alguna razón para no querer ir a Earls Coine; decía que su marido es abominable; y todo lo que nosotros sabemos que pueda desagradar a algunas personas sobre tu tío es su colección de mariposas, lo que por sí mismo ni es abominable ni merece atención especial. Pero algo hay en Earls Coine que no gustaba a tu tía, y yo... creo que son las mariposas.

—De donde se desprende que las mariposas fueron la causa inicial de que tía Delia considerase abominable a tío Herbert.

—A pequeñas causas grandes efectos.

—De acuerdo. Pero... ¿qué causa había para que, a su vez, tío Herbert considerase abominable a tía Delia?

—Tal vez precisamente su alejamiento. Si tu tío amaba a tu tía al principio debió dolerle mucho que ella se distanciara de él.

—Quieres decir que quizá ella no quería hacer el amor con él, y eso dolió a tío Herbert.

—Es natural, ¿no?

—¡Pues podía haber dejado de coleccionar mariposas, pobres bichos!

—Tal vez. Pero quizá al principio pensó que ella cedería, que la cosa no tenía tanta importancia. Y luego ya no quiso ceder precisamente porque le molestaba la actitud de ella. Y ella no quiso ceder al ver que él, pese a su actitud de distanciamiento, no abandonaba la colección de mariposas... Bueno, Flem, ha habido guerras que han empezado por menos.

—Pero esto es... ¡es absurdo!

—Puede que sea absurdo —Raymond frunció el ceño y quedó pensativo antes de terminar—, pero él está en Earls Coine.

Capítulo XI

NUNCA lo entendería, nunca comprendería que a Delia le hubiese repugnado tanto su colección de mariposas. A fin de cuentas, ¿no era cierto que todas ellas, todo el mundo, tenía que morir un día u otro? Y por otra parte, ¿a qué darle tanto valor a la vida de unas cuantas mariposas? Eran bellas, de acuerdo; eran bellísimas, cierto; pero insectos de colores, ni más ni menos.

Al recordar lo referente a esto, Herbert Rutledge frunció el ceño, sin dejar de contemplar los paneles de cristal donde reposaban las bellísimas mariposas que integraban su colección. Delia le había dicho que eran algo más que insectos, y que eso era precisamente lo que le molestaba de él, que ni siquiera coleccionaba mariposas por una postura, curiosidad o admiración científica, sino solo porque eran bellas, de alegres y hermosos colores. No las tenía clasificadas por nombres o especies o subespecies o lo que fuera, sino simplemente por formas, tamaños, colores.

En suma, que era un palurdo de la Ciencia que no entendía de nada y que mataba bellas mariposas solo por su colorido. Así que era un ser cruel y abominable.

¡Abominable! ¡Abominable él! ¿Solo porque coleccionaba mariposas? ¡Qué situación tan absurda se había originado por este motivo, qué cosa tan... desquiciada y estúpida! ¿Cómo podía ser abominable una persona que gustaba de lo bello, y que quería tenerlo siempre a la vista? ¿Alguna vez alguien había visto algo más bello que una bella mariposa? De todo cuanto pudiera ser susceptible de ser coleccionado... ¿no eran las mariposas lo más bello, delicado y admirable que pudiera buscarse?

¿Y qué le había replicado Delia?: que había muchísimas cosas más bellas, delicadas y admirables que las mariposas, empezando por ella misma, y que no por eso él se iba a dedicar a coleccionar mujeres pinchándolas con alfileres...

Herbert Rutledge sacudió la cabeza, regresando de la abstracción de sus recuerdos.

Ya había esperado el tiempo suficiente. Veamos... ¿Cómo había dejado a Delia? Ah, la había dejado allá, donde tenía que estar, en su estado anterior de asco, es decir, sin cejas, sin pestañas, la cabellera quemada y oliendo a excrementos..., y, tras la última sesión, te había destrozado la boca con un plato y le había arrancado un ojo, ¡qué delicia!

Y ya era hora de volver con Delia...

¿O quizá ella todavía no había despertado?

Le daré un poco más de tiempo —rió Rutledge, sentándose tras la mesa de su despacho en la casa de Earls Coine—. ¡Le daré un poco más de tiempo para que se recupere, y entonces me reuniré de nuevo con ella...!

* * *

De momento no le dolió nada.

En realidad, de momento no supo nada de nada, ni tan siquiera que era un ser humano que, por el momento, conservaba la vida. Todo era una sensación de irrealidad grandiosa; como si todo fuese de corcho. Su primera sensación fue la de luz.

Había luz.

Remotamente, se sorprendió por ello. Muy remotamente, porque todavía no recordó que llevaba no sabía cuánto tiempo metida en aquel lugar que siempre estaba a oscuras. Un lugar frío, oscuro, y donde ella, atada de pies y manos y amordazada, llevaba no sabía cuánto tiempo.

La luz.

Luego, una de las veces, había luz cuando despertó.

Y ahora también. De nuevo había luz.

De súbito, se dio cuenta del tremendo dolor que estaba sintiendo, aunque todavía tardó quizá un par de segundos en adquirir del cerebro la información del lugar de dónde provenía el dolor: de su cara.

Le dolía la cara.

Le dolía especialmente, de un modo brutal insoportable, inhumano, su ojo izquierdo.

Y entonces recordó lo sucedido. Estuvo un instante como en suspenso. Acto seguido, cerró el ojo derecho, y entonces todo quedó a oscuras. Abrió el ojo derecho y regresó la luz. Cerró el ojo derecho y volvió a sumirse en la oscuridad.

Dios mío.

Le había arrancado un ojo.

Herbert le había arrancado un ojo.

Recordó el momento, y fue como vivirlo de nuevo. Fue como si justo en aquel instante él le estuviera arrancando el globo ocular con sus dedos y ella sintiera el espantoso tirón de los nervios, el inaudito, inexplicable, indescriptible dolor que se había expandido a todo su cuerpo, hasta la más recóndita de sus entrañas, hasta el último glóbulo de su sangre, alcanzando incluso sus pensamientos, que le habían dolido, como le dolían ahora. Era algo tan sumamente atroz, tan bestial que el grito que tenía en la mente no brotó por la boca; quedó en la mente, como una burbuja insólita y horrenda que se fuese tomando negra como el dolor.

Porque el dolor era negro. Era negrísimo. El dolor la sumía en la oscuridad mental, porque anulaba cualquier otra sensación de cualquier clase o grado. ¡Oh, Dios, aquella burbuja negra que tenía dentro de la cabeza, y que iba creciendo, creciendo, creciendo...!

De pronto, la burbuja estalló. Lanzó salpicaduras negras, húmedas, viscosas, a todas partes. Tuvo la sensación de que en su recién reventado cerebro entraba un resplandor insoportable de luz, y todo su cuerpo, todas sus facultades reaccionaron. Gritó. Gritó como nunca había gritado en la vida. Gritó de un modo continuado y horrible, sintiendo las venas del cuello a punto de reventar, el pecho, estallando, el corazón reventando... Gritó con todas sus fuerzas, en una histeria, en un miedo, en un espanto, y sobre todo en un dolor del que nunca podría librarse, nunca.

Gritó hasta perder el conocimiento.

Y cuando lo recuperó de nuevo, todo seguía igual. Estaba en el mismo sitio de antes. No en el sitio donde había estado hasta entonces, sino en el mismo sitio de la vez inmediatamente anterior, y que no era el sitio de las otras veces, el sitio que tenía una silla y un catre y una silla con un espejo.

No. Este no era ESE sitio, sino que era OTRO sitio.

Era un sitio de forma y dimensiones idénticas, pero no era el

mismo sitio. O quizá era el mismo sitio, solo que ahora estaba lleno de cosas horrendas, tales como esqueletos y formas más o menos humanas con jirones de carnes.

Con una mejilla apoyada en el suelo, un ojo reventado, y el otro enturbiado por el dolor y la ofuscación mental que este originaba. Delia fue mirando lentamente, una a una, aquellas cosas que había apoyadas en dos de las paredes... No, en tres. Y no estaban apoyadas, sino sujetas por cadenas. Y no eran cosas: eran personas. Eran mujeres. Bueno, algunas parecían mujeres, y otras cosas parecían esqueletos, y otras cosas parecían... ni mujeres ni esqueletos, sino algo así como... muñecas de barro sin terminar.

Y no estaba soñando.

Había una bombilla que penda del techo, y su luz amarillenta lo definía todo muy bien. No espléndidamente, pero sí muy bien. O sea, que estaba viendo esqueletos y restos de cuerpos de mujeres que, algún día, también serían esqueletos mondos y lirondos. Algún día. Mientras tanto, todavía sostenían sobre sus cabezas estropajosos cabelleras como polvorientas, excepto una, cuya cabellera rubia se veía todavía bonita, y que además tenía los ojos muy abiertos y parecían dos grandes bolas de cristal.

Y no solo estaban sujetas por cadenas, sino que habían sido clavadas a la pared por una enorme aguja.

Oh, Dios.

La mezcla de terror y pasmo mantenían a Delia como insensibilizada. De acuerdo, tenía solo un ojo, pero estaba viendo lo que estaba viendo, ¿no? Había mujeres clavadas a las paredes. Había una rubia que tenía los ojos muy abiertos y parecían bolas de vidrio.

Delia se echó a llorar. Sentía el dolor en todas las fibras sensibles de su cuerpo, pero se echó a llorar no de dolor, sino de miedo total de espanto incrédulo, de comprensión e incomprensión. Y estaba sintiendo su llanto como lágrimas y sangre cuando captó el cambio sutil en la atmósfera, y comprendió, vagamente, que algo se había abierto y se había cerrado, aunque no podía saber dónde ni cómo, pues allí no habla ni puertas ni ventanas...

—¿Te gustan más estás mariposas, querida? —oyó la voz de él a su espalda.

Se sintió agarrada e izada, y luego fue colocada de espaldas a

una de las paredes, de cualquier manera, quedando finalmente apoyada de costado contra las piernas de un semiesqueleto que parecía como un muñeco medio de carne, medio de cartón, lleno de gusanos. Delia creía que ni siquiera podía respirar.

Pero estaba respirando.

Le vio a él sentarse ante ella, cruzando las piernas, como los árabes.

—¿No piensas contestarme? Vaya, querida —sonrió él de repente—: ¡estás francamente horrible!

Delia oyó su respiración, su propio trago de saliva. Dios mío, cuánto le dolía el ojo. La boca también, pero el ojo..., ¡sobre todo el ojo le producía un dolor insoportable! ¿Qué decía él...? Ah, sí, que estaba francamente horrible. ¡Dios bendito!

—Nunca había conocido a nadie tan asquerosamente horrible como tú —insistió Herbert; y se echó a reír—. ¡Estás maravillosamente abominable! Es claro que podría haberte tratado como a las demás mariposas, pero me pareció que tú merecías algo más... refinado y duradero. No creas: he estado mucho tiempo rumiando todo esto. Aunque en realidad, ¿sabes quién me dio la idea?

Delia no lo sabía. Barruntaba algo, pero no lo sabía. Estaba perdiendo la noción de la realidad, estaba perdiendo la consciencia. Vagamente, se daba cuenta de esto, estaba dándose cuenta de que el dolor era tal que no lo podría resistir. Pero seguía viéndole a él, confusamente, y seguía oyendo su voz, igualmente confusa y lejana:

—Pues fuiste tú, querida. ¿Recuerdas aquella vez que hablaste de que había cosas más bellas, delicadas y admirables que las mariposas, empezando por ti misma? Pues se me ocurrió que quizá tenías razón, y estuve tentado de empezar contigo, pues ya te estaba odiando, pero me pareció que no tenía sentido matarte y pincharte. ¿Dónde te iba a colocar? Porque claro, no te iba a poner en un sitio donde te pudieran ver las visitas, ¿verdad? Tendría que ser, en todo caso, en un sitio discreto y al que solo yo pudiera llegar. Y así comenzó la idea. Primero habilité estos sitios a los que solo yo puedo acceder. Luego, cuando me disponía a pincharte, volví a reflexionar sobre ello: ¿no sería un absurdo, estúpido desperdicio, después de haberte soportado ya entonces casi ocho años, de estar percibiendo tu asco hacia mí, tu repudio de mi persona? Pensé:

¿acaso voy a matarla tan sencillamente, y así termina todo? Ella ha arruinado mi vida... ¿y esto va a ser todo? Porque, ¿sabes, Delia?, yo te amaba... ¡Te amaba tanto que tú jamás podrás llegar a comprenderlo! Realmente, te amaba, mi amor.

Delia tenía la sensación de que iba regresando del dolor y la inconsciencia. ¿Qué estaba diciendo aquel monstruo...?

—Te amaba tanto... Y por unas simples mariposas tú destrozaste mi vida..., nuestra vida y nuestro amor. Y no fue por las mariposas, eso es lo malo, lo que comprendí finalmente. Las mariposas fueron el punto de partida de tu maldad, de tu abominable maldad. Así que tenías que servir para algo... que me resarciera de mi vida contigo. Por eso contraté un seguro tan cuantioso y que durante dieciséis años me ha costado no poco sostener debido a los fuertes pagos de las cuotas anuales. Pensé en matarte pronto para cobrar, pero cada vez decía: no, espera un poco más, un poco más..., así, cuanto más tiempo pase menos sospecharán de ti, aunque ella muera en circunstancias que alguien podría pensar que son extrañas. Pero ¿te imaginas?: ¡dieciséis años deseando matarte, dieciséis años planeando tu muerte! ¿Y qué hacía mientras tanto? Pues, quise probar si realmente tú quedarías tan bella como una mariposa, mas, como no me convenía todavía matarte a ti, fui probando con otras mujeres... Las que tú llamabas «mis putas». ¡Pobrecillas! Bueno, la verdad es que sí, que la mayoría de ellas eran unas zorras. Yo iba lejos de aquí, me relacionaba con ellas, las traía aquí siempre de noche, discretísimamente. Ellas se hacían cargo de tanto misterio, claro: por mi esposa, pensaban. Les hacía mucha gracia. Y yo las traía aquí, saciaba mis insatisfacciones sexuales con ellas, y luego las traía aquí y las pinchaba. Gracias por la idea que me diste, pero no..., no son tan hermosas como mis mariposas, ni lo serías tú, de modo que tenía que idear algo mejor para ti, algo que te hiciera arrepentirte de tu maldad, de modo que me inscribí en la escuela de sadismo... Te hablé ya de la Sadox, ¿verdad?

Convertido su rostro en una máscara horrible, Delia contemplaba fascinada a Herbert con su único ojo.

Y él lo sabía. Sabía que en cuanto le explicase aquellas cosas ella le atendería, le escucharía, por mal que estuviese. Y de eso se trataba, de reanimarla para la siguiente partida de aquel juego.

—Si, te hablé de la Sadox. Bueno, traía aquí a estas zorras, y con

algunas de ellas aprendí algunas cosas. Me estaba entrenando para cuando te trajera a ti. ¡Mis putas...! Solo porque una vez me descubriste aquí con una mujer ya sacaste tus conclusiones, y entonces todavía empeoró nuestra relación: ya no fui solo el sujeto abominable que tenía una colección de bellas mariposas, sino un... sátiro, un vicioso, ¿verdad? Y entonces decidiste hacerme sufrir todavía más..., y fue entonces cuando capté en toda su extensión tu gran maldad. Ya la había intuido, pero me cercioré entonces. Tú destrozaste mi vida y mi capacidad de amor, y no fue por lo de las mariposas, no... Eso fue el pretexto que te diste a ti misma, quizá, o mejor todavía el que me diste a mí para que yo fuera resignándome a tu maldad... ¡Porque tú eres la malvada, la abominable! Deseabas lo peor para mí, desde los fuegos eternos del infierno a cualquier desgracia espantosa. Y todo ello porque me odiabas... Me odiabas porque tú tenías el sexo muerto y yo lo tenía vivo y te utilizaba para mis expansiones. Llegaste a odiarme tanto que no quisiste ya ni pensar en separarte de mí, en divorciarnos. Lo que quisiste fue retenerme a tu lado para hacerme sufrir en todo cuanto pudieras, empezando por someterme a una vida sexual que tú querías que fuese lo más miserable posible. Yo te había amado, y por eso, por haberme gratificado en tu cuerpo insensible, me odiaste tanto que no quisiste que nos separásemos, para tenerme cerca, para hacerme sufrir siempre que pudieras y en todo cuanto pudieras. Me hacías quedar mal siempre que podías, me rebajabas, me humillabas en la intimidad. No, no fueron las mariposas, querida, sino tu maldad lo que destrozó mi vida contigo que había empezado con auténtico amor... ¿No es cierto? ¿No es cierto lo que estoy diciendo?

—Sí —jadeó roncamente Delia—. ¡Sí, es cierto, es cierto, es cierto, te odio, te odié desde el primer momento en que usaste de mí! ¡Nunca lo había hecho con nadie, no sabía lo que era, no sentí nada, y tú..., tú me usaste como si fuera un animal! ¡Sí, es cierto, TE ODIO!

—Gracias, querida. Y ya que las cosas están aclaradas... ¿te parece que sigamos jugando?

—Herbert... márame ¡Es lo único que te pido, márame no me hagas sufrir más!

—¿Por qué he de ser más compasivo yo contigo que tú conmigo? Además, acabas de decir que me odias, cosa que yo ya sabía. He

tenido mucho tiempo para pensar y prepararlo todo, incluso lo de tu estancia aquí. Je, je, mientras todos te creen muerta tú estás aquí, donde has de estar, conmigo, para sufrir hasta que tu cuerpo ya no resista más.

—¿Cómo pueden creer que estoy muerta...?

—¿No lo has comprendido? —se sorprendió Herbert—. Mujer, ¡pero si es tan simple! Verás, ya tenía seleccionada una mujer parecida a ti muchísimo en líneas generales. Vivas nadie os habría confundido, desde luego, pero muertas cualquiera os confundiría. Y estaba vacilando cuando leo tu última carta en un descuido que tuviste antes de enviarla a tu hermana... ¡Conque quieres marcharte de mí lado, por fin! ¡Ajá, eso significa que te has dado cuenta del peligro que corres, de que finalmente seré yo quien vencerá en esta lucha de maldades de seres abominables...! Me imagino discusiones contigo, peleas verbales en las que me amenazas y me insultas y yo te violento..., pero eso ya no es suficiente para mí: esas fantasías tienen que convertirse en realidad. Así que, por fin, una noche te narcotizo, te meto en el maletero del coche, y hago venir a la casa de Londres a tu doble, una de tantas zorras que las que me relaciono tan discretamente que nadie me ve nunca con ellas. Esta acude bajo la promesa de una paga especial. Y entonces le doy un golpe, le pongo ropa y joyas tuyas, la dejo tendida en el suelo, provocho el incendio, salgo de la casa y me meto en el coche, partiendo hacia Earls Coine contigo en el maletero... ¡Y ya quedas para siempre en mi poder y a mi merced mientras los demás creen que astas muerta! Así que, no solo nadie te buscará, sino que yo cobraré... ¡un millón de libras! Pero es tal el placer de ver cómo mis planes se van cumpliendo, es tal el placer de saber que por fin voy a tenerte a mi merced que incluso llego a olvidar lo del dinero... ¿Te das cuenta?

—Pero ¿has... has cobrado... por mi muerte?

—¡Claro! ¡Un millón de libras, querida mía! ¡Un millón de libras! Simplemente, a partir de ahora podré hacer y tener absolutamente todo lo que quiera. ¿Y qué tendrás tú? Adivina, adivina, querida: ¿qué tendrás tú? Pues tendrás... ¡ji, ji, ji!, una larga vida de atroces sufrimientos, porque no permitiré de ninguna manera que mueras. Ni permitiré que olvides que has dicho bien claramente que me odias. Pero ¡ahora recuerdo que tenemos algo

pendiente! Bueno, tenemos dos cosas pendientes para hoy, pero de momento hablemos de una ¿Recuerdas que te pregunté si se te ocurría por qué te había dado de comer...? ¿Lo recuerdas? Pues bien, te traigo la respuesta. ¿La adivinas?

—No... No.

—¡Haz un esfuerzo! —rio Rutledge—. ¡Vamos, amor mío, haz un esfuerzo!

—No... No sé... ¡No quiero saberlo, me aterrorizas!

—¡Pero claro...! ¡Ese es mi mayor deseo, y me alegra saber que lo estoy consiguiendo! ¿Te aterrorizo? Pues a ver qué sientes al escuchar esto: te doy de comer para que luego defeques; y quiero que defeques porque eso es lo siguiente que comerás. ¿Comprendes? ¡Je, je, el ciclo interminable! ¿No te hace gracia? ¡Un reciclaje! Ahora, en estos tiempos de crisis, hay que aprovecharlo todo bien: se recicla el papel el vidrio, y otras muchas cosas... Bueno, ¿por qué no la comida? ¡Tú vas a reciclar la comida, tal como la expulses la volverás a comer, y tendrás que comerla, porque no te daré nada más! ¿Y quieres que te diga qué es lo que beberás? ¿Eh? ¿Quieres que te diga qué es lo que beberás, querida mía?

—¡NOOOOOO!

—Grita, grita, ¡grita cuanto quieras! Aquí nunca te oirá nadie. Y cuanto más grites más me divertirás...

* * *

—¡Qué silencio! —exclamó por fin Flemina—. No parece probable que él esté en la casa, Ray. Todo está en silencio, no hay ni una sola ventana abierta... Y ni siquiera vemos el coche.

—El coche debe estar en el garaje —refunfuñó Raymond—, si es que él ha venido, claro.

—Lo cual empiezas a dudar, admítelo.

—Lo admito. Pero quiero asegurarme de ello. Quizá pueda echar un vistazo al interior del garaje. Hay una ventana lateral.

—Pero está demasiado alta, y los cristales no parecen muy limpios.

—Lo primero que vamos a hacer es esconder el coche lejos de aquí, por si él está en la casa y echa un vistazo al exterior. Vamos a buscar un sitio adecuado y volveremos con las precauciones

necesarias.

Capítulo XII

YA oculto el coche a suficiente distancia de allí, y en una dirección que Herbert Rutledge no tomaría para regresar a Londres, con lo que podría haberlo visto casualmente, ambos regresaron hacia la casa.

Todo seguía igual.

La misma quietud, el mismo silencio, las ventanas cerradas...

—Tú quédate por aquí —dijo Raymond—, y no te dejes ver. En caso de que me descubriera a mí, como ya sabe que me intereso por el asunto la cosa no tendría demasiada importancia. En cambio, si te viese a ti seguramente se nos complicarían las cosas. Insisto: no te dejes ver, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Flemina—. Te estaré esperando aquí, bien oculta y a salvo de todo peligro, ¡oh, mi héroe!

Raymond comenzó a refunfuñar, pero ella rio quedamente, se abrazó a su cuello, y le besó en la boca.

—No empieces con estas ahora —gruñó él—, o nos vamos a liar aquí mismo, entre los pinos.

—¿A qué no? —susurró ella.

Él la abrazó fuertemente, tomó la iniciativa del beso, y comenzó a acariciarla. Flemina emitió un gemidito de gusto, y le mordió el labio inferior. Raymond la apretó bruscamente, se apartó de ella, y, sin volver a mirarla, se dirigió hacia la casa por un lado..., oyendo tras él la contenida risa de la muchacha americana. Y encima eso: ¡americana!

No tuvo el menor problema, naturalmente, en llegar junto a la casa por el lado del garaje anexo. La ventana estaba alta, pero lo solucionó de un modo muy simple: saltó, se agarró al estrecho alféizar, y se izó a pulso. Por un momento, debido al reflejo que formaba el polvo, no pudo ver nada dentro del garaje. Luego, vio el coche de Herbert Rutledge, y, al difuso resplandor del sol que

penetraba por aquella misma ventana, la serie de cosas que podía esperarse ver en un garaje particular, desde ruedas a un pequeño tablero con herramientas clavado en la pared...

Estaba completamente abstraído, hasta el punto de que ni se daba cuenta de que los brazos, flexionados, comenzaban a dolerle, cuando oyó el leve silbidito tras él. Estuvo desconcertado un instante. En seguida, sobresaltado, distendió los brazos, se soltó, y echó a correr hacia los pinos. Una vez allí, se desplazó hacia la posición donde había dejado a Flemina, es decir, frente a la fachada de la casa.

Antes de ver a la muchacha ya vio la puerta del garaje alzada...

—¡Ray!

Vio a Flemina acucillada junto a unas matas. Se colocó junto a ella. En aquel momento sonaba el motor del coche.

—¿Has silbado tú? —susurró Raymond.

—Claro. Apuesto a que no has conocido muchas chicas que sepan silbar.

—Seguro que no. ¿Ha salido alguien con él?

—No.

—¿Qué demonios habrá venido a hacer aquí?

—Si no recuerdo mal tú fuiste quien insistió en eso, en que había venido aquí. ¿A qué crees?

Raymond movió la cabeza.

—Tal vez lo sepamos si conseguimos volver a entrar. ¡Cuidado!

El coche de Rutledge salía, de espaldas. El garaje fue cerrado. El coche maniobró, enfiló el camino, y rodó despaciosamente en dirección a la carretera de Earls Coine. Luego, todo quedó de nuevo en silencio y quietud.

—Esta vez no vamos a esperar —dijo Raymond—: vamos a ver si podemos entrar de nuevo.

Segundos más tarde se hallaban ambos ante el cristal anteriormente roto.

—No se ha dado cuenta —lo señaló. Flemina—. ¡Podemos entrar del mismo modo!

Lo hicieron, sin la menor dificultad, incluso recurriendo Flemina a la broma de que él la pasara en brazos, aprovechando para besarla.

Quince minutos más tarde, ambos estaban sencillamente

decepcionados, y, además, Raymond no poco mosqueado. Todo estaba en orden, todo tranquilo, todo normal.

—Maldita sea... ¡No puedo creer que venga aquí a echarle un vistazo a sus mariposas y se largue luego!

—Quizá venga a la bodega a buscar algunas botellas de vino.

—Quizá... ¿Le has visto salir con algún paquete?

—No:... No, no. Seguro. Pero podía tener las botellas ya en el coche cuando nosotros hemos llegado.

—Podría ser. Vamos a echar otro vistazo a la bodega. Y se me ocurre una cosa: ya que estamos aquí le robaremos alguna buena botella.

Desde la cocina descendieron a la amplia bodega.

Allí también todo estaba igual, silencioso, como paralizado..., excepto una cosa.

—Huele a quemado, —dijo no muy segura Flemina—. Como a carne quemada.

Raymond olisqueó, pero terminó moviendo negativamente la cabeza.

—Claro que no —rechazó.

—Pues yo digo que sí. Y te advierto que mi olfato es muy fino.

—De acuerdo, tu olfato es muy fino: ¿ves alguna barbacoa aquí abajo?

—Es que es un olor desagradable, no de barbacoa. Es olor a carne quemada, no asada.

—¿Cuál es la diferencia?

—Ya no lo huelo —frunció el ceño Flemina; olisqueó con insistencia, y terminó decepcionada—. Quizá hayan sido imaginaciones mías.

—Busquemos. Quizá encontremos algo que justifique el que por un momento tú hayas percibido ese olor.

Buscaron, y no encontraron nada que justificase aquel olor que la muchacha había percibido o creído percibir. Raymond robó, en efecto, dos botellas de vino, una francés y otra español, y abandonaron la bodega, dejándolo todo tal como lo habían encontrado. Obsesivamente, Raymond insistió en volver al despacho, donde una vez más se quedó contemplando las colecciones de bellas mariposas. ¿Podía un hombre recorrer setenta y tantas millas solo para estar un rato con aquellos animalitos

disecados? Porque indudablemente, eso es lo que había hecho aquel día Herbert Rutledge. ¿Qué otra cosa podía haber ido a hacer a la casa?

—Me pregunto —dijo de pronto— si el inspector Parry sacaría más partido que nosotros a la situación. Tal, vez tengamos ante los ojos algo revelador, y no sabemos verlo.

—No sé dónde, leí una vez que a veces son nuestros ojos los que nos ciegan. Quiero decir que si esperamos ver una cosa, y no la vemos, ya no vemos nada, no prestamos atención al resto de las cosas.

—Vamos a echar otro vistazo por toda la casa.

Media hora más tarde, totalmente decepcionados, emprendían el regreso al lugar donde habían dejado el coche. Por supuesto que ni se les ocurrió la idea de que todavía podrían alcanzar a Herbert Rutledge, pero no les importó: también en Londres sabían dónde encontrarlo... y seguir perdiendo el tiempo con él.

* * *

Conducía sin prisas, alegre y tranquilo. ¡Ajá, qué bien estaban saliendo las cosas! ¡Qué bien lo había pasado! Lo de aterrarla de aquel modo diciéndole que comería sus propias heces y bebería sus orines habían estado muy bien. Y además, la obligaría a hacerlo.

Interesante.

¿Cuáles podrían ser las consecuencias? Tal vez le interesasen a la Ciencia. Si tuviera algún amigo científico podría preguntárselo, o quizá al revés, informar él al amigo, decirle qué ocurría cuando una persona ingería sus propias deposiciones.

Pero bueno, fuera lo que fuese lo que ocurriera, eso ya se vería. Lo interesante era que ocurriese. Y no temía en absoluto que ella muriese definitivamente por ingerir esas cosas. ¡No es tan fácil morir como la gente cree, claro que no! ¡El cuerpo humano tiene una resistencia insospechable! Y no digamos la mente.

Con la mente se pueden conseguir auténticas maravillas, fascinantes creaciones, insólitas situaciones. ¡Ah, la mente...! En realidad, a poco que uno se parara a pensar en ello, es con la mente que se pueden conseguir los mayores logros. Y los mayores gozos. ¡Je, je, seguro, los mayores gozos! ¡Cómo había gozado aquella vez

con Delia...!

* * *

Gritaba, y gritaba, y gritaba, pero al final se cansó; quedó extenuada tan solo de gritar. Estaba en verdad maravillosamente horrible con su último aspecto. ¡Es que había que verlo para comprenderlo, para gozar verdaderamente de él! La cabeza quemada, el rostro ajado, sin dientes la boca, un ojo arrancado...

¡Y lo último!

Claro que el conjunto sería deliciosamente repugnante si le arrancaba las orejas, pero eso provocaría una sangría terrible. Las orejas son muy escandalosas en ese sentido, sale mucha sangre de ellas. Si las cortaba, ¡bueno!, iba a salir de aquella asquerosa cabeza un chorro de sangre que a lo peor vaciaba todo el cuerpo.

Así que había dejado tranquilas las orejas de Delia (por el momento, que quede bien claro), y se había dedicado a lo otro. Lo tenía todo preparado. Cuando ella dejó de gritar, salió de allí, y fue al otro sitio, donde tenía preparado el hierro metido en un pequeño recipiente de carbón para barbacoa portátil.

Y con el hierro al rojo vivo, había regresado a toda prisa junto a Delia, para encontrarla sollozando quedamente tendida de costado en el suelo. Esta era una cosa que no debía olvidar ni descuidar: cuando se fuese, la tenía que amordazar. Por si acaso. Nadie podría encontrarla, claro, pero por si acaso. Bien estaba quitarle la mordaza cuando él estaba presente, a fin de disfrutar de sus gritos de miedo, pero tenía que recordar siempre amordazarla antes de marchar.

Oh, oh, el hierro al rojo. ¡Se iba a enfriar!

No podía permitirlo.

De modo que se acercó a su esposa, le dio un puntapié en el vientre, y la colocó rudamente de espaldas, prensándola contra el suelo con su peso, casi oyendo el crujir de los maniatados brazos contra el piso.

Con su solitario ojo espantado, Delia le miró.

Él le mostró el hierro al rojo. Parecía talmente uno de esos hierros que aparecen en los filmes del Oeste y que se utilizan para marcar el ganado.

—¿Lo ves? —dijo gozosamente Herbert Rutledge—. ¿Lo ves?
¡Pues ya no lo ves!

Soltó una risita, bajó el hierro, y el extremo candente con la inscripción se puso en contacto con la frente de Delia. Hubo un chisporroteo, un humo denso y blanquecino, un súbito olor repugnante..., mientras el aire temblaba estremecido por el nuevo alarido de Delia.

* * *

Maravilloso.

Ma-ra-vi-llo-so.

¡Oh, infiernos, sencillamente maravilloso! ¡Qué nauseabundo olor emitía la carne quemada de Delia! ¡Y con qué entusiasmo gritaba ella su dolor! Debería tener cuidado con esto, porque sí podría llegar el momento en que un exceso de dolor le provocase un colapso cardíaco que no pudiera soportar, y entonces sí se le quedaría como un pajarillo entre las manos. Sí, tenía que ir con cuidado.

Pero mientras tanto, todo era maravilloso. Se preguntó de pronto si realmente odiaba a Delia tanto como para hacerle estas cosas. Porque vaya si la estaba fastidiando, ¡pobre Delia! ¿Realmente la odiaba tanto? Se sorprendió a sí mismo pensando que quizá ya no la odiaba tanto. Bueno, sí que la odiaba, pero, más que odiarla, la consideraba como un juguete con el que expansionarse. Se divertía. Odio y diversión. ¡Pobre Delia, quizá ahora la odiaba un poco menos que durante todos aquellos años pasados...!

A quien sí odiaba a muerte era al investigador de la New Life, a aquel maldito hijoputa llamado Stanford, que se había tirado a Flemina Hart. ¿No era curioso? Él había estado teniendo mujeres en abundancia para resarcirse de la actitud de Delia en sus relaciones sexuales, y algunas de ellas habían sido francamente hermosas, y muchas de ellas jóvenes. Podía ahora mismo, con el dinero que tenía, podía conseguir en Londres lo que quisiera. ¡Lo que quisiera! Solo tenía que hacer un par de llamadas telefónicas y sus amigos de la Sadox le proporcionarían lo que quisiera. Incluidas, naturalmente, hermosas muchachas. De quince años, si quería. Y

hasta de doce. ¡Lo que quisiera!

Pero tenía la imagen de Flemina Hart como clavada en la mente. Su imagen de diosa rubia de ojos azules, las formas de su cuerpo vital, espléndido, de líneas armoniosas, incluso delicadas, pero un cuerpo fuerte, sólido, turgente, de pechos magníficos... ¡Y aquella boca gordita y sonrosada, aquella garganta palpitante...!

Se la imaginó desnuda en la cama, sonriéndole, ofreciéndose a él, y tuvo una erección brutal. Sacó el coche de la carretera, y se quedó como alucinado con las imágenes que desfilaban por su mente. ¡Ah, la mente, las imágenes...! Con la mente se podía hacer todo, todo, ¡todo! Con la mente, él podía poseer el cuerpo de Flemina Hart.

Y lo hizo.

Se lo imaginó todo perfectamente. Ella en la cama, desnuda, sonriéndole de aquel modo que a él le gustaba, entre ingenuo y canallesco. Luego, cuando él la penetraba, ella se ponía a gritar de placer. Y gritaba, y gritaba, y gritaba, mientras su cuerpo era sacudido por una interminable oleada de orgasmos que le hacían disfrutar a él enormemente...

Sacudió la cabeza de pronto, aspiró hondo, y terminó por sonreír.

¡Acababa de tirarse magníficamente a Flemina Hart! Era su sobrina, pero ¿qué más daba? Además, no era su sobrina, sino la sobrina de su mujer: de su pobre e infortunada esposa (que en paz descanse, que dirían algunos, ¡je, je, que en paz descanse, pobrecilla!). En fin, que Flemina era una mujer de esas de matar de gusto y satisfacción a un hombre. ¡Y el maldito Stanford era el que se estaba acostando con ella!

Muy bien. ¿Acaso él no tenía un millón de libras?

Tenía un millón de libras. Lo tenía. ¿Y de qué demonios le servía a un hombre tener un millón de libras si no podía conseguir lo que quisiera? Maldita sea, ¿de qué le servía el maldito millón de libras esterlinas británicas?

Muy bien.

Muy bien, muy bien, muy bien.

Detenido en un lado de la autopista 12 E 8, Herbert Rutledge todavía reaccionó a tiempo para darse cuenta de que no podía estar detenido allí. Buscó un estacionamiento lateral, se detuvo de nuevo

allí de modo que pudiera ver bien la autopista, y se sumió en sus pensamientos y sus proyectos. Era un hermoso día. El tramo de autopista entre Witham y Chelmsford estaba bastante frecuentado. Se estaba bien allí.

Finalmente, ya perdida la noción del tiempo debido a la intensidad de sus pensamientos, vio pasar el coche de Raymond Stanford, en dirección a Londres. Identificó el coche, distinguió a Stanford al volante, y, a su derecha, pudo ver perfectamente el hermoso destello de aquella cabellera dorada y luminosa como el mismísimo sol.

Su expresión se nubló, se tornó hostil, sombría.

Muy bien.

Muy bien, hombre, muy bien...

Cuando arrancó en pos del coche de Raymond Stanford la imagen de Flemina Hart, desnuda, resplandeciente, magnífica, destelló una vez más en su mente. Pero una cosa eran las imágenes, una cosa eran los pensamientos, y otra cosa era la realidad.

Y él tenía un millón de libras.

* * *

Abrió la puerta del apartamento, y sonrió cariñosamente, encantadoramente.

—Hola, querida —saludó con dulzura—. Pasa, pasa.

Flemina Hart entró en el apartamento de Mayfair, y besó a su tío en ambas mejillas, para exclamar acto seguido:

—¡Por fin he conseguido localizarte! ¡Estaba tan preocupada...!

—¿Preocupada? —alzó las cejas Herbert Rutledge; cerró la puerta del apartamento y tomó de un brazo a la muchacha—. ¿Por qué motivo?

—Bueno, me dieron tus recados en el hotel, y te llamé enseguida, pero no había modo de localizarte. En tu hotel me dijeron que te habías despedido, así que lógicamente debías estar aquí, y te llamé, incluso vine, pero no estabas... ¡Llevo todo el día intentando localizarte!

—Lo mismo hice yo ayer contigo —rio Herbert—. Pero bueno, ya nos hemos encontrado, todo está bien. ¿O has tenido algún contratiempo?

—No, no. Estuve con unos amigos americanos a los que encontré casualmente.

—Ah... Bueno, siéntate. ¿Quieres tomar algo? He comprado algunas bebidas.

—No, prefiero no tomar nada. El alcohol no proporciona ni una sola cosa buena.

—Mujer, al menos un poco de calor, ¿no? —rio él—. Pero, ciertamente, no se puede decir que haga frío. ¿Te importa que yo tome un trago?

—Claro que no.

Flemina se sentó en una de las butacas del salón. Eran confortables, pero antiguas y tenían bastante desperfectos. Se permitió un comentario al respecto:

—¿No deberías cambiar este tresillo, tío Herbert?

—Desde luego. Precisamente por eso te estuve llamando ayer. Tengo pensado renovar el apartamento prácticamente en su totalidad, y se me ocurrió que aceptarías ayudarme.

—¡Con muchísimo gusto! Aunque no creo poder quedarme mucho tiempo en Londres. Tendré que regresar. Ni siquiera llegué al entierro de tía Delia, y evidentemente mi presencia no te resulta de utilidad a ti... Bueno, tal vez fue una tontería por mi parte venir, es así de simple.

Herbert se sentó frente a ella, y miró las preciosas rodillas de Flemina.

—Me gustaría mucho que te quedaras una temporada —susurró.

—No me es posible. Tengo mi trabajo allí, y... Bien, lo cierto es que no soy precisamente rica, así que mi estancia en Lond...

—Yo tengo un millón de libras.

—¿Qué? ¡Cielos, un millón de libras!

—Ya te contaré. Bueno, lo que estoy tratando de decirte es que si tú no tienes dinero yo sí tengo..., y que si es por dinero no tienes que marcharte. Quiero decir —se inclinó Herbert hacia delante y puso una mano sobre una rodilla de la muchacha, apretando suavemente— que me gustaría... disfrutar de tu compañía durante una larga temporada. Podríamos arreglar juntos el apartamento, a tu gusto incluso, y podrías quedarte aquí.

Flemina estuvo unos segundos mirando, la mano sobre su rodilla. Luego, miró los ojos de Herbert Rutledge.

—¿Quedarme sola... o los dos juntos?

—Supongo que tío y sobrina pueden convivir sin problema alguno. No soy un hombre exigente..., aunque tu tía tuviera sus propias ideas al respecto. Y a mi edad digamos que ya he aprendido a valorar debidamente las cosas, las situaciones y las personas encantadoras. Quiero decir que sé tratarlas.

Flemina seguía mirando fijamente los ojos de Rutledge, el cual, por fin, despacio, como en una caricia, retiró la mano. Ella sonrió.

—La verdad es que, prácticamente, había venido a despedirme, tío Herbert. Estuve llamando todo el día para eso... ¿Dónde has estado? ¿Comprando cosas?

—No. Estuve en la casa de campo, en Earls Coine.

—Ah, sí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué dices «ah, sí»?

—Tía Delia nos escribió alguna vez sobre esa casa. Yo diría que no le gustaba mucho.

—No, no le gustaba.

—¿Por qué? ¿Es fea, incómoda, pequeña...?

—Yo diría que más bien todo lo contrario. Bueno, no es ninguna maravilla, pero está bastante bien... Si te quedases también podríamos... pasar allí unos cuantos días de cuando en cuando.

—¿En la casa de Earls Coine? ¿Qué hay en ella? ¿Qué hay allí?

—¿Delia no te lo dijo, no os lo decía en las cartas? Sé que os escribía con cierta frecuencia.

—Recuerdo que alguna que otra vez mencionó tu colección de mariposas. Fue una suerte que la tuvieras allí en lugar de en la casa de Londres: ya no la tendrías.

—Es cierto, se habría quemado. Por suerte, hace ya años que decidí trasladarla allí. A Delia no le gustaba demasiado, esa es la verdad.

—Pues a mí me gustaría verla —rio Flemina.

—Nada más fácil. Podemos ir allá en cuanto quieras.

—Pues no sé... ¿Qué más hay en la casa de Earls Coine?

—Nada más. Tranquilidad, silencio, un aire más limpio que el de Londres. Y las mariposas. Nada más. Yo voy de cuando en cuando a contemplarlas... ¿De verdad no quieres tomar nada? ¿Un café, quizá? ¡Lo preparo en un par de minutos!

—Bueno, tomaré café. ¿Te ayudo a prep...?

—¡De ninguna manera! Eres mi invitada, ¿no es así? —Herbert se puso en pie, sin dejar de mirarla intensamente—. Me gustaría que te quedaras. Flemina, pero hasta que lo decidas así eres mi invitada. Me gustaría saber si la idea te parece descabellada simplemente o mínimamente aceptable. Quiero decir que a veces hay ideas sobre las cuales, ni siquiera vale la pena reflexionar.

—Tu idea no es de esas.

—¿Quieres decir que te parece... admisible?

—¿Por qué no? —sonrió de nuevo la muchacha.

Rutledge se colocó, junto a ella, le puso una mano en un hombro, y lo apretó suavemente, mientras deslizaba la mirada hacia los espléndidos senos de Flemina, que desvió la suya. Él abandonó el salón en dirección a la cocina, y ella se puso en pie vivamente, agitada. ¡El muy cerdo...! ¡Cielos, pretendía instalarla a ella, su propia sobrina, como amante, en aquel apartamento! ¡Quería acostarse con ella!

Enfurecida y asqueada, Flemina se acercó al amplio ventanal protegida por rancias cortinas de tono ocre. Las apartó, y atisbo la calle. Casi enseguida apareció en la esquina Raymond, que debía haberla visto... El gesto de él era tenso, expectante. Ella sonrió, y le saludó graciosamente con la mano, tirándole acto seguido un beso con los dedos. Chocante. Llega a Inglaterra y se enamora de un inglés. Y ya está... En cuanto a él, tal vez no estuviese loco por ella, pero lo parecía. ¿No es sorprendente? Veintitrés años en Estados Unidos, amigos, algún que otro ligue de cierta importancia, pero amor, lo que se llama amor-enamoramiento, nada. ¡Y viene a Londres a enamorarse de un británico! ¡Y menudo británico, porque en la cama...!

—Una de las primeras cosas que deberíamos cambiar —la sobresaltó tras ella la voz de Herbert—, son esas cortinas, ¿no te parece?

Se volvió conteniendo su agitación y soltando las cortinas. Había quedado tan ensimismada que él había tenido tiempo de preparar el café. ¿O lo tenía ya hecho? Seguro, porque era imposible que lo hubiese preparado en tan poco tiempo. Lo habría recalentado. Bueno, ¿qué más daba? Lo que importaba era seguir allí con él, sonsacándole. Aunque sonsacándole... ¿qué? Porque si era cierto que en Earls Coine solo las mariposas merecían su especial interés,

no tenía objeto sonsacarle más...

Él había dejado la bandeja sobre una mesita, y la miraba con suma atención. ¿La había visto haciéndole gestos a Ray? Claro que no. Imposible. La fija mirada de él la hizo recordar que había pendiente una respuesta por su parte, y sonrió como pudo.

—Estaba absorta —dijo—. ¿Las cortinas? Desde luego que habría que cambiarlas.

Herbert Rutledge parpadeó lentamente.

—¿Significa eso que has decidido aceptar mi invitación? —susurró.

—Lo estoy pensando —rio Flemina—, pero si me quedase no sería con unas cortinas como esas.

—Ya te he dicho —casi jadeó él— que tengo un millón de libras, y que podrías hacer y deshacer a tu antojo, querida.

Ella le contemplaba con la sonrisa como incrustada en la boca. Le vio servir el café con mano temblorosa. ¡Viejo asqueroso! Bueno, no es que fuera viejo, pero... ¡le llevaba treinta años! ¡Y quería acostarse con ella! Bueno, ¿por qué se irritaba tanto? ¿Acaso no era normal que un hombre deseara gozar con ella?

Se sentó en el mismo sillón. Él le tendió el platillo con la taza de café. Seguía temblándole la mano. Flemina bebió un sorbo, y dejó el servicio en la mesita. Miró a Herbert.

—Estarás muy bien conmigo —susurró Él.

—Tío Herbert, aún no he dicho que vaya a quedarme.

—¿Hay algo que no te agrade de mi proposición?

—Pues... no es que me desagrade, pero... tampoco estoy segura de haberla entendido bien. Quizá te parezca una malpensada —Flemina rio una vez más—, pero me da la impresión como si... Vaya, como si estuvieras pensando acostarte conmigo.

—¿Te repugna la idea?

—En principio me ha sorprendido tanto que todavía no la he valorado de otro modo.

—Eres una chica hermosísima, Flemina. ¡De buena gana te penetraría ahora mismo! ¡Te tumbaría en la cama y te mordería y te penetraría con todas mis ganas!

Ella abrió mucho los ojos, sobresaltada ante la repentina actitud inesperada de él. Pero al abrir los ojos se dio cuenta de que no respondían sus párpados del modo habitual. Y al moverse se dio

cuenta de que no tenía fuerzas, de que los brazos le colgaban como muertos. Dio una cabezada, sacudió la cabeza, y acto seguido respingó. Alzó la cabeza, y buscó con la mirada a Herbert Rutledge. Le vio borroso, pero oyó nítidamente su risa.

—Si no fuese porque están al llegar te penetraba ahora mismo —dijo Herbert—. ¡Pero ya te cogeré por mi cuenta esta noche!

Vio la mano de él, la sintió sobre sus pechos, percibió vagamente los apretones; el manoseo, incluso por debajo del jersey... Pero no podía moverse ni decir nada.

Sencillamente, tenía un sueño invencible.

Capítulo XIII

RAYMOND se tranquilizó cuando apenas quince minutos después de haber visto a Flemina haciéndole señas en la ventana del apartamento llegaron los empleados de la tienda de muebles en un camión, del cual descargaron algunos muebles y cestas de mimbre que sin duda contenían figuras decorativas.

Eran tres hombres con «mono» blanco, que manejaron como a desgana y sin demasiada habilidad los muebles, en su mayor parte pequeños, más bien auxiliares. Ni se le ocurrió a Raymond que aquellos muebles pudieran ser para cualquier otro apartamento del edificio en el que se había instalado Herbert Rutledge: simplemente, dio por hecho que eran para él, que se había mudado allí hacía tan poco tiempo, y se dedicó a observar los movimientos de los tres hombres, tranquilizado por su presencia. Era poco probable que pudiera sucederle nada a Flemina mientras aquellos hombres estuviesen entrando y saliendo del apartamento.

Finalmente, a eso de las cinco y cuarto, los vio bajar con las cestas de mimbre, meter estas en el camión por la parte de atrás, cerrarlo y marcharse.

Muy bien.

De nuevo habían quedado a solas Rutledge y Flemina. Así que de nuevo comenzó la inquietud de Raymond Stanford.

Sin embargo, no había motivo. O parecía que no había motivo: apenas diez minutos después de marcharse los sujetos del camión de muebles, apareció en la calle Herbert Rutledge, muy elegante.

Raymond quedó sorprendido, al verlo solo, pero enseguida se dijo que Flemina debía estar bajando tras él, o que se había entretenido con algo en el apartamento o en la escalera. Tardó muy poco en convencerse de que no era así, pues Rutledge se dirigió hacia donde tenía estacionado el coche y se sentó ante el volante.

La mirada de Raymond fue velozmente hacia el portal del

edificio. De un momento a otro tenía que salir Flemina. Ella tenía que haberse retrasado por cualquier cosa... Pero le parecía que no encajaba la descortesía de Rutledge de no esperarla.

¿Qué estaba ocurriendo?

Miró hacia la ventana de antes, pero Flemina no estaba allí. Tampoco salía. Herbert Rutledge puso en marcha el motor y arrancó, ocasionando no pocas dudas en Raymond. ¿Qué hacía? ¿Se iba tras él o subía a ver qué pasaba con Flemina? Tal vez no pasaba nada, y ella, simplemente, se las había arreglado para quedarse en el apartamento, con la esperanza de encontrar alguna cosa reveladora.

Pero entonces... ¿por qué no se asomaba para hacerle una señal, como antes? La respuesta llegó, veloz, a la mente de Raymond: porque temía ser vista por Rutledge, naturalmente. De modo que Flemina había convencido a Rutledge de que la dejase allí arreglándole algunas cosas del apartamento mientras él iba..., iba a...

¿Adónde?

Refunfuñando, mirando todavía hacia la ventana por si alcanzaba a ver a Flemina, Raymond Stanford corrió hacia su coche, se metió dentro, y partió en pos de Herbert Rutledge.

«Debe ir a comprar alguna cosa mientras ella pone orden en el apartamento. O quizá tenía una cita o algo que atender, pero ella le ha convencido de que le esperaba...».

Alcanzó a Rutledge en Regent Street, y se tranquilizó. Llamaría al apartamento de Mayfair en cuanto se detuvieran y encontrara un teléfono. Mientras Rutledge atendía sus cosas, él llamaría al apartamento... Por un momento pasó por su mente la idea de que a Flemina podía haberle ocurrido algo. No. Imposible. No, no, no. Todo estaba bien, ella se había quedado allí y él iba a hacer algo, eso era todo.

«¡Maldita sea mi estampa, no debí dejarla subir!».

Llegaron a Picadilly Circus y continuaron por Shaftesbury, siempre bordeando el Soho. Un poco antes de llegar a Charing Cross Herbert Rutledge se desvió a la izquierda, penetrando en aquel distrito por Frith Street en dirección a Soho Square.

«La madre que te parió... ¿A qué vienes tú al Soho, sinvergüenza?».

Tan solo un minuto más tarde Herbert Rutledge llegó a su destino, al parecer, pues entró con el coche en un garaje con la indicación de privado. Raymond detuvo el suyo, titubeó, y cuando estaba casi decidido a meter su coche en el mismo garaje que Rutledge, este apareció en la calle, mientras la puerta del garaje se cerraba al parecer automáticamente. Rutledge entró en un portal contiguo a la puerta del garaje, y desapareció.

Sin vacilar ahora ni un segundo, Raymond subió medio coche a la acera, paró el motor, se apeó, y se fue directo hacia el portal en el cual había entrado Rutledge. No vio ninguna placa indicadora en el portal, así que no podía ni siquiera hacer cábalas sobre qué o a quién había ido a ver Rutledge en aquel edificio.

Terminó de entrar en el solitario portal, y escuchó. Las pisadas de Rutledge todavía resonaban en los peldaños. Subía con calma, tranquilo. De nuevo sin titubear, Raymond comenzó la escalada tras su presa, silenciosamente. Tenía la esperanza de que podría oír la puerta a la que llamase Rutledge cuando este o la persona visitada la cerrase. Y si la oía, la localizaría, y ya tendría tiempo más adelante de saber quién vivía en el apartamento en cuestión...

Y en efecto, oyó una puerta cerrándose. Entonces, convencido de que Rutledge había entrado en un apartamento y por tanto no habría de verle, subió a toda prisa..., y se encontró en el último piso del edificio, en el cual había dos puertas.

Y todavía no había decidido cuál de las dos había sonado el cerrarse cuando una de ellas se abrió, y salieron rápidamente al descansillo dos hombres armados con pistolas, con las que apuntaron firme y fríamente a Raymond Stanford.

—Usted —dijo uno de los hombres—, venga aquí, rápido.

Raymond había palidecido ligeramente al ver las armas, y sus pies parecían clavados al suelo. El hombre que había permanecido en silencio se acercó a él rápidamente, y le asió de un brazo.

—Camíne —gruñó—, o le meto una bala en la cabeza.

Raymond reaccionó. Echó a andar hacia la puerta abierta, como en sueños. Estaba obedeciendo órdenes de otros, no de su mente. Estaba comportándose como un autómatas. No entendía aquello. ¿Pistoleros? ¿Herbert Rutledge tenía tratos con pistoleros?

Y de repente, cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta, le llegó la revelación de que si entraba allí no iba a salir con

vida. Respingó, se detuvo, y se volvió velozmente hacia el hombre que caminaba tras él, preparando el puño derecho para golpearle.

Se había olvidado del otro, que había entrado precediéndole y sin perderle de vista, y que, adivinando sus intenciones en el acto, dio un paso hacia él y le golpeó en los riñones con la pistola. Raymond lanzó un bufido de dolor, se crispó hacia atrás, y, cuando todavía estaba decidido a lanzar el golpe acertase donde acertase, el que estaba frente a él le propinó un patadón tremendo entre las ingles.

Raymond lanzó un berrido, se encogió, y el que tenía detrás le agarró por la chaqueta y tiró de él, metiéndolo en el apartamento. El otro entró velozmente, cerró, y miró con soma a Raymond, que debido al fuerte tirón del otro, había caído sentado.

—Será mejor que se porte bien si no quiere que sus males empiecen ahora mismo, señor Stanford —dijo el sujeto.

Raymond aspiró hondo, y le miró turbiamente. El que había tirado de su chaqueta, a su espalda, comentó:

—Es usted casi un gallito.

—Sí —dijo el otro—: casi. Lo que pasa es que nosotros sabemos muy bien manejar gallitos como usted, y además tenemos más mala leche. De modo que tranquilícese y no nos obligue a ser malos. Ya vemos que es usted muy fuerte, pero créanos: no se complique la vida... más de lo que ya la tiene.

Raymond iba mirando de uno a otro. Se puso en pie lentamente, sin que ninguno de los dos pistoleros intentara impedirselo. Sabía que estaba pálido. Es decir, más bien lívido de rabia..., aunque no las tenía todas consigo. Cuando un hombre lleva pistola es porque sabe usarla y puede decidir hacerlo en cualquier momento.

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró.

—Oh, bueno, somos Sam y John, por ejemplo —rio el más parlanchín—, no se preocupe por eso. ¿Qué? ¿Le gustó la comedia de las mudanzas?

Raymond quedó con la mente en blanco un instante. ¿La comedia de las mudanzas? ¿A qué se refería aquel tipo?

Y de pronto, le pareció recibir un mazazo en plena cabeza. ¡La comedia de las mudanzas! ¡Se estaban refiriendo a los tipos del camión que...!

—Me parece —dijo el otro— que acabas de darle un buen susto.

Y es natural: perder un bombón americano de ese calibre ha de fastidiar lo suyo. Yo también me lo comería, si pudiera.

—Pues no te lo comerás. Ni yo tampoco. Mala suerte.

Un tercer hombre apareció de pronto en el vestíbulo del apartamento.

—Está bien, traedlo —dijo.

—Un momento —jadeó Raymond—. ¿Qué le ha ocurrido a Flemina? ¡Si a ella le ha ocurrido algo les...!

—Vamos, no seas fantasma —gruñó Sam—. Haga lo que se le dice y pórtese bien o le romperemos algunos huesos. Y se lo voy a repetir usted es más alto, más fuerte y más guapo, pero nosotros tenemos más mala leche... y más experiencia. Camine.

—Sí, camine, fantasma —sonrió John.

Raymond se volvió hacia el tercer hombre, y vio la sonrisita irónica en su rostro que le pareció satánico. Su mente se nubló, ante sus ojos aparecieron unas turbias brumas de tormenta, y, sin más amenazas ni preguntas alzó la pierna derecha y hundió el pie justo en los testículos del sujeto, que lanzó un bramido y cayó hacia atrás; demudado el rostro y con las manos protegiéndose tardíamente la zona genital.

El agente de la New Life Insurance se volvió hacia los otros dos, vio llegar la pistola sobre su cabeza, y la ladeó. Recibió el impacto sobre la clavícula izquierda, y tuvo la sensación de que una bomba estallaba en su hombro y esparcía por todo el cuerpo unas horribles resonancias de dolor. Así y todo, apretando los dientes, disparó su puño derecho, y tuvo la relativa satisfacción de oír el crujido de unos dientes.

Luego, la cosa se complicó.

Para él, desde luego.

Recibió un golpe por detrás, y acto seguido otro patadón en los testículos, y enseguida un impacto indefinible pero horrendo en el costado derecho. Empujado por detrás, cayó de rodillas hacia delante..., y un pie se hundió salvajemente en su estómago.

A partir de este momento, Raymond Stanford ya no coordinó. Tuvo la sensación de estar en, una noria tan pronto oscura como llena de luces que estallaban dentro de su cabeza. Vagamente, pensó que acababan de romperle la ternilla de la nariz, dos o tres dientes, algunos dedos, y que su cara se rajaba de arriba abajo

merced a algunas artimañas desconocida.

Sentía golpes que eran como estampidos de petardos, extrañas sensaciones de dolor, enloquecedoras luminosidades...

De repente, todo quedó en calma, en quietud y silencio. En alguna parte oía un rumor que le pareció la respiración de una bestia jadeante..., y se estremeció cuando supo que era él quien estaba respirando de aquel modo casi inhumano. Le parecía que tenía una docena de brasas adheridas a su cuerpo en varios puntos. ¡Y aquel jadeo de bestia herida...!

—Vaya, vaya, vaya... Me parece que a partir de ahora el señor Stanford ya no será tan guapo. ¡Y dejará de molestar a la gente! ¿Verdad, señor Stanford? ¡Conteste!

Se ordenó a si mismo ver a la persona que hablaba, aunque ya lo sabía, desde luego: era Herbert Rutledge. Sintió el tirón en su cabeza, y supo que le habían agarrado por los cabellos y tiraban cruelmente de ellos.

La orden de abrir los ojos funcionó, aunque le pareció que no demasiado bien, porque vio ante él una forma confusa y como a través de una cortina de flecos rojos. Pensó que solo había abierto un ojo.

—¡Conteste! —gritó Rutledge.

—Me parece que no puede —dijo otra voz.

—¿Dónde..., dónde está Flem... Flemina...? —jadeó Raymond.

—¡Ah! ¡De modo que para eso sí puede hablar! ¡Le voy a arrancar los cojones, hijoputa! ¡Le voy a...!

—Señor Rutledge —sonó la otra voz—, nos encanta que usted haya recurrido a la Sadox para prestarle este pequeño servicio y lo de su sobrina, y le deseamos una gran y duradera diversión en todos los aspectos. Pero, a ser posible, preferiríamos desalojar de aquí al señor Stanford cuando antes. Ya sabe que a partir de las seis llegan nuestros alumnos de la Sadox como usted mismo.

—Sí, lo comprendo. Pero yo les he pagado espléndidamente el servicio, así que...

—Por supuesto que ha pagado —rio el otro—, pues de otro modo la Sadox no le habría prestado el servicio, como viene haciendo hace tiempo con toda clase de clientes a los que también enseña a... divertirse con el sufrimiento ajeno. Pero le rogamos que entienda que debemos desalojar de aquí a este hombre. Díganos a

dónde quiere que se lo llevemos, y lo haremos con mucho gusto, pero, por favor, insisto, tenemos que sacarlo de aquí ya.

—De acuerdo. Ya saben a dónde tienen que llevarlo: a mi casa de campo. Yo estaré allí esperándoles. Y espero que cuando yo llegue ya esté allí mi sobrina.

—Puede estar seguro de ello. Y poco después de usted llegaremos con el señor Stanford.

—Está bien —Rutledge, que había soltado los cabellos de Raymond, volvió a agarrarlos sádicamente—. Amiguito, usted me ha estado fastidiando en grande, sobre todo por lo de Flemina, ya sabe, pero espere... ¡Espere la larga vida que le aguarda en mis dominios, espere!

Le escupió a la cara, y eso fue todo. Raymond ni siquiera se daba cuenta de que se mantenía en pie porque le sujetaban Sam y John. Tuvo, eso sí, la sensación de ser arrastrado. Luego, la de descenso. Intuyó que estaba en un montacargas. Le zumbaban los oídos y le dolían todos los huesos, pero su mente estaba obsesivamente fija en Flemina.

¿Qué había sido de Flemina? Ah, sí, ella debía haber sido llevada a la casa de campo de Rutledge. La casa de campo de Rutledge. La casa de campo de Rutledge. La casa de camp...

* * *

Fue despertando lentamente. Era como ir recuperándose a sí mismo muy despacio; como si hasta entonces hubiera estado inmerso en una dolorosa oscuridad que parecía de plástico blando y ahora fuese desprendiendo de ella su cuerpo. Era una sensación de ir emergiendo dejando atrás algunos pedazos de cuerpo y de negrura, de dolor y de silencio horripilante. Ni siquiera le dolía nada.

Sabía que tenía que dolerle algo, pero no le dolía nada. Sus recuerdos indicaban que tenía que dolerle algo, pero no era así. Quizá estaba muerto, y por eso no le dolía nada. Quizá no estaba regresando a la vida tras el desvanecimiento, sino que estaba entrando en la Muerte. Sí, podía ser eso: estaba entrando en la Muerte.

Y de pronto supo que no, pues le dolió la cabeza. Eso fue lo primero. Luego, comenzó a sentir tantos puntos de dolor que se

preguntó si tenía un solo cuerpo o muchos cuerpos. Porque... ¿acaso podía acumularse en un solo cuerpo tanto dolor?

Sentía una vibración a su alrededor, y un rumor conocido pero que todavía no había identificado. Lo identificó de pronto también: era el rumor de un automóvil, de motor en marcha. Estaba dentro de un automóvil y viajando por alguna zona terriblemente oscura... ¡Ah, no! ¡Estaba viajando dentro del maletero de un automóvil!

Muy bien.

Dentro del maletero de un automóvil.

Muy bien. Perfecto. *All right, all right.*

Durante unos minutos su mente se dedicó a vagar absurdamente. Era como estar entre nubes. Luego, recordó la tremenda paliza recibida. Flemina. Flemina Hart, la chica americana, la bellísima, simpática, explosivamente orgásmica Flemina Hart, la atleta americana de la que se había enamorado como un loco.

Quiso pronunciar su nombre, y se oyó a sí mismo maullando roncamente.

Proseguía el rumor de viaje en el maletero de un automóvil.

Iban hacia Earls Coine.

Muy bien. Perfecto. *All right.*

Tardó otros diez minutos en conseguir mover el brazo derecho lo suficiente para comprobar que no estaba atado. Debía estar tan... deteriorado que ni se habían molestado en atarlo. ¿Y los pies? Pues, los pies también podía moverlos.

«Rutledge me va a matar», llegó de súbito el informe de su mente.

Exacto. Pero antes debía tener otros proyectos para él. ¿Y qué proyectos tenía para Flemina? Bueno, eran fáciles de comprender estaría usando y abusando de ella hasta cansarse, y luego la mataría también. Sadox. Eso sonaba a sádico, a sadismo. Muy bien, ya sé dónde estáis y si salgo de esta os voy a echar encima toda la policía de Londres. ¡Estáis listos, criminales!

Sí, bueno, estaban listos si él salía con bien de la situación, lo que no parecía nada fácil.

Pero fácil o no tenía que intentar algo.

Otros diez minutos más tarde tenía en la mano una llave inglesa y un destornillador que había sacado del estuche de herramientas que había encontrado tanteando dentro del maletero. Le dolía todo,

pero podía moverse. Lo peor era el brazo izquierdo. La clavícula debía estar rota.

Bien.

Tanteó hasta situarse con respecto a la marcha, y a los pocos minutos tenía localizado el cierre del maletero, en el cual comenzó a hurgar...

* * *

Era como si una masa de luz estuviera hurgando en su cerebro. Una masa de luz poderosa, que poco a poco derretió las tinieblas.

Y, de repente, Flemina Hart se encontró mirando una bombilla que pendía por encima de su cabeza en un techo oscuro. Durante unos segundos permaneció inmóvil, mirándola, al mismo tiempo que iba sintiendo con más intensidad el desagradable gusto en la boca.

El gusto del narcótico.

Lo recordó todo de pronto, lanzó una exclamación, y se sentó de un salto. Una bocanada de algo amargo llenó su boca, sus ojos se inundaron de lágrimas, la cabeza le dio vueltas. Cerró los ojos. ¡Dios mío! ¡La había narcotizado, y...! ¿Dónde estaba ahora?

Se limpió los ojos con las yemas de los dedos, y escupió a un lado aquella amargura que llenaba su boca de un modo repugnante. La luz seguía sobre su cabeza, entre ella y aquel techo oscuro. ¡Qué extraño, un techo oscuro! Pero bueno, realmente, ¿por qué todos los techos tenían que ser blancos, por qué no podía haber techos oscuros, de colores diversos? Techos azules, verdes, rojos, negros, morados, blancos, anaranjados, marrones, magenta... Techos de todas clases.

¿A qué lugar correspondía aquel techo oscuro?

Ya limpios los ojos Flemina Hart miró a su alrededor.

Primero vio al abominable ser que tendido en el suelo cerca de ella la miraba con los ojos muy abiertos. Tan abiertos que parecía que no tenía ni cejas, ni pestañas, ni párpados. Luego, a su alrededor, y mientras comenzaba a sentir en su garganta el trémolo del grito de espanto, Flemina Hart, la guapa chica americana, vio las... «mariposas» clavadas en las paredes.

Capítulo XIV

—¡MALDITA sea! —exclamó Sam, que conducía el coche.

—¿Qué pasa? —se alarmó John, sentado a su lado.

—¡Se ha abierto el maletero! Menudo susto me ha dado... Voy a parar y bajar a cerrarlo. ¡Estaría bueno que alguien viera lo que llevamos en él!

—Joder, mira que no saber ni cerrar un maletero —gruñó John.

San encogió los hombros, y metió el pie en el freno. Menos mal que ya no estaban en la autopista, sino en aquella birria de carretera entre Kelvedon y Earls Coine, pues incluso habían dejado atrás Coggeshall. Según las instrucciones recibidas tenían que haber ido por la autopista hasta Colchester, y, antes de entrar en esta, desviarse hacia Earls Coine. Pero ellos habían preferido acortar la ruta, aunque fuese a costa de viajar por una carretera inferior, y ahora tenían motivos para alegrarse de su decisión; estaban en una carretera secundaria donde no era probable que nadie pudiera percatarse de nada aunque viajaban todo el tiempo con el maletero abierto.

De todos modos, había que cerrarlo, así que Sam detuvo el coche, mirando por el retrovisor lateral. No se acercaba nadie por detrás, ni nadie por delante.

—A ver qué hace ese tipo —dijo—. Dale otro golpe, si acaso.

—De acuerdo.

John se apeó, y caminó hacia la parte de atrás del coche. Llegó allá, vio a Stanford tendido de costado, y se colocó frente al capó para cerrarlo. Recordó lo de darle otro golpe al secuestrado, y justo entonces vio que Stanford había abierto los ojos y le estaba mirando.

Esto fue un instante antes de que Raymond Stanford se moviera y John empezara a hacerlo, tardíamente.

Tardíamente porque el destornillador, manejado con fuerza por

Raymond, se hundió con impacto dolorosísimo en su vientre. John emitió un gemido, se llevó las manos al lugar de la herida, y se inclinó hacia delante. Raymond soltó el destornillador, dejándolo clavado en el vientre de John, asió a este por los cabellos, y lo atrajo hacia dentro del maletero con un tirón brutal, despiadado.

John quedó doblado sobre el borde del maletero, con la cara crispada tocando el fondo de este. Raymond Stanford asió la llave inglesa, la alzó, y golpeó con ella la cabeza de John, por encima de la oreja derecha. Los ojos de John se desorbitaron mientras el cuerpo experimentaba una violenta sacudida. Acto seguido se relajó, quedó inmóvil, con los ojos abiertos y la boca desencajada.

Raymond Stanford metió la mano bajo la chaqueta de John, asió la pistola, y la retiró de la funda. Se quedó mirándola.

La voz de Sam pareció llegar desde muy lejos:

—¿Qué pasa? ¿Tienes problemas con él? ¿John? ¡John!

El coche se movió suavemente sobre los buenos amortiguadores. La mente de Raymond Stanford funcionó a toda velocidad. Era como si lo estuviese viendo todo: Sam salía del coche y caminaba por el lado izquierdo de este hacia atrás, de modo que no tardaría ni dos segundos en ver al otro metido en el maletero en aquella postura; y en cuanto viese al otro comprendería que las cosas se habían complicado, tiraría de su pistola, y...

Raymond no le dio tiempo.

Sacando fuerzas de no supo dónde ni cómo, se puso repentinamente en pie dentro del maletero, asomando por detrás de la tapa justo cuando Sam estaba a punto de ver a John. Sam alzó la sobresaltada mirada, vio a Raymond, sus ojos expresaron la sorpresa y la alarma, movió la mano derecha en busca de su pistola...

Raymond extendió el brazo derecho y disparó.

¡*Crack!*!, sonó el disparo como un cañonazo en la carretera flanqueada por bosquecillos de pinos y lejanos viñedos. Una fea mancha oscura apareció en el rostro de Sam al tiempo que saltaba hacia atrás, Raymond cerró un instante los ojos. Cuando los abrió, ya no vio a Sam. Ladeándose, lo vio más allá, caído de espaldas, inmóvil, con el rostro lleno de sangre y la pistola sujeta entre sus crispados dedos.

Por lo demás, parecía que nada hubiera ocurrido. Todo estaba

en calma y en paz, dentro de pocos minutos sería de noche.

Raymond salió dificultosamente del maletero, agarró las piernas de John, y las desplazó, hasta que el sujeto estuvo todo él dentro del maletero. Luego, arrastro a Sam hasta allí sujetándole por los pies, lo alzó como pudo, jadeando y gimiendo de dolor, y también lo metió en el maletero, con la pistola todavía entre sus dedos. Cerró el maletero y fue a sentarse ante el volante.

¿Y ahora?

Sentía fríos regueros de sudor por su dolorido cuerpo. Apenas podía mover el brazo izquierdo. Se le ocurrió mirarse en el retrovisor, y lanzó un respingo de espanto.

—¡Dios...! —aulló.

Sacó el pañuelo y se limpió la sangre como pudo. Mal, porque estaba seca. Era como llevar puesta una máscara de barro que se agrieta, se rompía.

«No puedo ir a ninguna parte en este estado —pensó—. Aunque no sé ni siquiera dónde estoy. Bueno, en cualquier caso estoy camino de Earls Coine, de modo que solo tengo que seguir carretera adelante y llegaré allá o a algún lugar donde podré orientarme. Pero tengo que estar camino de allá, y bastante cerca, pues es tarde...».

Lo sensato era esconderse y esperar a que fuese completamente oscuro para seguir adelante. O quizá lo sensato sería buscar ayuda inmediatamente. Pero había en su mente una idea fija: si se dedicaba a buscar ayuda, y encontraban dos hombres posiblemente muertos ambos dentro del maletero del coche, empezarían a pasar tantas cosas que cuando le atendieran debidamente habría pasado el tiempo más que suficiente para que a Flemina le sucediera algo horrible. Algo horrible.

Y al pensar en algo horrible no pensaba, ni remotamente, en una cuestión sexual, eso no tenía importancia. Pensaba en que Herbert Rutledge le había parecido... un sádico loco la última vez. Y... ¿qué se le podía llegar a ocurrir a un sádico loco?

* * *

El grito se había ya extinguido, pero persistía el espanto provocado por el espectáculo de aquellas... cosas clavadas a las paredes y

sostenidas al mismo tiempo por cadenas. Incrédulamente, Flemina miraba los esqueletos, el resto de cuerpos momificados, los que perdían la carne a jirones en los que debía haber miles de gusanos... Su mirada se posó finalmente en la rubia, en los rubios cabellos de la hermosa mujer que ya ni siquiera hedía.

Y de pronto recordó al ser vivo que la estaba mirando con los ojos tan abiertos, y se volvió vivamente hacia él.

Persistía la mirada de angustia, de incredulidad, de súplica. El ser repugnante estaba atado de pies y manos y amordazado con esparadrapo. Flemina sentía estremecimientos de asco y espanto contemplando aquella horrible imagen.

—Dios mío —gimió.

Estaba en una habitación de forma extraña y en la que no se veía abertura alguna. No había más que esqueletos y momias en las paredes..., y el horripilante ser que seguía mirándola con suplicante avidez. Flemina se deslizó hasta el ser, titubeó, y luego le arrancó el esparadrapo que cubría su boca.

En seguida, el jadeo expelió una pestilencia hacia el rostro de Flemina, que lo apartó. El ser jadeaba, sollozaba, lloraba. Ahora, un raudal de lágrimas se deslizaba por su destrozado rostro mientras farfullaba cosas que Flemina no entendía. Hasta que, de repente, creyó que lo que estaba oyendo era su propio nombre: Fle... mi... na...

El ser era una mujer, desde luego. Sucia hasta lo increíblemente asqueroso, como rebozada en excrementos, carnes maceradas, enflaquecida por la violencia del miedo, el hambre y el dolor, quizá del frío que debía encoger aún más las doloridas carnes desnudas.

—Flem... Flem... Flemina...

Hubo en el único ojo del ser un destello que dejó a Flemina Hart desconcertada y aterrada. Un destello que le recordó el de los ojos de otra persona. Una persona que estaba muy lejos de allí, una persona muy amada, una persona cuyos ojos conocía a la perfección y que, cosa increíble, le habían sido recordados por el destello del único ojo de aquel ser horrendo...

Ni un rayo de hielo que hubiera descargado sobre la cabeza de Flemina le habría producido tanto efecto gélido y horrible.

—¿Tía Delia? —susurró.

El ser movió afirmativamente la cabeza. Flemina Hart tenía la

sensación de que bajo su piel se deslizaban millones de bichos helados que llevaban el frío hasta el último rincón de su cuerpo; como si mil garrapatas de hielo hubieran alzado su piel y se hubieran metido removiéndolo todo, helándolo todo.

Hasta su garganta estuvo congelada no supo cuánto tiempo antes de poder insistir, esperando una negativa, deseando una negativa:

—¿Tía... Delia? ¿Delia Barnes?

El ser asintió de nuevo, sollozando con más fuerza. Flemina sentía que se iba a desmayar. No había visto a tía Delia desde hacía casi nueve años, pero aunque la hubiera visto el día anterior no la habría reconocido, era imposible. Ella sí podía ser identificada fácilmente por tía Delia, pues le había estado enviando muchas fotografías sola y con su madre; las más abundantes eran sus fotografías deportivas. Y hacía menos de un año había enviado un primer plano... ¡Dios mío! ¿Qué importaba todo eso ahora?

Reaccionando de pronto, conteniendo su horror, su asco, Flemina se acercó más a Delia, y fue entonces cuando reparó en que aquello que tenía en la frente no era una herida cualquiera, sino especial. Entre carne retorcida, estrujada, reventada y quemada, distinguió, grabadas a fuego, las palabras TE ODIÓ.

TE ODIÓ.

Y recordó entonces el olor a carne quemada que había percibido en la bodega de la casa de campo de tío Herbert en Earls Coine. ¿Había oído la carne quemada de tía Delia?

Se dio cuenta de que tía Delia le estaba diciendo algo, pero no conseguía entenderla. Estaba en un estado mental y físico deplorable, increíblemente inhumano. Estremecida, Flemina comenzó a deshacer como pudo las ataduras efectuadas con esparadrapo que sujetaban las muñecas de Delia..., y en eso estaba cuando percibió a su espalda el cambio de atmósfera.

Se volvió vivamente, y vio a Herbert en el umbral de una puerta sin marco, contemplándola sardónicamente. Detrás de él no se veía más que pared. Una pared de ladrillo viejo que le recordó algo...

—Apártate de ese ser abominable —rió tío Herbert—, ¡no sea que vaya a contagiarte alguna de sus porquerías! ¡Apártate, te digo!

Flemina se apartó, y Rutledge terminó de entrar y cerró la puerta. Todo recobró aquel silencio denso y hermético. Era como estar dentro de una masa insalvable de silencio absoluto.

—¿Qué? —rio él—. ¿Habéis hablado mucho?

—Por el amor de Dios, tío Herbert. —Empezó a gemir Flemina.

—¡Nada de tonterías ahora! —exclamó él—. ¡Ya me afrentaste bastante con ese cerdo de Stanford, así que no pienses que, me vas a impresionar con tus comedias!

—Pero... ¿qué es todo esto, qué ha pasado, qué..., qué has hecho? ¡Dios mío, no puedo creer lo que estoy viendo! ¡Y ella es tía Delia! —señaló al ser horripilante.

—¡Claro que es tía Delia! ¿Creías que la iba a matar sin más, que me iba a privar de mi venganza y de mis planes? ¡Pues ya ves que no, ya ves que este ser abominable vive! ¡Pero vive para que yo la vaya matando por los siglos de los siglos...!

Flemina rompió a llorar. Esto enfureció increíblemente a Herbert Rutledge, que saltó sobre la muchacha, se sentó a horcajadas sobre su vientre, y comenzó a golpearla con una saña de loco absoluto..., olvidando que bajo su cuerpo no estaba ahora el de una mujer madura y débil, sino el de una auténtica atleta de veintitrés años..., que finalmente reaccionó, empujándolo fuertemente y derribándolo.

Antes de que Rutledge hubiera reaccionado, Flemina ya estaba en pie y corriendo hacia donde había visto la puerta. Llegó allí, buscó con desespero, y no encontró ni tan siquiera una señal, una rendija, nada. Oyó la risa de Herbert a su espalda, y se volvió... Gritó al verlo alzando aquella barra de hierro, y, en el instante en que comprendía que se trataba de uno de los «alfileres» que había estado atravesando un cadáver de «mariposa», recibía el golpe de lado en el brazo izquierdo, por encima del codo. El dolor fue tan intenso, tan lacerante, tan profundo, que la mente de Flemina se nubló, la cabeza le dio vueltas. Sintió el impacto de sus rodillas contra el suelo, y luego la presión en sus senos al caer de bruces lentamente. Era como si todo el dolor del mundo se hubiera acumulado en su brazo.

Era un dolor tal que se sentía agarrotada, sin fuerza ni decisión para moverse.

Herbert le dio la vuelta, se sentó de nuevo a horcajadas sobre su vientre, y blandió en alto la barra de hierro.

—Vuelve a oponerte a mis deseos de cualquier clase, vuelve a resistirte o agredirme de cualquier forma —jadeó—, y te abriré la cabeza como si fuese un huevo, y luego me saciaré en tu cadáver... ¿Lo entiendes? ¿Me estás entendiendo, asquerosa?

Desorbitados los ojos, desencajado el rostro, Flemina movió afirmativamente la cabeza. Rutledge aspiró hondo, asintió, y, de repente, sonrió. Fue una sonrisa capaz de congelar la sangre en las venas a la persona más templada del mundo.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo amablemente—. Vamos a ser buenos amigos, ¿verdad, sobrina? ¡Contesta!

—Sí... Sí, seremos buenos amigos, sí...

—Estupendo. Mira, por un lado la idea de matarte y practicar contigo la necrofilia no es nada mala, te lo aseguro, pero me parece que los dos preferimos de momento hacer las cosas con más... normalidad. ¿No estás de acuerdo, querida?

—Sí, sí...

—Espléndido, espléndido. ¿Te molesta que te toque un poco?

Flemina tragó saliva, y no contestó. Rutledge alzó repentinamente la barra de hierro sobre su cabeza, y sus ojos parecieron inflamarse llenos de fuego.

—¡Contesta! —gritó.

—¡Sí, sí!

—Sí, ¿qué? ¿Te molesta que te toque un poco? —aulló él.

—¡No, no, no me molesta, no!

—Ajá, eso está mejor —de nuevo sonrió encantadoramente Rutledge, bajando la barra de hierro—. Sí, eso está mejor, ya verás cómo llegaremos a entendernos muy bien los dos... ¡Qué digo, los dos! ¡Los tres! Porque no vamos a dejar a tía Delia fuera ¿verdad? ¿Crees que debemos dejarla fuera de concurso?

—No... Yo... creo que no... Claro que no.

—No me trates como a un loco, sobrinita, porque de eso nada —rio Rutledge, que manoseaba con la mano izquierda los pechos de Flemina—. ¡De loco, nada, te lo aseguro! Es solo una venganza hacia una mujer que es... un ser abominable. ¡Ella es el ser abominable, no yo! ¿No sabes lo que me estuvo haciendo tu querida tía durante años y años? ¿Lo sabes?

—No...

—¡Claro! ¡Eso no te lo iba a escribir...! Decir las cosas que no le

gustaban de mí, y llamarme ser abominable estaba bien, ¡pero no iba a ser tan tonta de explicaros las cosas abominables de ella! ¡No iba a ser tan tonta, ¿no te parece?!

Rutledge se cansó de buscar caminos para su mano por entre la ropa de Flemina, y dio un tirón arrancando la mayor parte de la parte delantera, y luego, con brutales forcejeos, arrancó también el menudo y liviano sujetador, más un adorno que una prenda de servicio que no necesitaban prácticamente los hermosos pechos de la muchacha. Al verlos, Rutledge se calló, y se quedó mirándolos con expresión desorbitada. Luego, despacio, calmado al parecer, terminó de apartar la ropa, y los acarició, siempre con la mano izquierda, manteniendo con la derecha la barra de hierro en alto.

—Qué hermosura —jadeó—. ¡Qué hermosura de pechos, qué maravilla de pechos...! ¡Me los comeré! ¿Querrás que me los coma, querida sobrina?

—Sí... Sí, sí, me..., me gustará que..., que te los comas —tartamudeó Flemina, mirando la barra de hierro.

—Pues lo haré. ¡Vaya si me los comeré! ¡Je, je! Pero antes quiero que sepas lo abominable que es tu querida tía que quería abandonarme y hacerme perder la oportunidad de matarla conforme a mis conveniencias y planes para cobrar un millón de libras... ¿Quieres que te explique todo lo que tu abominable tía me ha estado haciendo durante años?

—Sí... Sí, sí.

Rutledge volvió a asentir. Estaba fascinado con los pechos de Flemina, a los que prestaba toda su atención visual. Pero, a borbotones, sin dejar de acariciarlos y manosearlos, explicó a Flemina aquella extraordinaria relación entre dos seres humanos que alguna vez habían estado o creído estar tan enamorados, que se habían casado, que habían estado viviendo juntos... Muy cerca de ambos, Delia sollozaba ahora quedamente, y Flemina había decidido no mirarla para no estropear las cosas. Herbert Rutledge continuaba sentado sobre su vientre, pero había dejado la mano armada con la barra de hierro, que parecía ahora olvidada. Estaba lanzado a explicar furiosamente las cosas que había soportado de su abominable esposa, que seguía sollozando.

—¿Comprendes ahora? ¿Comprendes lo que hacía tu tía querida, la clase de vida que me hacía llevar, la maldad que ha estado

demostrando...? ¡Pero yo esperaba, esperaba, esperaba..., y el momento llegó! ¡Ella misma lo precipitó un poco al escribiros que tenía intenciones de abandonarme! ¡Y eso sí que no, amiguita, eso sí que no! ¡Estará junto a mí hasta que de ella no quede más que un abominable montón de basura y gusanos!

—Tío Herbert —dijo suavemente Flemina—, me estás haciendo daño en el vientre, tanto rato sentado encima...

—¡Oh! ¡Oh, pobrecita, te duele su vientrecito...! ¡Bueno, espera lo que te va a doler cuando empiece el juego! ¡Porque tú eres igual que este repugnante y abominable ser, una mala pécora! ¿Crees que no sé qué te has acostado con Stanford? Lo hiciste, ¿verdad?

—Bueno, sucedió que...

—¿Lo hiciste o no? ¡Y no me mientas!

—Sí, lo hice.

—¡Putas asquerosas! ¡Ya lo sabía! ¡Pero está bien, ya no importa, porque a partir de ahora solo lo harás conmigo! ¡Y lo harás a mi gusto, como yo te pida, o te arrancaré las entrañas! ¿De acuerdo?

—Sí, sí, sí...

—¡Y vamos a empezar ahora mismo! ¡Quítate la ropa!

—Tío Herbert, te ruego...

Rutledge se puso en pie de un salto, quedando junto a Flemina con la barra de hierro en alto y los ojos rojos de furia.

—¡Te digo que te quites TODA LA ROPA ahora mismo! ¿Quieres ver cómo te parto todos los huesos? No, ¿verdad? ¡Pues quítate inmediatamente toda tu maldita ropa, que voy a penetrarte!

Delia había dejado de sollozar, y su único ojo contemplaba impávido a su marido. Talmente parecía en aquel momento una escalofriante, repugnante figura por supuesto no humana, sino como hecha de sangre, barro y excrementos.

Por su parte, Flemina se había colocado de rodillas, y procedía a desvestirse de los jirones de ropa que habían dejado los bestiales tirones de Rutledge. Este no perdía de vista ningún movimiento de la muchacha, que evitaba mirarlo. Había un pensamiento mortificante y triste en la mente de la muchacha: mientras ella iba a ser violada por aquel criminal sádico Raymond Stanford quizá estaba todavía esperando que ella saliera del apartamento de Mayfair...

Capítulo XV

HABÍA detenido el coche antes de llegar frente a la casa, a la que había llegado caminando. Para entonces, ciertamente, ya era de noche..., pero no se veía ni una sola luz en la casa. Ni una sola. Pensó que tal vez Rutledge todavía no había llegado. Podía ser, porque él había perdido ya la noción del tiempo, había dejado de relacionar con exactitud unos hechos con otros...

Tal vez si miraba dentro del garaje pudiese ver el coche, y entonces sabría seguro si Rutledge había llegado o no. Con esa idea, se deslizó Raymond hacia la parte de la casa anexa a la cual estaba el garaje. Pero, apenas se colocó bajo la ventana, comprendió que le sería imposible izarse a pulso como hiciera la otra vez, pues el brazo izquierdo, además de dolerle cada vez más, no le respondería.

Muy bien, si estaba dentro de la casa podía sorprenderlo. Y si no había llegado todavía, tanto mejor: sorprendería igualmente a Rutledge cuando llegara... ¡sorprendería a todo aquel que llegara a la casa, y podría controlar la situación con la pistola que se había quedado!

Casi lanzó una exclamación de alegría cuando encontró todavía sin cambiar el cristal roto.

Podía entrar cuando quisiera a la casa de campo de Herbert Rutledge.

* * *

Herbert Rutledge consiguió salir de su estupefacción producida por la contemplación del cuerpo totalmente desnudo de Flemina Hart. Casi cayéndole la baba, jadeó:

—Qué maravilla... ¡Qué maravilla de cuerpo! ¡Y va a ser mío, va a ser mío para siempre, para que lo goce y lo destruya cuando

quiera...! ¡Tiéndete y abre las piernas!

Flemina Hart titubeó. Pero muy brevemente. Estaba convencida ya de que su tío no estaba loco, desde luego. Pero también estaba convencida, después de escuchar sus explicaciones llenas de odio, morbo y deseos de venganza, de que en adelante aquel hombre no se detendría ante nada con tal de conseguir cualquier cosa que deseara. Cualquier cosa. Y ahora, lo que deseaba, era el cuerpo de ella...

Si no lo complacía no tenía la menor duda de que él era capaz de partírla la cabeza con la barra de hierro. En cambio, si le complacía, si le aceptaba, llegaría el momento en que Herbert no estaría en condiciones de manejar la barra de hierro... ni ninguna otra cosa; llegaría el momento en que aquel hombre, aquella bestia, aquel ser abominable estaría preso de sus propios sentidos del placer, y entonces ella podría intentar algo positivo; sobre todo si él dejaba cerca la barra de hierro...

De modo que Flemina Hart se tendió en el suelo, en silencio, sin dejar de mirar a Rutledge, de escrutar sus movimientos con toda atención. Él rio, se estremeció de placer anticipado, y bajó la cremallera del pantalón, para mostrar enseguida su virilidad exacerbada. Sin dejar de reír, se arrodilló junto a la muchacha, apoyó en el suelo junto a ella la mano, dejando al mismo tiempo la palanca, y con hábil gesto se tendió brutalmente entre los muslos.

Un instante más tarde, Flemina emitió un incontenible grito de sobresalto y repulsión al sentir la ruda penetración. Un poco de saliva cayó sobre su cara; alzó la mirada, y vio el rostro congestionado de Rutledge, sus ojos turbios; su respiración jadeante era horrenda..., y sus movimientos eran de auténtico animal forzándola poderosamente...

Flemina Hart no pudo resistirlo.

Lo había intentado, pero sabía que no iba a poder soportarlo, ¡no podía ya más soportar aquella intromisión bestial en su intimidad...!

Giró como pudo, asió la barra de hierro con la mano derecha, y se colocó de nuevo vientre arriba, mientras Herbert Rutledge gritaba y bramaba... y veía la barra de hierro en la mano de la muchacha.

Su reacción, tan inesperada, dio al traste con las posibilidades de

Flemina de resolver la situación a su favor: Herbert Rutledge vio la barra de hierro, y, al mismo tiempo que lanzaba su mano izquierda como una barra y la sujetaba, bajaba con fuerza la cabeza, golpeando con la frente en la nariz a Flemina, que lanzó un grito de dolor y, por un momento, perdió la noción de todo.

Cuando la recuperó, tal vez ni siquiera un segundo más tarde, Herbert estaba de nuevo arrodillado junto a ella, con la barra de hierro en su mano izquierda y blandiéndola con una expresión tal que Flemina se dio por muerta.

Pero, convertido en un monstruo de furia y maldad, Herbert Rutledge se quedó así, barra de hierro en alto, inmóvil, echando fuego por los ojos y lava por la boca.

—No —jadeó—. Nada de eso... ¿Querías que te matara antes que soportarme sexualmente? Pues no te voy a matar... Te voy a tener aquí toda tu vida, junto a tu abominable tía. Te pasarás la vida deseando hacer el acto sexual conmigo, porque esos serán los momentos menos malos de toda tu existencia... Y vamos a empezar esta misma noche, pero no así, tan absurdamente como yo había pretendido, cegado por tu belleza. ¿Sabes?: de un momento a otro van a traerme a Stanford, y lo voy a traer también aquí... para que presencie nuestros esponsales, ¡para que vea cómo te humillo y te deterioro esta primera vez! ¡Y él también estará viviendo aquí viendo cómo te penetro cada día, cada hora, cada segundo de mi vida y de las vuestras! ¡Espera aquí, y verás lo que te hago delante de ese maldito cabrón...! ¡Espera y verás!

Rutledge dio media vuelta, y casi corrió hacia la puerta, que abrió en el acto y sin la menor dificultad. Cuando la puerta se cerró tras él, Flemina Hart ni siquiera había tenido tiempo de ver cómo la había abierto. Pero se puso en pie, se acercó a la pared, y comenzó a buscar...

¡Dios bendito!

¿Sería verdad que también Ray iba a pasarse el resto de la vida en poder de aquel ser abominable...?

* * *

Oyó perfectamente los pasos en alguna parte de la casa, y esto le sorprendió no poco. ¿Había alguien en la casa pese a que esta se

hallaba completamente a oscuras? ¿Dónde había alguien, quién era...? Había estado esperando en el vestíbulo, sentado, pistola en mano, convencido de que de un momento a otro oiría la llegada de un automóvil y que Rutledge aparecería por la puerta...

Y ahora oía pasos dentro de la casa. ¿Dónde? Pues... en la cocina. Si no se equivocaba, en la cocina.

De repente, se encendió la luz hacia el fondo del vestíbulo, es decir, en efecto, en dirección a la cocina. De nuevo se oyeron los pasos, pesados, enérgicos, furiosos. Atónito e inmóvil, Raymond Stanford distinguió perfectamente la silueta de Herbert Rutledge, caminando hacia el vestíbulo, con la luz de la cocina a su espalda. El asombro era tal que no acertaba ni a respirar.

Herbert Rutledge pasó a menos de tres metros de él, directo hacia el despacho, sin mirar a derecha e izquierda, bastándole para recorrer el no iluminado vestíbulo los restos de luz que llegaban de la cocina. Pasó, entró en el despacho, y solo entonces Stanford reaccionó, parpadeando con incredulidad.

Se puso en pie y se encaminó hacia el despacho. La luz de este se había encendido, y dentro se oía refunfuñar a Rutledge. Todavía sin salir de su asombro, Raymond se colocó en el umbral de la puerta del despacho, estiró el brazo, y apuntó con la pistola a Rutledge, que estaba sentado tras la mesa, todavía farfullando y mascullando.

De pronto, alzó la cabeza, y su mirada encendida vio a Stanford en la puerta. En su rostro hubo una bestial transformación de odio, de furia inaudita. Palideció, pareció morder el aire que respiraba...

—Ponga las manos sobre la mesa y no las mueva —susurró Raymond.

Rutledge se echó a reír de pronto, y exclamó:

—¡De manera que estás aquí, hijoputa! ¡Y te las has arreglado para ganar otra vez...! ¡Y nada menos que con los sujetos de la Sadox...! Vaya, te felicito. Y ahora, dime ¿te gustaría volver a ver viva a Flemina Hart, esa mala puta americana?

—Por supuesto —susurró de nuevo Raymond—. Y precisamente usted va a decirme ahora mismo donde está.

—¿Crees que te lo voy a decir? ¿De verdad lo crees? ¿Realmente esperas que te lo diga, cerdo cabrón? Pues escucha esto: ¡antes de consentir que tú la recuperes y sigas tirándotela prefiero morir! Y te

lo diré bien claro: si me matas, ¡jamás volverás a ver a Flemina! ¡Jamás! De manera que tú verás —se puso en pie lentamente—: o me entregas esa pistola y vamos a donde está ella en estas condiciones, o ya puedes empezar a disparar a matar porque voy a saltar contra ti para comerte el hígado, maldito... ¡Y no me importa que me mates, porque sé que será tanto como matar a Flemina..., y tanto como herirte a ti mismo, que la amas! ¡Ahora vas a ver...!

—¡No se mueva de ahí!

—No lo entiendes, perro: o me entregas la pistola para que te tome prisionero y te lleve con ella, o te voy a atacar de modo que tendrás que matarme... ¡Pero como sea, nunca volverás a verla a ella si no es en mis condiciones!

—Está bien —murmuró Raymond—. Está bien, Rutledge, usted gana. Le voy a entregar la pistola y luego iremos a ver a Flemina. ¿Es eso lo que quiere? ¿De acuerdo?

—Eso es lo que quiero. ¡Dame esa pistola!

Raymond Stanford tenía solo dos alternativas. Una, matar a Herbert Rutledge y si este tenía razón no recuperar jamás a Flemina. Dos, entregarle la pistola y, o ser asesinado inmediatamente, o ser llevado, en efecto, junto a la muchacha, en cuyo caso... quizá encontrasen alguna oportunidad para ponerse a salvo. Rechazó la idea de que Rutledge le iba a asesinar enseguida. Parecía odiarlo demasiado para eso... NO, no le iba a matar, antes querría hacerle sufrir de alguna manera...

No hizo gesto alguno cuando Rutledge, ya ante él, le arrebató violentamente el arma.

«Ahora me golpeará, me maldecirá, me escupirá...», pensó Raymond.

No sucedió nada de esto. Fríamente, Rutledge señaló hacia la puerta del despacho.

—Precisamente —dijo—, he subido porque esperaba tu llegada. Quería llevarte con Flemina para que vieras algunas cositas... Vamos hacia la cocina. Y no me preguntes dónde está, porque sé que conocéis la casa. ¿Creéis que soy tonto, que pensaría que el cristal y la intrusión en el frigorífico era cosa de unos ladrones? ¿O creáis que ni siquiera me había dado cuenta? ¡Vamos, camina hacia la cocina!

Llegaron en silencio a la cocina, y, como Raymond ya

barruntada, bajaron a la bodega. Recordó el olor a carne quemada... En alguna parte de la bodega, en efecto, había sido quemada carne en alguna ocasión. En algún lugar al que solamente Rutledge sabía acceder.

Oyó tras él la risa de Rutledge, y se volvió a mirarlo.

—Te estás preguntando cuál es el truco, ¿verdad? ¡Pues es muy sencillo! ¡Yo cosecho mariposas en lugar de vino! ¡Je, je, je! ¡Camina hacia detrás de las tres cubas grandes! ¡Camina, camina!

Pasaron ambos detrás de las cubas, sustentadas sobre un lecho de hormigón y roble. Allí no había nada, pero Rutledge desengaño pronto a Raymond.

—Acércate a la cuba del centro, sube esos dos peldaños, y presiona donde verás una raya oscura que parece de pintura. ¡Y ya verás en qué me he estado gastando el dinero durante estos años para conseguir mi diversión, mi venganza y mi millón de libras!

Raymond obedeció. Localizó la raya oscura, y apretó aquella zona. Pareció que el pequeño rectángulo de madera se hundiera, se oyó un chasquido, y un rectángulo de madera de más de metro y medio de alto y unos setenta centímetros de ancho desapareció hacia el interior de la cuba, dentro de la cual había luz. Raymond ya no se sorprendió. Simplemente, entró en la cuba.

Lo primero que vio, de pie ante él, fue a Flemina, que estaba totalmente desnuda y mirándole con expresión desorbitada. La muchacha lanzó una exclamación, y se abrazó a él, diciendo cosas que no pudo entender en absoluto. Con ella en brazos, Raymond fue empujado por Rutledge hacia el interior de la cuba, y vio entonces, en el suelo, al abominable ser que le contemplaba, lanzando destellos por su único ojo mientras comenzaba a incorporarse. La impresión fue tal que Raymond incluso olvidó por un instante que tenía en sus brazos a Flemina...

Y el *shock* fue ya terrible cuando vio las «mariposas» clavadas en la pared interior de la enorme cuba insonorizada. Le pareció que las palabras de Herbert Rutledge procedían de otro mundo:

—¿Quién te ha soltado a ti? ¡Tiéndete en el suelo, perra, para que te pise la cabeza y me orine encima tuyo! ¡Te digo que te tiendas en el suelo! ¡Y ya le enseñaré a tu sobrina a soltarte las manos y los pies sin mi permiso, ya os enseñaré yo a los tres...! ¡Al suelo digo, perra!

Tan enfurecido estaba Rutledge que se abalanzó hacia Delia sin acordarse tan siquiera de cerrar la puerta, e incluso de la presencia de Raymond Stanford, que, reaccionando, giró hacia él apartando velozmente a Flemina, y puso en el puñetazo todas sus ansias de terminar de una vez y todas las pocas fuerzas que le quedaban: justo en el momento en que Rutledge pasaba por su lado, disparó el puño derecho, dirigiéndolo a la zona de encima de la oreja izquierda de Rutledge; y justo en ese momento también, Rutledge le recordaba, emitía un grito de alarma, y volvía la cabeza hacia él al mismo tiempo que comenzaba a girar el cuerpo y a orientar la pistola hacia Raymond...

El puñetazo que debía haber privado del sentido a Rutledge no le acertó en la zona adecuada; impactó brutalmente en pleno rostro al volver este hacia Raymond, y la nariz y la boca reventaron espectacularmente mientras el ser abominable lanzaba un espantoso rugido de dolor y furia y salía despedido hacia atrás, bramando como enloquecido, y, por supuesto, sin soltar la pistola.

Chocó de espaldas y cabeza contra una de las «mariposas», cayó de rodillas, y sacudió la cabeza, lanzando chorros de sangre a todos lados. Sus ojos llenos de lágrimas de dolor te impedían ver a Raymond, pero alzó la pistola y aulló:

—¡Revienta, cabrón!

El estruendo del disparo pareció ser devorado por aquella especie de tumba. La bala no acertó más que a una de las «mariposas», que crujió siniestramente. Raymond Stanford comprendió que solo podía hacer una cosa para salvaguardar su propia vida y la de Flemina: la agarró de una mano, tiró de ella y corrió hacia la pequeña puerta, por cuyo hueco hizo pasar a Flemina casi derribándola fuera. En el momento en que salía él, vuelta la cabeza, vio al horrendo ser con el TE ODIOS en la frente, plantándose ante Rutledge con una extraña barra de hierro en las manos.

Raymond Stanford quedó petrificado por el mayor espanto de su vida. Cuando todo terminó, Flemina estaba a su lado, abrazada a él, observando lo mismo y con el mismo espanto e incredulidad.

En el momento en que Rutledge disparaba otra vez terminando de ponerse en pie, el ser abominable del TE ODIOS en la frente le hundía ferozmente, con increíble e insospechable fuerza, fruto de la

locura y de un odio inaudito, el largo «alfiler», la barra de hierro con la que antes el propio Rutledge había estado amenazando a Flemina El «alfiler» se hundió fácilmente en el vientre de Rutledge, que lanzó un bramido espantoso, soltó la pistola, y fijó su enloquecida mirada en el rostro de su esposa.

—¡Ji, ji, ji, ji! —rio Delia.

Retiró con fuerza el «alfiler», que lanzó gotas de sangre a todas partes, y lo volvió a clavar, casi en el mismo sitio, con la misma fuerza increíble, Rutledge volvió a gritar, y sus manos se alzaron y rodearon el cuello de Delia.

—Te voy... a arrancar... la cabeza... —jadeó.

Ella retiró de nuevo la aguja y de nuevo volvió a clavarla en el vientre de él, que otra vez bramó, pero ahora más de placer que de dolor, pues sus dedos se estaban hundiendo en la carne de ella con una ferocidad de fiera. Todavía rio ella de nuevo, aunque con roturas y chirridos de aquella voz que era ya inhumana. Y su risa enfureció de tal modo a su marido que, sin dejar de apretar su garganta con fuerza monstruosa, considerando que esto era insuficiente para saciar su odio, se lanzó a morder con su destrozada boca las destrozadas facciones de ella. Era lo más alucinante que ojos humanos pudieran contemplar, dos seres matándose, rugiendo, mordiéndose espantosamente, riendo y clavando el largo acero...

Hasta que ya no hubo nada que morder, nada que matar.

Este es el final

—ES usted un hombre de suerte, señor Stanford —dijo amablemente el inspector Parry.

Raymond le dirigió una torva mirada.

—¿Realmente cree eso? —gruñó.

—¡Hombre, a ver...! En primer lugar, hemos conseguido que no se le... incomode por su actuación imprudente: usted bien sabe que debió avisarnos, no ir solo a Earls Coine. Luego, lo del dinero: recupera para su compañía un millón de libras, de las cuales le darán una parte a usted como prima especial..., y, por último, está vivo, lo que no es poco. Y encima de eso, al haber aportado... digamos datos que han puesto al descubierto esa monstruosidad de las mujeres pinchadas como mariposas, se ha ganado mi afecto personal y la fama mundial. ¿Eso no es ser un hombre de suerte?

—¡Yo diría que sí! —exclamó Flemina.

En la cama del hospital donde atendían la tremenda paliza que había machacado su cuerpo, incluyendo una clavícula rota, Raymond Stanford gruñó de nuevo, y volvió la cabeza hacia la muchacha.

—¿Tú estás de acuerdo con él? —masculló.

—¡Pero Ray, claro que estoy de acuerdo...! ¡Tiene razón en todo!

—Sí, ¿eh? Al parecer nadie tiene en cuenta que me han roto el hueso de la nariz, y que mi cara ya no será nunca como antes.

—¡Tu cara...! Mira, si he de serte sincera, eras demasiado guapo. Estarás mucho mejor con la ternilla rota. ¡Y hasta te dará un aspecto más varonil!

—Atiza —se pasmó Raymond—. ¿De verdad lo crees así?

—¡Claro!

—Vaya, en eso no había pensado... Bueno, ¿y qué me dices de ti?

—¿De mí?

—¡De ti! ¡Porque supongo que vas a regresar a Estados Unidos! ¡Y entonces ya no estarás conmigo!

—Vaya unos problemas se busca este hombre —le tocó el turno de pasmarse a Flemina—. La cosa es fácil de resolver: o me vengo yo aquí o te vienes tú allí, a trabajar en la compañía de seguros que prefieras, pues cualquiera te aceptaría con un sueldo espléndido. ¿Qué más?

—Pues..., pues... ¡Maldita sea, ya no sé qué más, del mismo modo que no sé cuál de los dos seres era más abominable...!

—Olvídalo —se estremeció la muchacha—. Piensa que gracias a eso nos conocimos y tenemos por delante toda una vida de amor...

—¡Esta es otra cuestión, ya sabía que me dejaba algo! Amor, ¿eh? ¡Ya me dirás cómo vamos a hacer el amor, si yo casi no puedo moverme!

—Pero dentro de una semana ya podrás moverte, y estarás bien.

—Sí, sí, dentro de una semana... ¡Pero dime qué haremos hasta entonces!

—Pues haremos... Oh, inspector, gracias por venir a ver a Ray... Ha sido usted muy amable.

Henry Charles Parry alzó las cejas, reflexionó, y terminó frunciendo el ceño.

—Sí, entiendo. Bueno, pues nada, me alegro mucho por todo... Es decir, no por todo, pero...

—Ya le entendemos —sonrió deliciosamente Flemina.

—Claro. Sí. Esto... Bien, adiós.

—Adiós —masculló Raymond; y en cuanto la puerta se hubo cerrado a espaldas de Parry y estuvieron de nuevo solos, miró enfurruñado a Flemina—. ¡A ver, dime qué vamos a hacer hasta que yo pueda moverme!

—Entre otras cosas, puedo moverme yo —lanzó una carcajada la muchacha—, pero es que, además...

Se inclinó hacia Raymond, y comenzó a susurrarle cosas al oído. A medida que iba explicando sus planes y proyectos, el rostro de Raymond Stanford se iba transformando, hasta que, finalmente, exclamó:

—¡No sigas! ¡Me has convencido! ¡Y si me pones así las cosas soy capaz de quedarme toda la vida en este hospital!

—Nada de eso —sonrió Flemina Hart—, porque tienes que ponerte bien cuanto antes. Imagínate: si estando hecho papilla lo vamos a pasar como te he dicho... ¿cómo lo pasaremos cuando estés completamente bien?

—Caray —relucieron fieramente los ojos de Raymond—. ¡Caray, qué perspectivas de vida...!

FIN